

LA SAGA DE LOS AZNAR



¡ANTIMATERIA!

POR **GEORGE H. WHITE**



Atravesando la zona misteriosa del hiperespacio, el autoplaneta VALERA alcanza una nueva dimensión desconocida, el macrocosmos antimateria.

¿Existe realmente el Universo en dos imágenes idénticas y opuestas? ¿Es esta dimensión la otra cara del espejo? ¿Qué ocurre cuando la materia y la antimateria se encuentran?

George H. White abre la puerta de un Universo desconocido, antagonista del cosmos familiar y conocido... el fondo misterioso e inquietante de ese espejo representado por dos imágenes que nunca podrán encontrarse. El hombre, en su audacia inconsciente, atravesará algún día el espejo. ¿Pero, qué le espera al otro lado?



George H. White

¡Antimateria!

La saga de los Aznar - 42

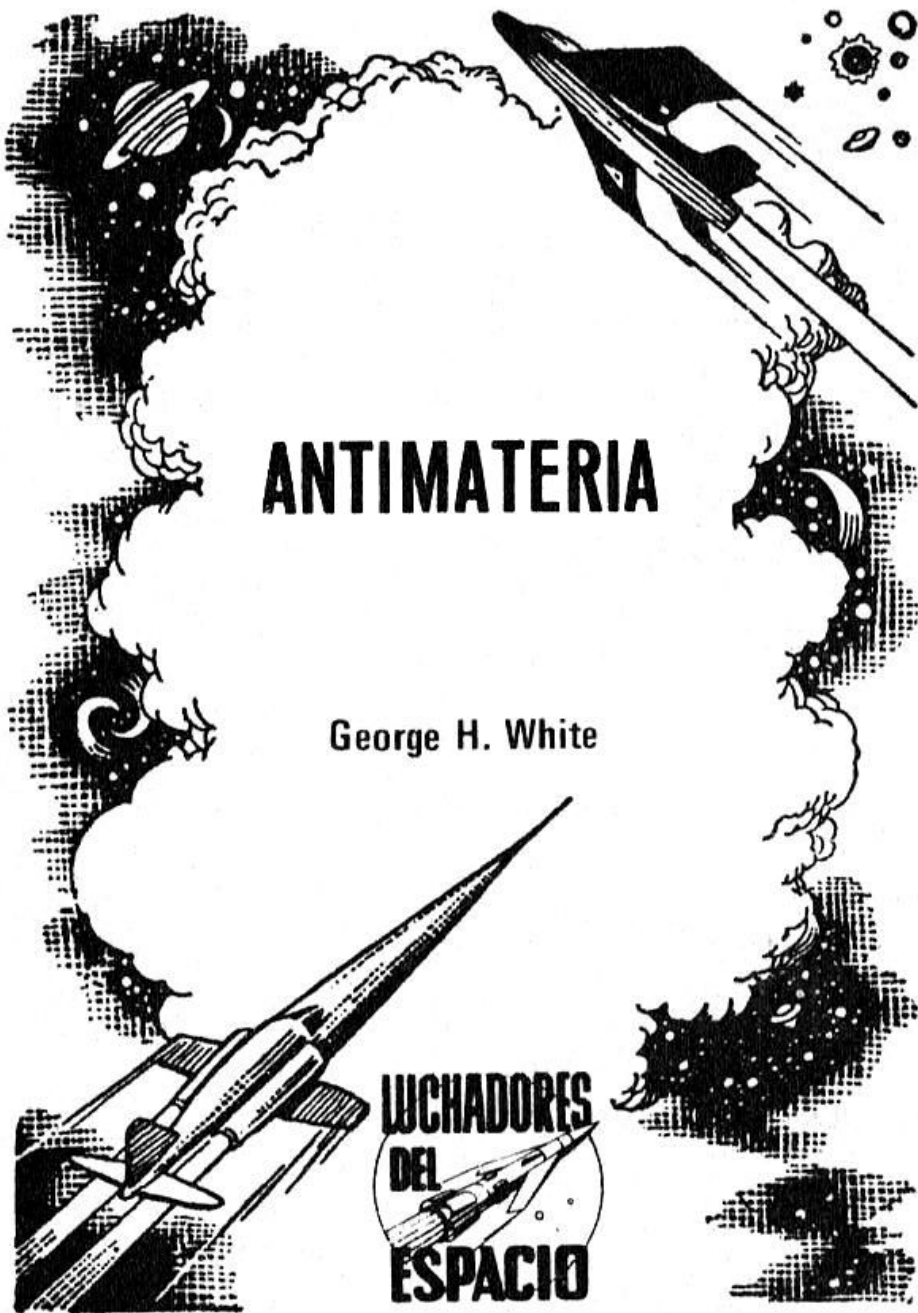
ePub r1.0

Titivillus 25.08.15

Título original: *¡Antimateria!*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ANTIMATERIA

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO PRIMERO

El sonido del radar después de pasar por los amplificadores, brotaba por el altavoz en forma de un “bip bip” que iba aumentando paulatinamente de volumen y acelerando el ritmo.

Desde el puente de mando, plataforma que se elevaba dos metros sobre el suelo, el joven Almirante Aznar dominaba con la vista todo el Centro de Control. Éste era una sala de planta circular de doscientos metros de diámetro. Su bóveda, en forma de cúpula, era una semi-esfera perfecta que funcionaba como un planetario.

Por todo el perímetro de la Sala de Control, a dos metros y medio de altura del suelo, había repartidas dieciséis pantallas cinematográficas de diecinueve metros de longitud por cinco metros de altura cada una. Los trescientos catorce metros de muro, salvo los espacios correspondientes a las cuatro puertas, estaban cubiertos por los tableros luminiscentes y los armarios de las computadoras, los paneles de instrumentos y los equipos de grabación.

El resto de la sala estaba ocupado por las consolas de los controladores, las cuales formaban círculos concéntricos de cara al

punto de mando, dejando cuatro corredores encarados con las puertas. Por estas puertas se accedía a un amplio túnel de alto techo abovedado, el cual daba la vuelta completa a la Sala de Control, y en él se alineaban hasta el techo las unidades de memoria del cerebro que regía, ordenaba y coordinaba el formidable complejo conocido por el nombre de autoplaneta “Valera”.

La Sala de Control era el punto del autoplaneta que más veces se había reformado, siempre para ampliarlo y mejorarlo, adaptándolo a los continuos adelantos y los incesantes progresos que el paso del tiempo iba incorporando a la técnica de los viajes espaciales y el desarrollo de nuevas armas de defensa y ataque.

El puente de mando era una plataforma circular rodeada de un círculo de treinta pantallas de televisión de un metro de ancho que formaban a modo de un parapeto. En el centro geométrico de esta plataforma, sobre la moqueta roja, una sola butaca giratoria atornillada al piso. Un brazo metálico, “la jirafa” en términos de estudio de televisión, descollaba sobre la butaca un micrófono, que el comandante podía acomodar a la altura deseada, según estuviese de pie o sentado.

Sentado en la butaca de cuero negro, Miguel Ángel Aznar echó una mirada a una de las pantallas de televisión del puente. En ésta se recibía la imagen del contador electrónico que indicaba la distancia a la que se encontraba el objeto. Había ocho dígitos en el lector, todos moviéndose, aunque a velocidad distinta, desde las unidades a las decenas de millón.

Volando a 100.000 kilómetros por segundo, el autoplaneta recorría seis millones de kilómetros por minuto. Un rápido cálculo mental bastó a Miguel Ángel Aznar para darse cuenta de que el objeto no identificado se estaba moviendo por delante del autoplaneta, aunque a menor velocidad que éste.

—¡Atención, contacto visual en la pantalla número seis!

Todos los ojos se volvieron hacia una de las dieciséis pantallas de diecinueve metros de ancho que circundaban la sala. Simultáneamente se encendía una de las pequeñas pantallas que formaban parapeto alrededor del puente de mando. En ambas la imagen era la misma; el negro vacío interestelar salpicado de estrellas. En el centro un cuerpo celeste, del tamaño de una pelota de golf, parecía emitir luz propia aumentando rápidamente de

tamaño.

Miguel Ángel Aznar empuñó el micrófono.

—MacLane, ¿qué demonios es eso?

La voz que contestó tenía el timbre inconfundible de una mujer:

—No lo sé, Almirante.

—¡Atención, una fuente emisora de neutrinos! —anunció otra voz distinta.

—¿Dónde? —preguntó el Almirante.

—Imagen superpuesta en la seis.

Miguel Ángel Aznar miró a la pequeña pantalla del puente, que era la que tenía más cerca. Una nueva imagen se superpuso a la primera. El objeto sin identificar apareció entonces, proyectando en todas direcciones una lluvia de pequeñas partículas luminiscentes.

—Es una aeronave, señor —anunció la voz femenina.

Miguel Ángel Aznar saltó impulsivamente de la butaca poniéndose en pie. ¡Una aeronave que utilizaba un reactor nuclear en estas remotas soledades del espacio!

El “bip bip” del radar aumentaba el ritmo como un corazón asustado. Su sonido se hacía por momentos más fuerte, enervante y molesto.

—¡Silencien ese radar! —gritó Miguel Ángel Aznar.

Uno de los controladores movió un interruptor de balancín y el fastidioso “bip bip” enmudeció.

Miguel Ángel Aznar echó una mirada a la pantalla donde aparecía la imagen del contador electrónico. La aeronave estaba a sesenta millones de kilómetros y “Valera” le daría alcance en tres minutos. ¿Qué podía hacerse en sólo tres minutos?

De momento, las ondas gravitacionales que el autoplaneta proyectaba por delante, hasta mil millones de kilómetros de distancia, estarían apartando a la aeronave de su trayectoria, como un potente ventilador voltearía y apartaría a un insignificante mosquito.

Para asegurarse de ello el Almirante Aznar preguntó, acercando el micrófono a sus labios:

—¿Posición?

—Deriva ocho grados, señor —contestó el observador. Éste todavía añadió—: Sigue derivando. Lo estamos apartando del rumbo, señor. Deriva nueve grados.

—Pasará por nuestro lado en tres minutos —agregó la voz de la comandante MacLane.

—¿Están funcionando los equipos de filmación?

—Magnetoscopios funcionando, señor.

—Preparen también el equipo fotográfico, no quiero perder detalle de esa aeronave cuando esté a la mínima distancia.

Miguel Ángel Aznar se preguntó si debía tomar otro tipo de precauciones. Su responsabilidad era mucha y nunca se sabía lo que podía pasar. Empuñó de nuevo el micrófono.

—Baterías de superficie en posición de defensa —ordenó.

Todo el gigantesco dispositivo de guerra se disparó a esta sola orden.

—¡Alarma ámbar! —gritó un altavoz.

Un claxon resonó simultáneamente en la Sala de Control, en el vestíbulo, en los vestuarios, en los servicios y en la cafetería anexa.

¡Goig, goig, goig! —atronó el claxon.

En la Sala de Control, el vicealmirante Azpeitia y el contralmirante Buitrago introdujeron simultáneamente una llave extraplana en sendas cerraduras en cada uno de los extremos de una consola de dos metros de longitud, desbloqueando el sistema de seguridad. Los dos hombres se sentaron ante la consola y empujaron hacia adelante una doble hilera de clavijas, cada una de las cuales encendió un pequeño piloto de color ámbar.

En la cafetería quedaron bruscamente interrumpidas las conversaciones. Las tazas de café y los vasos de zumos de frutas quedaron abandonados en el mostrador y en las mesas mientras hombres y mujeres salían corriendo por la puerta que daba al vestíbulo. En los servicios, algunos hombres salieron abrochándose los pantalones, y en el vestuario varios astronautas empezaron a enfundarse en sus formidables armaduras de vidrio azul.

En la Sala de Control se encendieron las dieciséis pantallas panorámicas, e igual número de ellas en el puente de mando. En quince segundos todo el dispositivo de defensa estaba funcionando.

—Baterías de superficie en posición de defensa —anunció el vicealmirante Azpeitia a los treinta segundos.

—Escuadrilla de interceptores lista para despegar —anunció el contralmirante Buitrago.

En todo el hemisferio norte del planetillo, bajo la difusa claridad

de las estrellas, grandes antenas parabólicas de radar se orientaban en dirección a la aeronave no identificada, todavía no perceptible para el ojo humano. Accionadas por servomotores, millares de baterías de proyectores y rampas lanzadoras de misiles se apuntaron automáticamente hacia aquel lugar del espacio donde se movía la todavía invisible aeronave.

Del fondo de un cráter se elevaron cinco cruceros de combate de perfil estilizado, que permanecieron a la expectativa con los motores encendidos. Las tripulaciones de estos buques se estaban equipando a toda prisa en los vestuarios contiguos a la Sala de Control, a más de 3.000 kilómetros de distancia. Pero si las tripulaciones no llegaran a tiempo, los cruceros entrarían en combate si era necesario con igual eficacia, dirigidos por control remoto desde la misma Sala de Control.

En el puente de mando Miguel Ángel Aznar observaba la pantalla de televisión. La aeronave era ahora visible como una pelota de balón-volea. Iluminada desde cuarenta millones de kilómetros por una batería de proyectores de “luz sólida” iban apareciendo con nitidez sus detalles. Parecía tratarse de una esfera. De esta esfera central salían cinco radios en forma de tubos con otra esfera más pequeña en el extremo. Las cinco esferas menores eran todas iguales y estaban unidas a su vez por un anillo tubular.

—MacLane, ¿cuál es la posición de esa astronave?

—Puede verla proyectada en el planetario, Almirante. Está apartándose de nuestra ruta, moviéndose a veinticinco mil kilómetros por segundo de occidente a oriente.

El Almirante levantó los ojos hacia la cúpula y vio la misma imagen que daba la televisión reflejada en el planetario, desplazándose lentamente hacia uno de los lados.

—¿Alguna emisión de radio? ¿Señales de televisión?

—Nada, señor.

—Azpeitia, acuda al puente —ordenó Miguel Ángel Aznar.

El vicealmirante Azpeitia se acercó por el pasillo central y subió hasta la plataforma por la escalerilla alfombrada.

—Tome el mando, Azpeitia —le dijo Miguel Ángel entregándole el micrófono—. Voy a salir con los cruceros para acercarme a esa astronave y echarle una mirada.

—Dentro de minuto y medio pasaremos a menos de doscientos

mil kilómetros de esa astronave si queremos. No verá más por estar allí.

—¿Quién sabe? Tal vez consiga un intercambio de imágenes de televisión con la gente que tripula esa nave.

—¡El “viejo” no aprobará! —gritó Azpeitia cuando el joven ya estaba bajando la escalerilla de dos en dos escalones.

Miguel Ángel Aznar saludó con la mano mientras se alejaba rápidamente por los noventa metros de corredor entre el puente de mando y la puerta que daba al vestíbulo de la Sala de Control.

En la sala de armarios de los vestuarios, veinticinco astronautas estaban listos para entrar en la habitación donde estaban las máquinas “Traslator”. Completamente equipados con armaduras y escafandras de “diamantina”, todos los astronautas llevaban además su correspondiente “back” y su pistola de reglamento colgando del cinto de lona.

El jefe de la escuadrilla era el comandante J. Orón, cuyo nombre y grado aparecían pintados en blanco sobre el pecho de la armadura. Jaime Orón reconoció al Almirante y se detuvo.

—¿Quién es el jefe de escuadrilla? —preguntó el Almirante.

—Yo, señor. Capitán de navío Jaime Orón.

—¿Cuál es su buque?

—El “Cuzco”. Serie “C” dos mil quinientos ocho.

—Me reuniré con ustedes a bordo en el tiempo que tarde en equiparme. Vayan ya.

—Sí, señor.

Un poco sorprendido, el comandante Orón vio alejarse al Almirante. Luego se encogió de hombros y entró en la sala de las “Traslator”, seguido de su tripulación.

Había diez cámaras en batería bajo la bóveda, con un espacio intermedio entre ellas para los tableros de mandos. Todas las cámaras eran iguales entre sí, parecidas a un probador de sastre. La cámara era una caja alta y estrecha a la que se accedía deslizándose por detrás de una pantalla de considerable grosor.

Una guapa chica, vestida con el blanco uniforme dé la Armada, vino al encuentro del comandante. El sargento relleno un impreso con los datos personales de Orón y los concernientes a la unidad donde iba a trasladarse con su tripulación.

—¿Cuándo aligerarán estos trámites? —terminó diciendo el

comandante—. Emplean ustedes más tiempo escribiendo que nosotros en llegar allá.

La joven se limitó a sonreír, e indicar al comandante la cámara en la que tenía que entrar. J. Orón se deslizó por detrás de la pantalla hasta el interior de la cámara y esperó.

Escuchó el zumbido de la máquina y a continuación brilló un relámpago deslumbrador. Para el comandante fue sólo un parpadeo. Al recobrase rápidamente del deslumbramiento y mirar a su alrededor no vio nada nuevo; aparentemente no se había movido la cámara. Pero una voz grabada en cinta magnetofónica le indicó:

—Por favor, abandone la cámara.

El comandante obedeció deslizándose por detrás de la pantalla y se encontró en un lugar distinto; una habitación no demasiado grande, donde los muros eran de acero. Sobre el umbral de una puerta cerrada figuraba un cartel:

“ESTÁ USTED EN EL CRUCERO “CUZCO”. BIENVENIDO A BORDO.”

Éste era su buque. Así era como actualmente se trasladaban las tripulaciones a bordo de sus buques desde cualquier lugar de “Valera” donde hubiera una máquina “Traslator”. Un sistema cómodo, rápido y seguro, que podía utilizarse a la inversa para trasladarse desde un buque a otro, o desde un buque al interior del planetillo.

Apenas había abandonado el comandante la cámara y ya estaba funcionando de nuevo la máquina, perforando una cinta de 15 milímetros de ancho según las instrucciones que le enviaba la “Traslator” de “Valera” a través de la radio.

El comandante se dirigió a la puerta. Mientras comprobaba la correcta presión del aire en el manómetro y abría la puerta brilló un relámpago y se escuchó el chasquido de la “Traslator” restituyendo a otra persona. El teniente Santos salió de la cámara de restitución y se reunió con el comandante. Los dos hombres cruzaron un corredor y entraron en la cámara de derrota.

La cámara de derrota del buque era una sala de doce metros de ancho y veinte de largo. Cuatro planos inclinados estaban totalmente cubiertos de cristal; eran grandes pantallas de televisión de cuatro metros de altura, divididas en varias secciones que llegaban de un extremo a otro por arriba, a ambos lados, a proa y a

popa, ofreciendo una visión total de cuanto ocurría en el exterior en torno al buque y por encima de éste.

Todo el muro estaba ocupado por los armarios y los paneles de diodos luminiscentes de la computadora, los instrumentos de medida y control, los cuadros de interruptores y demás componentes del complejo navío. En el centro de la sala se levantaba una plataforma de planta octogonal de un metro de altura, rodeada de siete pantallas de televisión, réplica a menor escala del puente de mando de la Sala de Control del autoplaneta. A uno y a otro lado del puente de mando estaban las consolas de los controladores con sus pequeñas pantallas de televisión.

En la cámara de derrota las luces estaban encendidas y todas las pantallas funcionando. El comandante Orón echó un vistazo alrededor y, mientras se dirigía a la escalerilla de acceso al puente, entró el primer sargento especialista. Los otros dos sargentos llegaron en el intervalo de un minuto entre uno y otro. Todos los hombres fueron a ocupar sus puestos y el comandante Orón miró a una de las largas pantallas laterales, donde se movía un objeto brillante del tamaño de una pelota de tenis.

El comandante Orón vio una esfera blanca rodeada de otras cinco esferas más pequeñas, unidas entre sí por un aro, y a la esfera central por radios tubulares. Se trataba de una astronave de gran porte, lo que los terrícolas solían llamar “autoplaneta”. ¡Pero no era un “autoplaneta” terrícola! No podía serlo a tan enorme distancia de la Tierra y de cualquier otro mundo conocido.

El “autoplaneta” se movía tan aprisa que, mientras Orón lo observaba, cruzó toda la pantalla en diagonal y desapareció por el borde inferior. Orón subió los cinco escalones de la escalerilla del puente, se acercó a la butaca y pulsó un botón entre varios incrustados en una pequeña consola unida al brazo del sillón.

En el techo plano apareció la torturada superficie de “Valera”, y en la pantalla inclinada de estribor de nuevo el “autoplaneta”.

Aunque parecía que el “autoplaneta” viajaba muy aprisa, era en realidad “Valera” quien, moviéndose a 100.000 kilómetros por segundo, estaba dejando rápidamente atrás a la astronave. La misma escuadrilla de cruceros, que parecía inmóvil a 1.500 kilómetros de altura sobre el planetillo, se estaba moviendo a la misma velocidad que éste, aunque los buques tenían apagados los

motores.

El “autoplaneta” cruzó de nuevo toda la pantalla y desapareció tras el curvado horizonte del planetillo.

En este momento entraba el Almirante Miguel Ángel Aznar, transferido a bordo por el mismo camino que habían seguido Orón y sus hombres. Aunque vestido con la armadura reglamentaria, el Almirante llevaba la escafandra bajo un brazo y el “back” cogido por el enganche. Con las prisas no había tenido tiempo de ponerse la escafandra ni de colgarse el “back” a la espalda, que era su lugar correcto.

El almirante dejó caer el “back” y subió la escalerilla hasta el puente de mando. Cogió el micrófono de la “jirafa” y se dejó caer en la butaca, depositando la escafandra en el piso.

—Atención, les habla el Almirante Aznar hijo. Como ustedes saben estamos atravesando una región desconocida del espacio, antes jamás explorada por nosotros. En estos apartados lugares cualquier indicio de vida inteligente representa un acontecimiento. Acabamos de cruzarnos con una astronave desconocida, ya en la escala de tamaño que nosotros solemos definir como “autoplaneta”. Vamos a acercarnos a esa astronave para intentar conocer a sus tripulantes, bien sea a través de un intercambio de imágenes de televisión o por cualquier otro medio al que tengamos un acceso común. Esa gente debe estar tan sorprendida como nosotros mismos, y posiblemente más asustados que nosotros. Por lo tanto, al aproximarnos a su astronave deberemos observar una actitud cautelosa, estando preparados para repeler cualquier demostración de hostilidad de nuestros desconocidos amigos. Pero, recuérdense bien, sólo repeleremos la agresión en el supuesto de ser atacados. Ahora sintonicen su equipo de mando automático con la radio del “Cuzco”. Mientras no haya orden en contrario, viajaremos juntos. Que los comandantes confirmen el enterado, por favor.

Desde los cuatro buques, que con el “Cuzco” formaban la escuadrilla, llegaron las voces de los comandantes dando el enterado.

—Está bien, comandante —dijo el Almirante, entregando el micrófono a Orón y abandonando la butaca—. Vamos a perseguir a esa astronave. ¿Llegó a verla?

—Sí, señor.

—Pues no perdamos tiempo. Cada minuto que pasa nos alejamos de ella seis millones de kilómetros.

Vistos en el planetario de la Sala de Control del autoplaneta “Valera”, los cinco cruceros siderales se movieron todos a un tiempo, en perfecta sincronización, encendiendo sus motores de “luz sólida” y acelerando con increíble rapidez, perdiéndose prontamente de vista sin romper su correcta formación de cuña.

CAPÍTULO II

El comandante Orón señaló la gran pantalla trapezoidal de televisión.
—Bien, ahí está.

La imagen de la astronave ocupaba los cuatro metros de altura de la pantalla, siendo perfectamente visible en todos sus detalles.

—Vamos demasiado aprisa, reduzca la velocidad a cincuenta mil kilómetros por segundo o la dejaremos atrás.

—¡Velocidad cincuenta mil! —ordenó el comandante.

Los dos hombres estaban de pie, uno a cada lado de la butaca giratoria, en el puente de mando. El paso casi repentino de una velocidad 100.000 a la mitad debería haber proyectado a los dos hombres a través de toda la sala de derrota contra el muro de enfrente, pero en las modernas aeronaves de la Armada Sideral Valerana las ondas gravitacionales, de aplicación relativamente reciente, permitían aceleraciones y desaceleraciones en las que rompían todas las leyes de la física clásica.

El Almirante, que empuñaba un segundo micrófono, preguntó al sargento Carmona si seguía emitiendo simultáneamente con la radio y la televisión.

—Insisto, señor. Pero no hay respuesta.

—Pruebe con distintas longitudes de onda, siga intentándolo —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¿Cómo vamos a conocer a esa gente si no quieren enviarnos su imagen, o no poseen medios para hacerlo? —murmuró Orón.

—Tranquilo, comandante. Deje que sean ellos quienes se pongan nerviosos. Suponiendo, desde luego, que tengan la facultad de excitarse. ¿Qué tamaño le calcula usted a esa astronave?

Orón remitió la pregunta al teniente Santos, quien respondió con detalle:

—La esfera principal tiene más o menos cuatrocientos metros de

diámetro. La envergadura total, incluyendo las esferas pequeñas, es de ochocientos metros.

—Es muy pequeña —dijo el Almirante—. ¿Cuánta gente habrá en ella? Si fueran enanos cabrían varios millares, pero también podrían ser gigantes, en cuyo caso serían muy pocos.

Los dos hombres guardaron silencio mirando la imagen de la astronave. Ésta crecía y crecía de tamaño, desbordando el marco de la gran pantalla trapezoidal. Pero aunque parecía estar muy cerca, todavía se encontraba a más de un millón de kilómetros de distancia. El teleobjetivo redujo su alcance en algunos aumentos. A efectos visuales pareció como si el “Cuzco” diera bruscamente marcha atrás aumentando la distancia. La imagen se hizo más pequeña, aunque pronto empezó a crecer de nuevo como un globo hinchado de aire.

—Sargento Carmona. ¿Estamos emitiendo nuestra propia imagen? —preguntó el Almirante.

—La mía, señor. No sé qué pensará esa gente de la raza terrícola si me están viendo en sus pantallas. No soy muy guapo.

—No se preocupe. Si hay seres vivos en esa nave, su concepto de la belleza debe ser muy distinto al nuestro. ¿Tampoco hay pulsaciones de radar?

—Nada, señor.

El Almirante profirió un gruñido. El comandante Orón observó intranquilo:

—Un millón de kilómetros. Nos estamos acercando demasiado.

—¿Es posible que sólo miren adelante y no se hayan dado cuenta de que nos llevan detrás? —murmuró el Almirante.

—¡Mire, están maniobrando! —señaló Orón.

En efecto, la astronave se movía lentamente volteando sobre sí misma como una campana.

—¡Hola! Parece que sí nos han visto —murmuró el Almirante.

—Se disponen a hacernos frente —dijo Orón—. ¡Y ni siquiera sabemos de qué medios de ataque disponen!

Miguel Ángel Aznar levantó el micrófono a la altura de sus labios.

—Habla el Almirante. Tengan listos los proyectores y no pierdan de vista a la astronave. Ignoramos cuál va a ser su reacción.

Miró a Orón. Éste se inclinó, cogió del suelo la escafandra y se la

ofreció.

—Está incumpliendo las ordenanzas, Almirante. Debería llevar puesta la escafandra.

Miguel Ángel Aznar soltó el micrófono para tomar la escafandra y colocársela. En el breve tiempo que invirtió en esta sencilla operación la escuadrilla había reducido en otros 250.000 kilómetros la distancia que todavía le separaba de la astronave.

—Estamos demasiado cerca —advirtió de nuevo el comandante.

—Reduzca la velocidad a veinticinco mil.

—Comandante a piloto. Reduzca la velocidad un medio.

Mientras la escuadrilla frenaba, la distancia se acortó hasta medio millón de kilómetros. La astronave había concluido su maniobra dando media vuelta de campana sobre sí misma. Su imagen llenaba por completo la pantalla, a pesar de las repetidas reducciones en los aumentos del sistema óptico del telescopio.

En el casquete superior de la esfera que formaba el cuerpo central de la astronave se abrieron unos agujeros. Eran unos veinte formando un círculo alrededor del casquete. Bruscamente salieron de los agujeros unos objetos impulsados por sendas nubes de vapor o de gases.

—¡Atención, torpedos! —gritó el comandante Orón.

—¡Destruyanlos! —ordenó Miguel Ángel Aznar.

En cada uno de los cinco cruceros, el oficial observador tenía el dedo sobre el botón eléctrico que pondría en acción la artillería. Cinco haces de rayos lumínicos brotaron de los cruceros. Eran los temibles rayos de “luz sólida”.

Tensos, delgados y brillantes, como lanzas de oro sólido, los rayos de luz salvaron los 500.000 kilómetros que separaban a la escuadrilla de la astronave y cayeron sobre los torpedos.

Los torpedos fueron atravesados limpiamente de punta a punta, y los rayos siguieron adelante alcanzando también al autoplaneta, que estaba detrás de los torpedos. Algunos de los torpedos hicieron explosión convertidos en grandes globos de fuego. El resto siguió adelante, siendo de nuevo acribillados por las lanzadas de luz y hechos detonar, de modo que ninguno llegó a los buques.

La astronave, repetidamente alcanzada, se abrió de pronto como una sandía golpeada con un mazo. Una gran raja la hendió de arriba abajo, se vio como se doblaba y rompía el anillo tubular que

unía entre sí las cinco esferas menores, y luego la esfera mayor se partió en dos...

—¡Cielos, se está desbaratando! —exclamó alguien a través del altavoz.

Alguna clase de materia estaba saliendo por la grieta de la astronave, y al partirse ésta acabó desparramándose por el espacio. Fue como si un pastel de nata se estrellara contra el suelo. La materia salió como en una explosión sin llama y se proyectó en el vacío sideral, quedando instantáneamente solidificada como un gigantesco cristal de miles de puntas. De éstas se rompieron varias, que quedaron flotando a su vez en el espacio. Las esferas, separadas del cuerpo central, estaban envueltas también de esta extraña materia.

—¡Diantre! —exclamó el comandante Orón desde el fondo de su escafandra—. ¿Qué le ha pasado a la astronave?

—La hemos destruido —dijo Miguel Ángel Aznar entre dientes.

—¿Qué clase de materia es ésta? ¡Parece hielo!

—Seguramente es lo que parece. La esfera estaba llena de agua y ésta se desparramó, quedando instantáneamente solidificada.

—¡Agua! ¿Por qué agua?

—¿Por qué no?

Orón no acertó a contestar.

—Les hemos hecho una faena a esa gente —dijo el Almirante.

—Ellos nos atacaron primero. ¿Qué esperaban que hiciéramos? —gruñó Orón.

—Bueno, tendremos que prestarles ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Sabemos siquiera si la aceptarán?

—Es evidente que no pueden continuar viajando, tal como ha quedado su astronave. ¿Qué suerte les espera si no aceptan nuestra ayuda? Nos acercaremos para efectuar un reconocimiento.

El joven Almirante se dirigió por radio a los comandantes para ordenarles que tomaran el mando de sus buques. La escuadrilla rompió la formación y cada buque se dirigió por sus propios medios al lugar del desastre.

La nave destruida y cuanto le rodeaba seguía moviéndose por su propia inercia. Había gran número de restos por todas partes; témpanos de hielo de diversos tamaños y formas, planchas de metal y otros objetos de difícil identificación. Los buques redujeron la

marcha al acercarse y acomodaron su velocidad a la que llevaban los restos del naufragio.

El comandante Nieto solicitó permiso para enviar al espacio a dos de sus hombres.

—¿Para qué? —preguntó el Almirante Aznar.

—No estamos seguros, pero creemos haber visto un ser humano inmovilizado, atrapado dentro de uno de esos témpanos.

—Vayan a comprobarlo. Pero no se entretengan demasiado. Cada minuto que perdemos aquí nos alejamos seis millones de kilómetros de nuestro autoplaneta.

—Atención, capto murmullos a través de la radio —anunció en este momento el sargento Carmona.

El Almirante abandonó el puente de mando y se dirigió al control de radio. Carmona le tendió una clavija que Miguel Ángel insertó en un enchufe en su propia armadura de “diamantina”. A través del altavoz situado en el interior de la escafandra escuchó claramente una especie de murmullo ininteligible. ¿Alguien intentaba decirles algo en un idioma incomprensible?

Escuchó un par de minutos y arrancó la clavija enojado.

—Es inútil, nunca entenderemos lo que dicen. ¿Por qué no nos envían su imagen por televisión?

—Tal vez no tengan televisión —observó el sargento.

Al joven Aznar ni siquiera se le había ocurrido esta posibilidad.

—Si conocen la radio han debido de desarrollarla hasta llegar al descubrimiento de la televisión —aseguró.

Regresó al puente de mando. En una de sus pantallas laterales pudo ver al crucero “Córdoba”, que parecía inmóvil, a corta distancia. Entre los dos buques se movía un gran bloque de hielo, girando lentamente sobre sí mismo y reflejando en sus aristas la luz de los proyectores del “Cuzco”. Las distancias eran engañosas sin un punto de referencia; había por lo menos tres kilómetros entre los dos buques.

Un portón acababa de abrirse en el costado del “Córdoba”.

Dos astronautas aparecieron en el portón y, despegando de éste, salieron volando con sus “backs”.

El comandante Nieto llamó al Almirante para informarle de que sus hombres llevaban consigo una cámara de televisión portátil con la cual estaban enviando imágenes a bordo.

—Recogeremos en magnetoscopio todo lo que vea la cámara.

—¿Qué fue lo que usted vio exactamente? —le preguntó Miguel Ángel.

—Exactamente no lo sé. Creo que era un hombre.

El Almirante llamó al sargento Carmona para ordenarle que sintonizara el canal de la pequeña cámara y le enviara la imagen a una de las pantallas del puente. El sargento lo hizo así. El Almirante se sentó en la butaca para seguir a través de la pantalla los movimientos del astronauta que volaba delante del que llevaba la cámara.

—Oye, Nieto —advirtió Orón por la radio—. Nuestros proyectores están empujando hacia tu buque un “iceberg”.

—¿Quieres decir que me abollará el casco? —contestó Nieto en plan bromista. Ni siquiera un torpedo nuclear era capaz de abollar un casco que tenía tres metros de espesor.

—Lo digo por si alguien se pillá los dedos —dijo Orón.

—Echadlo para acá. Voy a bajar con una pica y arrancar un pedazo de ese hielo para que lo analicen nuestros científicos. Quizá ni siquiera sea hielo, ¿eh, qué te parece? ¿Qué dice usted, Almirante?

—Sus hombres han visto algo —contestó Miguel Ángel—. Están rodeando ese témpano.

La cámara portátil estaba transmitiendo imágenes perfectamente nítidas en color, moviéndose a lo largo de los bordes de una masa informe, parecida a un bloque de lava solidificada. A continuación la cámara se elevó, se deslizó sobre una superficie rugosa y se inmovilizó.

—¡Aquí está! —dijo una voz por la radio.

En la pantalla se veía borrosamente una figura, que a través de la semi-opacidad del hielo aparecía con las piernas abiertas y los brazos separados del cuerpo. La luz de los proyectores incidía en el hielo de modo que la figura se veía por transparencia, resaltando su contorno y dejando en la sombra el resto de los detalles.

El astronauta que acompañaba al hombre de la cámara se interpuso ante el objetivo. Estaba descendiendo cabeza abajo con respecto al encuadre de la pantalla, utilizando el “back” para darse impulso y llegar hasta el témpano, donde iba a posarse sobre las manos.

Todo se estaba desarrollando de un modo absolutamente normal. El astronauta, que llevaba una piqueta enganchada en el cinturón de lona, alcanzó el hielo con las manos... ¡Y entonces sobrevino la explosión!

No hubo detonación, porque el sonido no se propaga en el vacío sin aire. Brilló un relámpago... y la pantalla quedó a oscuras. La cámara había sido destruida o quedó desconectada. Miguel Ángel Aznar saltó en pie... ¿Qué había sucedido?

—¡Aveño! —sonó por la radio la voz de Nieto—. ¡Aveño, conteste! ¿Qué ocurre?

Una voz entrecortada contestó:

—No lo sé... señor. El sargento Ruiz... se dirigió al... Se dejó caer sobre el témpano... ¡y todo explotó! No veo, comandante... ¡estoy ciego! ¡Por Dios, ayúdenme!

—¡Ruiz! ¡Sargento Ruiz! —llamó el comandante Nieto.

El sargento Ruiz no contestó. Pero siguió escuchándose la voz implorante de Aveño diciendo que estaba ciego, que le ardía el rostro y que fueran a ayudarle.

—Tranquilícese, sargento —dijo Miguel Ángel Aznar—. No se mueva de donde está, iremos a rescatarle. ¿Hola, Nieto?

—Sí, Almirante —contestó el comandante Nieto—. Yo mismo iré a buscar a Aveño.

—No, déjelo. Iremos nosotros. Sólo quería saber si vieron lo que ocurrió.

Aznar levantó la mirada hasta la gran pantalla panorámica de babor. La gran mole de hielo, girando lentamente sobre sí misma, había ido derivando hacia el “Córdoba” ocultando la mayor parte del buque a la vista del “Cuzco”.

—En efecto, estábamos siguiendo los movimientos de Ruiz y Aveño en nuestra pantalla. El sargento Ruiz se dirigió al...

Las palabras del comandante Nieto quedaron bruscamente cortadas. Un relámpago llenó toda la pantalla de babor del “Cuzco”. En este momento Aznar estaba mirando a la pantalla. Fue como si un torpedo de carga nuclear hubiese hecho explosión contra el costado del “Córdoba”. Aznar retrocedió instintivamente...

Al extinguirse el vivo resplandor el Almirante vio al “Córdoba” alejarse... ¡Un enorme boquete en el casco permitía ver su interior hasta la cámara de derrota completamente arrasada!

Aznar quedó aterrado. La fuerza de la explosión debió impulsar al “Córdoba”. El buque iba volteando lentamente sobre sí mismo como un tonel.

—¡Dios mío! —exclamó el comandante Orón—. ¡Han destrozado el buque!

El Almirante se volvió en redondo mirando sucesivamente a las cuatro pantallas. Todo parecía normal. Vio los otros tres buques de la escuadrilla desparramados... los bloques de hielo y algunas planchas metálicas flotando en el vacío allí donde alcanzaba la luz de los proyectores. Los restos de la astronave quedaban más lejos; dos esferas por un lado y tres por el otro lado, y los pedazos de la esfera mayor en el centro.

—¡Nos están atacando! —dijo Orón—. ¡Sólo un proyectil de antimateria pudo hacer eso!

—¡Antimateria! —exclamó Miguel Ángel Aznar. Y la luz se hizo de pronto en su mente—. ¡Antihielo! ¡Fue el “iceberg” al tocar el buque!

El comandante Orón le miraba sorprendido a través del cristal de su escafandra. A través de la radio llegaban los comentarios de los comandantes y las tripulaciones del resto de la escuadrilla, todos hablando a la vez.

—¡Atención! —llamó Miguel Ángel Aznar. Se hizo el silencio y continuó—: Les habla el Almirante, escuchen atentamente. Vamos a salir de este lugar, pero antes deben conocer cuál es la situación. Todo lo que nos rodea; esos témpanos, los metales y lo que queda de la astronave que hemos destruido... ¡es antimateria! La antimateria es todo lo contrario de lo que nosotros conocemos por materia. Ambas no pueden coexistir. Se atraen mutuamente y al entrar en contacto se aniquilan la una a la otra. Nuestros buques tienen una masa bastante importante, suficiente para crear las condiciones favorables a una atracción mutua. De todos modos, un bloque de “anti-hielo” pequeño, o una plancha de “anti-acero” no son suficiente cosa para destruir uno de estos buques. Pero pueden bastar para causarnos daños. Vamos a evitar sobre todo los volúmenes grandes de hielo o metal, y recomiendo especialmente que nadie utilice las ondas gravitacionales hasta que hayamos salido de este laberinto. Las ondas antigravitacionales que emita un buque pueden empujar los restos de la astronave hacia otro buque

que esté más lejos. Vayan con cuidado y saldremos de aquí ilesos.

—Almirante Aznar —dijo una voz—. ¿Qué ha sido del comandante Nieto y su tripulación? ¿Hay supervivientes?

—El “Cuzco” se ocupará de verificar si hay supervivientes en el “Córdoba”, y también de rescatar al sargento Aveño. El resto de los buques pongan los motores en marcha y regresen a “Valera”. Les seguiremos tan pronto terminemos aquí.

A través de la pantalla de estribor el Almirante y el comandante Orón vieron cómo los cruceros encendían sus motores lumínicos y levantaban la proa para virar y alejarse. Aznar se volvió hacia la pantalla de babor. El “Córdoba” seguía alejándose. De su desgarrado interior brotaban las luces cárdenas de ininterrumpidos chispazos. Eran los chisporroteos de los cortocircuitos en la cámara de derrota.

—¿Sargento Aveño? —llamó el Almirante.

—Estoy aquí, señor —contestaron a través de la radio.

—Voy a salir en su busca. No se mueva de ahí.

Unos minutos más tarde Miguel Ángel Aznar salía por el portón del costado de babor del “Cuzco” y abría el regulador de su “back” para dirigirse al lugar donde el sargento Aveño flotaba en mitad del espacio. Cerca del sargento, un bloque de hielo de veinte toneladas se movía lentamente. Aznar sólo tuvo que asir a Aveño por el cinturón y arrastrarlo consigo de regreso a la bodega del “Cuzco”.

Volvió a salir para alcanzar al “Córdoba” e introducirse por el enorme boquete abierto por la explosión. En la cámara de derrota del crucero todos estaban muertos. Las partículas de anti-materia habían desintegrado las armaduras de la tripulación. El cadáver del comandante Nieto aparecía desnudo.

Miguel Ángel Aznar se dirigió al equipo de grabación y cogió el rollo de cinta del magnetoscopio. Lanzando una última mirada alrededor abandonó el lugar y regresó al “Cuzco”.

Minutos después la escuadrilla viraba y encendía sus motores para regresar a su base.

CAPÍTULO III

Aunque en Nueva Madrid era un hecho, de la estación de Emigración de Nueva Madrid día y noche, la estación era de gente que entraba y salía, que esperaba, charlaba, gritaba y reía.

Cada veinticuatro horas llegaban a la Estación más de setenta mil viajeros. Pero como quiera que cada “viajero” que llegaba solía ser recibido por dos parientes o amigos por término medio, podía calcularse que las amplias escaleras, que desde la Plaza de España conducían al subterráneo, eran trajinadas por más de ciento diez mil personas diarias.

La primera sensación del joven Fidel Aznar fue la de cierto deslumbramiento, del que empezó a recuperarse enseguida.

Estaba en el interior de una cámara de restitución totalmente revestida de cristal. Esta cámara era una especie de caja estrecha y alta cerrada por todas partes, excepto por la cara anterior, donde la tapa de la caja había sido retirada unos ochenta centímetros, formando una especie de pantalla que impedía mirar afuera.

Una voz femenina, agradable y animosa, brotó de algún altavoz oculto:

—Puede usted abandonar la cámara. Salga, por favor.

Casi con movimientos mecánicos, Fidel se dirigió hacia la salida, deslizándose por detrás de la pantalla hasta el exterior. Esperaba encontrar a sus padres, pero se vio solo en un lugar que era totalmente nuevo para él.

Estaba en lo que podía definirse como el andén de una gran estación terminal de ferrocarril; un largo, ancho y alto túnel, al parecer totalmente excavado en la tenacísima materia de la que estaba constituido todo el planetillo. Este “andén” tenía 250 metros de largo por 50 metros de ancho. Toda la bóveda estaba cubierta de pinturas al fresco de gran mérito, en las que se representaban escenas relativas a la historia de la “Karendón” y a la permanencia

del alma en aquella inefable “Dimensión Temporal”, de la que el propio Fidel regresaba ahora.

Los 12.500 metros cuadrados de piso eran de grandes placas de mármol negro, pulido y brillante como un espejo. A un lado se alineaban cincuenta máquinas “Karendón”, cada una de ellas atendida por una guapa chica con bata blanca. Al otro lado había veinte puertas iguales de hojas oscilantes, y sobre éstas una serie de grandes carteles en castellano:

“ESTÁ USTED EN EL PLANETILLO VALERA, BIENVENIDO.”

Todo el “andén” estaba brillantemente iluminado, lleno de animación y de ruido. Las cincuenta “Karendón” estaban en continuo funcionamiento, llenando el aire con el poderoso zumbido de las computadoras y el repetido chasquido de las descargas eléctricas en las cámaras de restitución. Una aspiradora robot se movía silenciosamente entre los “viajeros” recién llegados y los altavoces repetían una y otra vez:

—“No se detengan, por favor. Diríjense hacia las puertas. Si tienen familiares o amigos que vinieron a esperarles los encontrarán en el “hall”. No se detengan, por favor...”

Los “viajeros”, sin embargo, no se daban demasiada prisa. Excepto algún caso raro de una mujer o un hombre que llegaran solos, las familias solían venir juntas; padre, madre, hijos y a veces abuelos, saliendo uno detrás de otro de la misma cámara de restitución.

Los que salían primero esperaban a los que llegaban detrás; luego todo el grupo familiar se dirigía hacia las puertas, charlaban entre sí o se paraban a hacer comentarios sobre las pinturas del techo o la lujosa perspectiva del “andén”. Daban la impresión de ser gente que había estado ausente mucho tiempo, como así era en efecto. Todos los “viajeros” llevaban consigo su pequeña bolsa de viaje, algunos un perro, y la mayoría de los niños una jaula con un pájaro, ratones blancos o cualquier otro bicho. Nadie sin embargo traía grandes maletas ni pesados fardos...

Con su propia bolsa de cuero en la mano, Fidel Aznar se sintió de pronto solo y como perdido en mitad del ruidoso andén. Se volvió hacia la “Karendón”. La máquina estaba cargándose de energía para materializar a un nuevo ser y sobre la pantalla que ocultaba el interior de la cámara de restitución se encendió un

letrero electrónico en el que pudo leer un nombre: Juan Armorio Beltrán.

No era nadie de su familia, ni siquiera conocía al hombre que respondía por este nombre. Los altavoces repetían:

—“No se detengan, por favor. Diríjanse hacia las puertas. Si tienen familiares o amigos que vinieron a esperarles los encontrarán en el “hall”...”

Fidel echó a andar cruzando el “andén” hasta la puerta que quedaba más cerca.

Por la puerta entró en un túnel de unos veinte metros de longitud final del cual ya podía verse la gente que esperaba en el “hall”.

El “hall” de la Estación de Emigración era enorme y estaba decorado todavía con más lujo y elegancia que el “andén”. A la salida del túnel dos barandillas de acero servían de contención a la muchedumbre que allí esperaba a los viajeros. Cuando los que esperaban reconocían a los que llegaban, se cruzaban llamadas a voz en grito. El ruido era ensordecedor, reinando un aire de fiesta y alegría.

Fidel miraba a derecha e izquierda buscando algún rostro conocido. Pero no fue hasta que salió del pasillo cuando oyó que le llamaban:

—¡Fidel! ¡Fidel! ¡Muchacho!

Vio una gorra blanca de astronauta y una visera de charol con entorchados de almirante. Era su tío Miguel Ángel. La gente se interponía entre ellos. Fidel empujó con los codos y llegó hasta su tío. Se abrazaron con fuerza. A Fidel incluso le pareció que el abrazo de su tío tenía en esta ocasión un calor desusado. Por encima del hombro de su tío, Fidel vio a la abuela, Yawna, que estaba dos pasos atrás sonriéndole con cierta expresión melancólica.

—¡Yawna!

Se soltó de los brazos de su tío para correr hacia la abuela. Ella unió las palmas de las manos, iniciando la forma tradicional del saludo bartpurano, pero Fidel arrolló todos los formulismos y abrazó a Yawna besándola en las mejillas.

—¡Si estás más guapa que nunca! —dijo Fidel apartándola para mirarla.

Realmente no era una mujer que destacara por su belleza.

Sus facciones afiladas tenían una expresión mística, reforzada por el candor de los ojos almendrados, de pupilas doradas. Delgada y en una talla que casi podía considerarse alta para una mujer, se hacía notar por su porte digno y elegante. Solía vestir largas túnicas, al estilo bartpurano, y peinaba sus rubios cabellos de forma artística y original, enrolladas las trenzas en dos gruesos rodetes que recordaban la famosa efigie de la “Dama de Elche”. Su edad podía considerarse indeterminada, entre los treinta y cinco y los cuarenta, aunque en realidad tenía más de doscientos.

—¿Cuándo regresasteis? —preguntó Fidel.

—Hace seis años.

—¡Seis años! ¿También mis padres? ¿Cuándo regresaron?

—Hace un par de años —contestó el Almirante Aznar rápidamente—. Tu padre está ocupado en un importante proyecto. Vamos, salgamos de aquí.

Tres amplísimas puertas llevaban desde el “hall” a las escalinatas de mármol que conducían al nivel de la Plaza de España. Había un largo tramo de escaleras con algunos rellanos, y ningún medio mecánico para facilitar la subida o la bajada. El brillante sol de “Valera” iluminaba el último tramo, y a medida que se subía iba mostrándose a los ojos del viajero la espléndida perspectiva de la Plaza de España, totalmente reformada y rediseñada después del último viaje del autoplaneta.

Fidel había cumplido dieciocho años cuando fue desmaterializado. Vio desarrollarse la nueva ciudad y estaba en la época en que se construyeron la mayoría de los edificios públicos: el nuevo Ayuntamiento, el Museo de Arte Universal, la Biblioteca, la Casa de la Televisión, el Almirantazgo y el Generalato.

Algunos de los edificios que antes ocupaban las inmediaciones de la plaza habían sido llevados a otro lugar o fueron retirados hasta la falda de las seis colinas que rodeaban la Plaza de España. Ésta era en la actualidad una verde hondonada en la que desembocaban las seis antiguas avenidas. Los valeranos habían edificado su nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua urbe, aprovechando de este modo las líneas del ferrocarril suburbano, la red de alcantarillas y las conducciones de agua y teléfonos.

La Plaza de España tenía cinco kilómetros de diámetro y estaba rodeada de un muro de piedra de escasa altura. La circunvalaba una

calzada asfaltada de un kilómetro de ancha, utilizada como aparcamiento de “aerobotes”, quedando en el centro un parque de tres kilómetros de diámetro, en el que alternaban el césped y los árboles, con un monolito de 300 metros de altura en el centro geométrico de la plaza.

Al antiguo Nuevo Madrid, de proyección vertical, había sucedido en el tiempo una nueva ciudad de proyección horizontal, de lindas casitas unifamiliares que escalaban las faldas de las colinas y se extendían libremente en un radio de veinticinco kilómetros alrededor de la Plaza de España.

La concepción clásica de los edificios públicos había sido sustituida por nuevas formas y volúmenes cuidadosamente estudiados, en los que predominaban las estructuras esféricas y elípticas. Los edificios del Almirantazgo y el Generalato, por ejemplo, eran ahora dos torres gemelas de forma cilíndrica unidas por gráciles puentes aéreos. El nuevo Ayuntamiento se cobijaba bajo una única cúpula blanca, parecida al caparazón de una tortuga, y la Casa de la Televisión era una enorme esfera que se sustentaba sobre un solo pie.

Una nueva estructuración urbana había traído como consecuencia una innovación en los transportes. Desaparecieron los centenarios automóviles eléctricos, pesadilla de incontables generaciones de ciudadanos. En la actualidad cada familia disponía de un “aerobote” para su uso exclusivo, siendo la presencia del garaje que los acogía inseparable de la imagen de la casa rodeada de jardín.

Al final de la larga escalera, Fidel se detuvo mirando a su alrededor.

—Sí, esto ha cambiado algo —murmuró.

—He dejado mi “aerobote” allí —dijo el Almirante—. Iremos a ver al abuelo, te está esperando.

—¿Por qué no ha venido mi madre?

En el mismo instante que hacía esta pregunta “sintonizó” con la mente de la abuela. Yawna, como todos los de su raza, tenía la facultad de transmitir su pensamiento de mente a mente. El mismo Fidel poseía facultades telepáticas, no tan acusadas como las de su abuela, pues en él sólo una cuarta parte de su sangre era bartpurana. La ansiedad de Yawna fue transferida telepáticamente a

Fidel, quien, volviéndose de repente, inquirió:

—Yawna, ¿qué ocurre?

El tío miró a su vez a Yawna y gruñó:

—¡Vaya, ya se lo has dicho!

—¿Qué ha sido de mi madre? —preguntó Fidel sin apartar sus ojos de Yawna.

—No está aquí. Ella no regresó —murmuró la abuela.

—¡No regresó!

Entonces Fidel captó la imagen que fluía de la mente de Yawna. La escena que vio Fidel era exactamente la evocada por su abuela. Tal vez Yawna no la presencié por sí misma, seguramente le fue transmitida por su hijo o relatada por otro testigo presencial.

Una mujer joven, delgada y alta, de facciones bellas y delicadas, estaba caída en el suelo en actitud extraña; dobladas las rodillas, la espalda como tronchada y la cabeza ladeada, apoyada contra el revestimiento de cristal del interior de una cámara de restitución. Tenía los ojos abiertos, unos ojos realmente bellos, azules y grandes... y en ellos cierta expresión de temor. Era su madre, Katherina Rudel, y estaba muerta.

De la certeza de su muerte no le cupo duda a Fidel. El cuerpo había perdido el aura vital.

Restituida de pie, tal como fue desmaterializada, Katherina debió desplomarse sin vida como un muñeco de guiñol. Un médico comprobaría su defunción poco después. El cuerpo fue desmaterializado en la misma grotesca posición que se encontraba, desintegrado por la máquina “Karendón” en medio de un relámpago...

—¡Dios mío! —gimió Fidel lleno de angustia—. Entonces no volvió. ¡Su alma no regresará jamás con nosotros!

Quedó anonadado. De pronto se sintió solo... solo en presencia de su abuela y su tío, rodeado de gente alegre y ruidosa, bajo el brillante y caliente sol del planetillo “Valera”... y una lágrima rodó por sus mejillas.

Toda la angustia, toda la amargura y el sentimiento de abandono era vivido en toda su intensidad por Yawna, cuya sensibilidad receptiva le llevaba a identificarse de forma total con los sentimientos de Fidel. A su vez Fidel sintió el grito de dolor y de protesta que fluía directamente de su abuela: “No estás solo. Yo te

amo... y también te ama tu padre... y tu abuelo. No estás solo en tu dolor, nosotros estamos contigo”.

De pronto Fidel se arrojó sollozando en los brazos de su abuela.

Miguel Ángel Aznar les contemplaba con el ceño fruncido.

Esta forzada pasividad en presencia de dos bartpuranos era algo que siempre le había irritado.

Terrícola puro, el calvario de Miguel Ángel había empezado casi el mismo día que su padre casó en segundas nupcias con una dama bartpurana; Yawna. Miguel Ángel era tan pequeño cuando perdió a su madre que prácticamente no recordaba haber tenido otra que Yawna.

A poco de casarse el Almirante Aznar y Yawna tuvieron un hijo, que fue Fidel. La concepción de Fidel no fue dejada al capricho de la naturaleza. Científicos bartpuranos, expertos en geriatría, seleccionaron cuidadosamente los genes más idóneos de cada progenitor para engendrar un ser que debería reunir en sí mismo los rasgos mejores de cada raza.

Y nació Fidel, un “super-baby”.

Aquel angelote rubio, robusto y hermoso, incluso a pesar de su enorme cabeza, poseía ya al nacer todas las facultades paranormales de su madre.

Cualquiera que hubiese tenido en su familia un hermano prodigio, estaría cerca de comprender el purgatorio de celos por el que pasó Miguel Ángel. A los cinco años, aquel crío de cabeza gorda ya era capaz de entenderse telepáticamente con su madre. Sin una palabra, incluso a distancia, se comunicaban entre sí sus pensamientos y sus sentimientos.

Ni Miguel Ángel ni su padre poseían las facultades de Yawna y Fidel, lo cual les hacía sentirse como excluidos del idílico mundo afectivo en el cual madre e hijo parecían inmersos. Si el Almirante recibía luego una compensación en la intimidad de la alcoba, éste no era el caso de Miguel Ángel. Yawna era su madrastra, y nunca fue para él otra cosa que una madrastra. Todos los esfuerzos de Yawna por ganarse su confianza y afecto fueron inútiles.

Algo parecido ocurrió al Almirante Aznar con respecto a Fidel. Por más que supiera que era hijo suyo, ¿qué lazos de afecto podían existir entre un padre terrícola y un hijo bartpurano? Alguna vez el Almirante expresó su pensamiento, no exento de reproche: “Los

científicos bartpuranos se ve que cargaron la mano. Pocas fueron las cualidades genéticas que escogieron de mí. La mayoría fueron de su madre.”

Otras circunstancias contribuyeron a distanciar todavía más a Fidel de su padre y su hermano. Antes de los catorce ingresó en un monasterio “Bundo”. Los Bundos, aunque otra cosa pareciera, no eran realmente una secta religiosa. Todas las facultades extraordinarias que ya poseía Fidel al nacer fueron estimuladas y ampliadas en el monasterio, donde se le educó utilizando unos métodos tan misteriosos como antiquísimos.

A los dieciocho años, cuando Fidel acababa de alcanzar el grado de Bundo, surgió un problema familiar. El autoplaneta “Valera”, después de permanecer veinte años en el sistema de Bartpur, iba a regresar a la Tierra para intentar de nuevo la reconquista del planeta, solar y patria de la raza terrícola. El Almirante Aznar, promotor de aquella empresa, había tomado de nuevo el mando del autoplaneta “Valera”. Miguel Ángel formaba parte de la expedición y la única duda sería lo que haría Yawna, suponiendo que Fidel no quisiera acompañarles.

Pero Fidel accedió y el asunto quedó así resuelto a satisfacción de todos, a excepción quizá de Fidel, quien sin duda habría preferido permanecer en la paz del monasterio y en su amado Bartpur. Fidel demostró poseer una maravillosa capacidad para aceptar cualquier sacrificio en beneficio de los demás, y la familia a partir de este momento se sintió más unida.

El hijo de Fidel fue otra cosa distinta. Fruto espontáneo del amor, en su procreación no se adoptó ninguna medida selectiva para hacer de él un superdotado. La naturaleza combinó las características hereditarias de los genes de sus progenitores sin previa manipulación, y lo hizo muy bien.

Alto, rubio y guapo, el hijo de Fidel no tenía la voluminosa cabeza de aquél, pero heredó su inteligencia y la mayor parte de sus extraordinarias facultades paranormales, estimuladas y agudizadas a través de la educación que recibió. Algo que inquietaba mucho al Almirante Aznar era saber si, por su educación y por las leyes inmutables de la herencia, este sobrino estaba más cerca del pensamiento y la filosofía bartpur que del carácter y la forma de ser de los Aznar.

El muchacho era prácticamente un desconocido para Miguel Ángel Aznar, y también para su abuelo.

Después de alejarse del sistema solar de Uhlan, el autoplaneta “Valera” había viajado por medios convencionales, en los límites de la velocidad de la luz, durante doce años. En estos años se reconstruyó la industria y se levantaron las nuevas ciudades, se amplió la Sala de Control y se reforzaron el Ejército y la Armada.

Durante estos doce años, el joven Almirante Aznar sólo vivió seis en el planetillo. El Almirante Mayor y su esposa, “emigrados” desde el comienzo del viaje, regresaban todos los años por unas semanas, convivían con la familia y se enteraban de la marcha de los asuntos, para ausentarse de nuevo desmaterializados en la “Karendón” hasta el año siguiente. Cuando finalmente le llegó a Miguel Ángel la vez de ausentarse, su sobrino tenía doce años y abandonaba los juegos infantiles para iniciar formalmente su educación.

Hasta el día de su marcha, Miguel Ángel y su sobrino fueron grandes amigos. Al despedirse, ambos sabían que no volverían a verse hasta transcurridos algunos años. Ahora Fidel era un apuesto muchacho de dieciocho años y casi un desconocido para el Almirante.

CAPÍTULO IV

Redención, el “aeroplane” fue a España sobre la onza de del edificio del Almirantazgo.

El antiguo Palacio Residencial, ostentoso rascacielos en el que tradicionalmente moraba el Almirante Mayor, había seguido la misma suerte que el resto de los edificios de la ciudad. Sobre el montículo que formaron las ruinas de aquel rascacielos, se levantaban las torres gemelas del Almirantazgo y el Generalato, cuya altura no sobrepasaba los 40 pisos y armonizaba con el resto de las edificaciones de la plaza.

Las habitaciones del Almirante Mayor, en una de las últimas plantas del Almirantazgo, eran más reducidas que las que habitualmente disfrutaba en su antigua residencia, aunque no menos cómodas que aquéllas.

Don Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor del autoplaneta, Comandante Jefe de las Fuerzas Expedicionarias, era un hombre de estatura un poco menor que la mediana, esbelto, de ojos azules, el cual había entrado en aquel estado de edad indeterminada que era una de las características de los valeranos rebasado el centenario.

Incluso para Fidel, que era su nieto, el “superalmirante” se le aparecía envuelto en la aureola de los héroes míticos, más allá de lo legendario. Era el hombre más viejo de “Valera”.

Nacido en el autoplaneta “Valera”, era el último superviviente de la primera campaña contra los Hombres de Titanio, en el año 10960. Fracasado en su empeño, el autoplaneta viajó a Redención bajo el mando del Almirante Fidel, que murió asesinado por los “eternos”. Miguel Ángel Aznar sucedió a su hermano en el mando del autoplaneta, declaró la guerra y puso en apuros a los “eternos”, obtuvo la total independencia del planetillo y abandonó la jefatura al declararse la República de Valera. Viajó hibernado a Bartpur

(Atolón) sobreviviendo a todos los de su generación, regresó a la vida pública y fue el impulsor del nuevo estado.

El joven Fidel admiraba profundamente a este hombre extraordinario, hábil político y estratega genial, cuyo mayor mérito era la sencillez y desenfado con que sobrellevaba el peso de su popularidad y el carisma de los Aznar, de cuyas virtudes y defectos era continuador y depositario.

Analizándolo críticamente no era un hombre que se pasara de erudito en ninguna materia. Su hijo, Miguel Ángel Aznar Bogani, en la línea de la nueva generación de almirantes, estaba sin duda mejor preparado técnica e intelectualmente. Miguel Ángel era casi un científico, al contrario que su padre, que era un intuitivo, con más corazón y arrojo, y con menos conocimientos de física, de matemáticas y de psicología.

La psicología del viejo Aznar era la aprendida en la dura escuela de la experiencia. Era un hombre que, conociendo y admitiendo sus limitaciones y sus fallos, estaba mejor predispuesto a disculpar los errores de los demás. Su mejor virtud era su honradez y su falta de presunción, lo cual no quería decir que se pasara de modesto. Defendía tozudamente aquello en lo que creía tener razón, y generalmente se salía con la suya.

—Sentí mucho lo de tu madre —dijo el “superalmirante” a Fidel—. Sin embargo no todo está perdido. No debemos perder la esperanza de que algún día pueda regresar. Esto ya ocurrió una vez. Cuando tu padre regresó de su incursión en el pasado, al intentar restituir aquí a tu madre, su cuerpo apareció sin vida. Pero Fidel no desistió, nunca perdió la esperanza de reencontrar su alma. ¡Y el milagro ocurrió! Cuando miles de años más tarde nuestro autoplaneta se detuvo en Uhlan, Fidel repitió una vez más la prueba haciendo pasar la cinta perforada de Katherina por la Karendón... ¡y tu madre apareció con vida! ¿Por qué no puede ocurrir lo mismo en otra ocasión, mañana o dentro de unos años?

Fidel sabía que las posibilidades de reencontrar el alma de su madre eran muy remotas, casi inexistentes. Pero al menos en una cosa tenía razón el abuelo. Katherina no estaba muerta, simplemente se había ausentado. Aunque las esperanzas de hacerla volver fueran escasas, una esperanza, aunque remota, era mejor que nada.

—¿Por qué habéis tardado tanto en hacerme regresar? Mi padre ha debido sentirse muy solo en estos años —dijo Fidel.

—Él quería estar solo —replicó el “superalmirante”—. Seguramente fue mejor así. Tu presencia le hubiese hecho recordar cada día la ausencia de Katherina. Se enfrascó en su trabajo y éste parece tener completamente ocupada su mente. Regresaste al tiempo de tu turno, eso es todo.

—Entonces será que hemos llegado a alguna parte. ¿Dónde estamos en este momento?

Fue su tío Miguel Ángel quien contestó:

—Como ya sabes teníamos el propósito de volver al hiperespacio, el cual en el primer intento parece que sólo atravesamos por una esquina. Creemos haber llegado más lejos esta vez, al polo opuesto del Universo. Tú conoces la teoría sobre la existencia de dos universos iguales y opuestos. Dicho gráficamente sería como un espejo. De este lado la imagen del mundo que conocemos, y en el fondo del espejo otro mundo idéntico del que nos separa el cristal. La imagen de este otro Universo sería el mundo inmaterial, idéntico e intangible... Pues bien, hemos cruzado el cristal, estamos al otro lado del espejo.

—¡El Universo antimateria!

—Sí.

—¡Es fantástico! —exclamó Fidel admirado.

—Sí, lo es —refunfuñó el “superalmirante”—. Y peligroso también. ¿Sabes lo que ocurriría si nuestro planetillo entrara en contacto con uno de esos planetas ante los cuales nos encontramos? ¡Se aniquilarían mutuamente!

—Nuestro planetillo quedaría destruido también si entrara en contacto con otro mundo, aunque fuera de materia. ¿Cuál es la diferencia? —replicó Miguel Ángel Aznar.

—La diferencia está en que no podemos ir allí. Esos planetas son inabordables para nosotros.

—Iremos.

—¿Cómo? —preguntó Fidel lleno de curiosidad—. ¿No es cierto que si uno de nosotros intentara poner pie en uno de esos mundos quedaría aniquilado al instante?

—Tu padre está trabajando sobre un proyecto que nos permitirá ir allá. Recuerda que la antimateria no nos es del todo desconocida.

En Uhlan construimos torpedos de anti-dedona que luego utilizamos como explosivos contra los cruceros siderales contruidos por nosotros mismos.

Penetrando en el pensamiento de su tío, Fidel leyó la idea de éste.

—¿Convertir a un ser material en otro ser antimateria? ¡Vaya! ¿Se trata de eso? ¡Casi no puedo creerlo! —exclamó.

—El problema está prácticamente resuelto.

—Lo que yo me pregunto es, ¿para qué queremos ir allá? ¿Qué hay en esos mundos que merezca ser investigado? ¡Hombres! ¿Seres inteligentes... una humanidad en peligro que demanda nuestra auxilio?

—Muchacho, si tú solo te bastas para contestar a todo, ¿para qué preguntas? —gruñó el tío.

—Perdona, estaba leyendo en tu mente. ¡Pero como no te expresas claramente...!

—Hazme el favor de no leer mis pensamientos, o te vas a encontrar con algo desagradable referido a todos los curiosos que se dedican a profanar los rincones ocultos de la mente ajena —gruñó el Almirante Aznar. Pero Fidel sabía que estaba hablando en broma.

—Cuéntame tú —dijo.

El tío le refirió todo respecto al asunto. La cosa había empezado el día que los instrumentos de detección del autoplaneta “Valera” descubrieron una astronave que se movía en una ruta que iba a cruzarse en la trayectoria del vuelo del planetillo. El Almirante Aznar era en aquellos momentos el comandante del autoplaneta, ausente el “superalmirante”. El Almirante decidió investigar la identidad de los tripulantes de la astronave y salió en su persecución al frente de una escuadrilla de cruceros de combate.

Después de repetidos intentos por contactar con la astronave a través de la radio y la televisión, cuando los cruceros valeranos se encontraban cerca de la nave, ésta les largó una andanada de torpedos, que fueron fácilmente detenidos por los proyectores de “luz sólida” de la escuadrilla. Pero algunos de los disparos dirigidos contra los torpedos alcanzaron a la astronave, que se abrió como una enorme sandía dejando escapar su contenido.

El contenido de la astronave era agua, que se solidificó en hielo tan pronto pasó al cero absoluto del vacío sideral. Nos acercamos

con la intención de prestar ayuda a los náufragos si los había. Uno de nuestros comandantes creía haber visto un ser humano atrapado en uno de los bloques de hielo, y envió dos astronautas a investigar. Los astronautas se dirigieron al témpano y verificaron la presencia de alguien que estaba envuelto en el hielo. Pero apenas uno de los astronautas tocó el témpano, hielo y hombre se autodestruyeron en mitad de una explosión. Todavía no habíamos alcanzado a comprender lo ocurrido, cuando uno de los grandes icebergs derivó hasta el costado de uno de nuestros cruceros y estalló, abriendo un enorme boquete en el buque, matando a todos sus tripulantes. Entonces comprendimos que la astronave y todo lo que había salido de ella estaba constituido de algo que no podíamos tocar, ¡antimateria!

Ante la imposibilidad de prestar auxilio a los supervivientes de la astronave, en el supuesto de que los hubiera, lo que no se pudo constatar, la escuadrilla regresó a “Valera” y el Almirante se permitió llamar al Almirante Mayor para someter a su juicio lo ocurrido.

—Me aterró pensar en el grave peligro en que habíamos estado —dijo el Almirante Mayor—. Al salir del hiperespacio y penetrar de nuevo en el espesor de la esfera cósmica, mientras volábamos a mayor velocidad que la luz en el sub-espacio, nuestro autoplaneta se había dilatado para adquirir billones de veces su tamaño natural. Éramos como una nube de gas cruzando el sub-espacio; una nube tan grande y tan tenue que nos atravesaban planetas y soles y no nos causaban daño, porque eran con relación a nuestra nube tan pequeños como los rayos cósmicos que continuamente bombardean nuestro cuerpo. Así habíamos volado a través del sub-espacio, el hiperespacio, y nuevamente en el sub-espacio hasta llegar a Uhlan. La experiencia nos demostró el riesgo que entraña la operación de aceleración y frenado a la entrada y salida del sub-espacio. Una colisión con otro planeta, cuando “Valera” se estaba dilatando o contrayendo, podía causarnos daño. Esto ya ocurrió una vez, originando una sacudida que derrumbó todos los edificios de nuestro planetillo y pudo haber ocasionado un desastre. Por eso esta vez nos propusimos ser más prudentes y empezar a frenar apenas cruzado el vacío absoluto del hiperespacio. Si en lugar de hacerlo así nos hubiésemos internado en este espacio anti-materia, habría

bastado que un pequeño planeta del tamaño de la Luna nos atravesara para provocar la destrucción de “Valera”. Ese fue el gran peligro que corrimos, y del que, gracias a Dios, nos salvamos.

La reacción del Almirante Mayor al conocer el suceso fue la propia de un comandante sobre quien recae la gran responsabilidad de conducir una nave. “Valera” era eso; una nave del espacio, tan grande como la Luna, hueca interiormente, capaz de trasladarse por sus propios medios a cualquier lugar, sin limitación de tiempo o distancia. Hombre prudente, el Almirante Mayor quiso dar media vuelta y abandonar tan peligroso lugar. Pudo haberlo hecho, pues era el Comandante y sus decisiones eran ley en situaciones como aquella.

—Pero llamamos a los científicos, y los sabios empezaron a aducir razones. Tu padre, entre ellos —señaló el “superalmirante” acusadoramente—. Dijeron que la ciencia del futuro me crucificaría, poniéndome como ejemplo aquellos timoratos navegantes anteriores a Colón, gente ignorante que no creía en la redondez del planeta, y temían alejarse demasiado de la costa por temor a caerse por el abismo, allí donde terminaba el mundo. Este Universo desconocido debía ser explorado, en el conocimiento de la antimateria estaba la clave de ese perpetuo enigma acerca de la creación del Cosmos. Me convencieron. Al parecer no existía tanto peligro en movernos por estos pagos, en tanto y en cuanto no sobrepasáramos velocidades más allá de las cuales no se pudieran evitar los obstáculos que surgieran en nuestro camino. Parece que el Cosmos anti-materia no es tan terrible como lo pintaron nuestros antepasados. Por lo menos hemos llegado hasta aquí sin contratiempos.

—¿Dónde es “aquí”? —preguntó Fidel.

—Llegamos a este lugar siguiendo a la inversa el rumbo que llevaba la astronave que destruimos —dijo el joven Almirante Aznar—. Se trata de un sistema solar de estrellas dobles.

—¿Cómo Bodna y Ura?

—Sí. Con la diferencia de que aquí está en la última escena el drama que, más pronto o más tarde, también sentenciará el fin de Uhlan. Las dos estrellas se han ido aproximando una a la otra, girando cada vez más aprisa y más cerca. Hemos aplicado nuestras computadoras a calcular el tiempo que tardarán Bodna y Ura en

abalanzarse el uno contra el otro. ¡Sólo sesenta meses!

—Cinco años.

—Día más, día menos. Y en ese corto tiempo tenemos que evacuar a una humanidad de más de mil millones de seres.

—Hay un planeta habitado... —dijo Fidel internándose en el pensamiento de su tío.

—Sí.

—Por mil millones de seres.

—Sí.

—Y sólo nosotros podemos salvarlos.

—Así es. La astronave que nosotros destruimos iba a explorar las posibilidades de vida en otro sistema solar distante... Una tentativa tardía, por supuesto. Esa gente no dispone de medios ni de tiempo para ponerse a salvo antes que Bodna y Ura se encuentren y se aniquilen entre sí. Hemos llamado Bodna y Ura a estas estrellas. El nombre no importa. El hecho cierto es que la catástrofe ocurrirá, y nadie puede retrasarla ni impedirla.

—¿Cómo son esas criaturas? No son como nosotros.

—Los llamamos tritones. Son habitantes de mar.

—¿Anfibios?

—No, solamente marinos. Respiran por branquias, supongo que te gustará verlos.

—¿Se les puede ver?

—Estamos en contacto con ellos a través de la televisión. Los tritones son una raza antiquísima. En el curso de su civilización, varias veces milenaria, han logrado alcanzar un notable desarrollo científico, tanto más meritorio cuanto que han tenido que superar enormes dificultades. Para que puedas formarte una idea, la atmósfera de su planeta está constituida de gas metano. El metano arde en combinación con el oxígeno, pero los tritones no tienen oxígeno en su atmósfera. Sí lo tienen combinado con el hidrógeno, formando el agua de sus océanos. Mas para obtener oxígeno del agua tuvieron que hacerlo por electrolisis. Supongamos que en alguna época de su remoto pasado los tritones se propusieran fundir el hierro para fabricar sus arpones, ¿cómo lo harían? No tenían oxígeno para hacer arder el gas metano, y en aquel tiempo no debían conocer la electricidad, ni por supuesto disponían de medios para fabricar un inducido eléctrico. No sabemos qué caminos

tuvieron que recorrer hasta lograr fundir los primeros metales, aunque de seguro tuvo que ser largo y tortuoso. Pese a todo, los tritones conquistaron la tierra y el aire. En la actualidad tienen satélites artificiales orbitando su planeta, satélites de telecomunicaciones. Los utilizan para transmitir mensajes de radio y programas de televisión a gran distancia. Gracias a sus satélites podemos recibir en “Valera” sus programas de televisión, y ellos a su vez ven los nuestros.

—Según eso, ¿estamos en contacto con ellos?

—Nuestros psicólogos han realizado una gran labor. Consiguieron desarrollar un lenguaje ideográfico, gracias al cual hemos podido establecer un diálogo inteligente con los tritones. El doctor Ross es el director del programa, ¿te acuerdas del doctor Ross?

—Naturalmente que me acuerdo de él. Y también de Nuria, su hija.

—Bien, Nuria colabora con su padre en el programa. Puedes ir un día cualquiera a los estudios de televisión y te pondrán al corriente de todo.

—¿Pero, no podría ver a los tritones ahora mismo? ¿En fotografía, por ejemplo? —inquirió Fidel, profundamente interesado en el asunto.

El Almirante tenía algo mejor. Mientras Yawna ponía el mantel a la mesa para el almuerzo, Miguel Ángel buscó un rollo de cinta en el mueble del televisor. Era una grabación en magnetoscopio, tomada de una emisión de televisión.

Los tritones no habían desarrollado la televisión en color ni relieve, tratándose por lo tanto de imágenes planas en blanco y negro.

En aguas claras, de escasa profundidad, se movía una figura de extraño aspecto. Las extremidades inferiores no parecían muy distintas en principio de las de un ser humano, aunque luego se advertía que no existían articulaciones en rodillas y tobillos.

Las piernas de aquel ser extraordinario se movían de forma ondulante, estando rematadas por sendas aletas en forma de cola de pescado. Por el contrario, los brazos del tritón se articulaban en los hombros y se doblaban en los codos y muñecas. Las manos eran enormes y tenían los dedos unidos por un cartílago a modo de las

palmípedas y anfibios terrícolas. Una cresta espinosa recorría el dorso del monstruo desde la cabeza al extremo de la corta y robusta cola.

Mientras estaba a distancia el tritón tenía un aspecto raro, aunque sus movimientos eran ágiles y elegantes, como de una criatura perfectamente adaptada al medio.

El tritón avanzaba como un buceador, moviendo alternativamente aquellas piernas ondulantes, que indudablemente no le servirían para sostenerse en tierra firme. En la mano empuñaba un fusil, cuyo proyectil era un arpón.

Después de desfilarse de lejos ante la cámara, el tritón se volvió y se acercó de frente al objetivo. Aquel horrible ser tenía la piel oscura, recubierta de pequeñas y brillantes escamas. La cabeza, grande y pesada, estaba unida al tronco por un cuello corto y robusto. El rostro, si de tal podía hablarse, mostraba una frente angosta, y bajo ésta un pico de loro, con los grandes y redondos ojos emplazados a cada lado. Detrás de la boca tenía unas barbas formadas por dos crestas espinosas, y a continuación de éstas se abrían las agallas.

Fidel sintió un escalofrío en la espalda cuando la cabeza del monstruo ocupó en primer plano toda la pantalla.

—Son feos, ¿verdad? —murmuró.

El tío sonrió.

—No son como las sirenas que nos pintaban nuestros poetas. Probablemente una linda sirena, de medio cuerpo abajo pez y de medio cuerpo arriba señorita, tendría pocas probabilidades de sobrevivir en un ambiente tan duro como son las condiciones de vida en el océano. En el mar, como en la tierra, sólo sobreviven las criaturas mejor adaptadas al medio. Observa esos tritones; son fuertes, ágiles y poderosos. Su adaptación al medio es perfecta, y tienen algo que les ha hecho dignos de dominar su mundo.

—¿Te refieres a las manos?

—Exactamente, sí. Los tritones son las únicas criaturas marinas que tienen brazos y manos. Como el hombre en la Tierra tuvieron la suerte de desarrollar unos maravillosos instrumentos de trabajo. Su dedo pulgar puede oponerse a los otros dedos de la mano. La habilidad manual debió desarrollarse en los tritones paralelamente a su inteligencia. Cuantas más cosas eran capaces de hacer con las

manos, mayor era el estímulo que sentían para intentar nuevas y más difíciles empresas. Los tritones son los seres más evolucionados de su mundo. Su evolución ha debido ser larga y penosa. Pero si bien por un camino más tortuoso, llegaron también a muchas de las metas que nosotros alcanzamos en un tiempo más corto. Vas a ver algunas de sus realizaciones.

Fidel Aznar siguió con interés las escenas que se iban desarrollando en la pantalla. Asistió a una cacería desarrollada bajo el agua, admirando la rapidez de movimientos de los tritones y su certera puntería manejando el arpón. A continuación vio un tritón encaramado a una pequeña máquina, especie de torpedo movido por una hélice y un motor eléctrico que la criatura montaba como un caballo y utilizaba para moverse a grandes distancias. Luego vio una nave submarina, un auténtico barco casi tan grande como un crucero valerano, capaz de realizar largas travesías oceánicas.

—Un barco accionado por un reactor nuclear —indicó el Almirante—. También han desarrollado vehículos para andar por tierra firme, incluso un programa espacial, aunque éste llegó demasiado tarde.

El rollo de cinta se terminó y el Almirante se levantó para apagar el televisor.

—¿Cómo vamos a salvarlos? —preguntó Fidel—. ¿En verdad podemos hacer algo por ellos?

—Lo estamos intentando. La empresa es difícil, larga y costosa... y tal vez no lleguemos a tiempo. Sólo hay un medio de sacar a los tritones de allí; a través de las Karendón. Pero nuestras máquinas no pueden alcanzar ese planeta. Será preciso construir otras Karendón con materiales anti-materia y enviarlas a los tritones. Las “Traslator” nos enviarán los datos para confeccionar aquí otras cintas que más tarde utilizaríamos para restituir a los tritones a su estado natural.

—Pero no sólo habrá que devolverles a su estado natural, sino también a su ambiente natural. Eso implica la búsqueda y el hallazgo de otro planeta donde las condiciones ambientales sean parecidas o idénticas a las del mundo que los tritones habrán perdido, ¿no es cierto?

—Por supuesto, así tendrá que ser.

—Es un endiablado asunto —dijo el Almirante Mayor con

expresión malhumorada—. Pueden pasar siglos hasta que encontremos un lugar adecuado para desembarazarnos de esa gente. ¡Y cuanto más tiempo perdamos aquí, más tardaremos en regresar a Atolón!

—¿Cuál es la opinión de los valeranos? ¿Se les ha consultado?

—Claro que no. Pero les hemos hecho volver para someter la cuestión a plebiscito. Una empresa como la que queremos emprender no puede decidirla un solo hombre. No sería justo puesto que en ella se involucran el tiempo, el esfuerzo y la responsabilidad de la nación.

—¿No es arriesgado someter a la decisión de una mayoría un asunto tan delicado? —arguyó Fidel—. Supongamos que el cincuenta por cien más uno de los valeranos con derecho a voto dicen que no debemos ayudar a los tritones. Sabes muy bien que eso podría ocurrir. Si preguntáramos uno por uno a todos los valeranos, seguramente todos coincidirían en que era un caso de conciencia ir en ayuda de los tritones. Pero el voto secreto es un buen antifaz para ocultar la cara a quienes suelen practicar el egoísmo.

—No tienes que recordármelo, hijo —suspiró el Almirante Mayor—. Tengo experiencia en esta clase de asuntos. Cuando el autoplaneta llegó a Atolón ocurrió algo parecido. Entonces eran los bartpuranos quienes necesitaban ayuda. Se habían desmaterializado y sólo nosotros podíamos sacarles de su cárcel encantada. La Asamblea Nacional acordó ayudar a los bartpuranos, y luego el pueblo dijo que no. Todavía me avergüenza recordar aquellos tiempos. Espero que nuestro pueblo no lo haya olvidado y se aplique la lección al considerar el asunto de los tritones.

El “superalmirante” se encerró en pensativo silencio, y todos respetaron este silencio. En los motines que convulsionaron las ciudades de “Valera”, la primera esposa de don Miguel Ángel Aznar fue brutalmente asesinada por las turbas. La primera esposa del Almirante fue la madre de Miguel Ángel Aznar Bogani, ahora Almirante y segundo de a bordo.

CAPÍTULO V

Ciudad de 20.000 habitantes de ambos lados del río Voltios, una tranquila desembocadura de éste en el Mar Menor, a la salida de un valle. Las altas montañas que la flanqueaban por ambos lados estaban cubiertas de musgo en las alturas. En las suaves laderas crecían los pinos y a ambas orillas del río se extendían espesas choperas. El Voltios era un río de montaña en el que abundaban las truchas, y el Mar Menor era un lugar ideal para la práctica de los deportes náuticos.

Los pabellones e instalaciones de investigación estaban desparramados de forma anárquica por el fondo del valle, como si cada laboratorio buscara su propio aislamiento lejos de los demás. Lo conveniente habría sido que los laboratorios estuvieran agrupados en función de su especialidad, pero los científicos solían ser gente bastante rara. Disfrutaban con las dificultades.

Levantada de nueva planta, como todas las ciudades del planetillo después del viaje de la Tierra a Uhlan, Ciberburgo reunía el equipo más moderno de investigación y las instalaciones más completas en su género.

El director del Centro Experimental de Electrónica era el profesor José Ferrer, que era considerado la máxima autoridad científica en su especialidad. En una línea ininterrumpida desde que el planetillo fue transformado en autoplaneta, los Ferrer habían ocupado un lugar destacado en la tecnología de “Valera”.

Pero fue Terry Ferrer, hija del profesor, quien acudió a recibir al Almirante Aznar y al sobrino de éste. Había mucha confianza entre el Almirante y la profesora, a pesar de la gran diferencia de edad que existía entre ambos. Terry debía andar por el umbral del siglo, aunque no lo aparentaba en realidad. Éste era un caso común entre los valeranos, que parecía más acusado en Terry por unir a su

apariencia un carácter joven y desenfadado.

Aunque era alta y tenía una bonita figura, Terry Ferrer no era precisamente una mujer hermosa. Lo más destacable de su rostro eran los ojos, llenos de vivacidad. La arrolladora personalidad de esta mujer realizaba el milagro de que a poco de estar hablando con ella, uno llegaba a encontrarla incluso bella.

—¿Te acuerdas de Terry? —dijo el Almirante a su sobrino.

—Claro que la recuerdo. Para mí es como si me hubiese ausentado ayer —dijo el muchacho estrechando la mano de la profesora—. ¿Cómo está usted?

—Hijo, no me hables de usted que me hace sentir muy vieja.

—Es que realmente eres vieja —dijo el Almirante con ánimo de fastidiar.

—Vete al cuerno, Almirante. Oye, chico, eres muy guapo, mucho más que tu padre y que el cantamañanas de tu tío. —Fidel se ruborizó y Terry continuó—: Creo que heredaste algunas de las facultades paranormales de tu padre, ¿no es cierto? ¿Lees el pensamiento y puedes ver el aura de las personas, como tu inefable papá?

—Sí, señora —dijo Fidel tímidamente.

—Haces bien en advertírmelo, estaré en guardia. ¿Habéis venido a buscar a Fidel?

—Telefoneamos desde Nuevo Madrid y nos dijeron que estaba muy ocupado —dijo el Almirante—. El chico quería ver a su padre y le llevé hasta aquí.

Terry Ferrer confirmó lo que ya les habían indicado por teléfono. En efecto, el doctor Fidel Aznar estaba muy ocupado. Había descansado dos horas después de su agotadora sesión de trabajo y se habían dado órdenes expresas de no molestarlo bajo ningún pretexto.

—Casi le tenemos como prisionero —dijo Terry consultando la hora de su reloj de pulsera—. Debe haberse levantado, la sesión va a reanudarse. Chico, podrás ver a tu padre, pero sería conveniente que él no te viera por ahora. Nada ni nadie debe distraerle en este momento, ¿entiendes? Vamos, venid conmigo.

Miguel Ángel Aznar se excusó diciendo que tenía cosas importantes que hacer en otra parte.

—Bien, que se quede el chico, yo cuidaré de él —dijo Terry

poniendo su mano sobre el hombro de Fidel.

El Almirante se marchó para regresar a Nuevo Madrid tripulando su “aerobote”.

—Ven, vamos a ver a tu padre —dijo Terry cogiendo al muchacho familiarmente por un brazo.

En un amplio corredor coincidieron con cierto número de hombres y mujeres, la mayoría vistiendo batas blancas, todos charlando animadamente entre sí. Todos entraron en una gran sala rectangular, la mitad de la cual estaba ocupada por varias hileras de sillas, viéndose al fondo una grada de madera.

En el extremo opuesto de la habitación había tres grandes pantallas, como las utilizadas para proyecciones cinematográficas, la mayor de ellas al fondo, y las otras dos situadas lateralmente formando un ángulo de 45 grados. En el centro de la sala, sobre una tarima de material aislante, se veía una consola con el teclado propio de una computadora.

Las sillas ya estaban casi todas ocupadas y los rezagados iban a sentarse en las gradas del fondo. Reinaba cierto ambiente expectante y se hablaba en voz baja.

Saludando a unos y a otros, Terry Ferrer llevó a Fidel hasta un par de sillas de la última fila.

—¿De qué se trata? —preguntó el muchacho en voz baja.

—Vamos a asistir a un recital —contestó Terry en un murmullo.

—¿Un recital?

—Sí. Orquesta, computadora CR dos mil cincuenta “Junior”. Director, Doctor en Ciencias Exactas Fidel Aznar. Obra, “Fantasía y realidad del Macrocósmos Anti-materia”.

—¿Habla en broma?

—Mira a tu alrededor. Los cerebros más lúcidos, las máximas figuras en el campo de la Física, las Matemáticas y la Electrónica han venido a presenciar este recital. Son el público. El maestro es tu padre. ¡Lo que estamos aprendiendo de él!

En este momento entraba en la sala Fidel Aznar seguido de otro hombre y del profesor Ferrer.

—Ese es Amadeo Asagioli —señaló Terry en un susurro.

—¿El matemático?

—Tu padre ya le dio sopas con honda en cierta ocasión. Fue cuando calculábamos los efectos de dilatación que experimentaría

un móvil lanzado a mayor velocidad que la luz en el sub-espacio. Si tu padre fuera tan presuntuoso como Asagioli sería mil veces más famoso que él. Lo malo de tu padre es que se pasa de modesto.

—Él es así —dijo Fidel—. No necesita demostrar que es un genio. Simplemente, lo es.

Alguien estaba reclamando silencio detrás.

Fidel Aznar cruzaba la sala en dirección a la consola de la computadora. Era un gigante de dos metros de estatura, rubio y bello como un querube, con una cabeza más grande de lo normal aunque no lo pareciera tanto por las proporciones de su cuerpo de atleta.

Asagioli y Ferrer se dirigieron a la primera fila de sillas y Fidel Aznar tomó asiento en la butaca ante la consola. Se atenuaron las luces de la sala y se encendió una lamparilla que iluminaba el teclado de la computadora.

Fidel Aznar tocó algunos interruptores y apretó unos botones. En la pantalla electrónica del fondo empezaron a aparecer en rápida sucesión largas hileras de términos algebraicos. El joven Fidel tenía bastantes conocimientos en materia de computadoras para comprender que la máquina se limitaba a recordar todas las operaciones realizadas con anterioridad. Desde la pantalla central, algunos términos pasaban a las pantallas laterales para servir de recordatorio y para su utilización posterior.

El joven Aznar se concentró en sí mismo hasta conseguir sintonizar con el pensamiento de su padre. A partir de este momento le resultó fácil comprenderlo todo.

La computadora se detuvo al alcanzar el punto donde quedó interrumpida la operación. Fidel Aznar pulsó algunas teclas y en la pantalla electrónica apareció escrita la ecuación. Se escuchó un murmullo. Fidel Aznar apretó un botón y la computadora empezó a operar, resolvió la proposición y se detuvo.

Fidel Aznar se inclinó sobre el teclado. Sobre la pantalla empezaron a aparecer letras, símbolos y números en rápida sucesión. Ahora el hombre sentado ante la consola parecía un organista, transportado en alas de la inspiración, improvisando una sinfonía cuyas notas sublimizadas eran letras y símbolos escribiéndose y borrándose en la pantalla de cristal. El cerebro del genio trabajaba casi con tanta rapidez como la máquina, se

anticipaba a sus conclusiones, formando con ella un solo ente, avanzando por un intrincado camino como guiado por una irreal y certera intuición...

De pronto Fidel Aznar se puso en pie. En la pantalla todavía se estaban escribiendo los últimos signos, pero el genio “sabía” que allí estaba la conclusión final.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó el joven Fidel.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Terry Ferrer.

—¡Él lo sabe! Sintonicé con su pensamiento y le he seguido a través de todas sus elucubraciones.

La computadora se había parado y se encendieron las luces. Todos rompieron a hablar a la vez. Fidel Aznar abandonó el estrado y fue a reunirse con los profesores Asagioli y Ferrer. Se escuchó el arrastrar de sillas. De todos los puntos de la sala acudieron los matemáticos a rodear al gigante.

—Confieso que me he quedado “in albis” —farfulló Terry Ferrer poniéndose en pie. Miró a su alrededor—. Y apuesto a que no he sido la única. ¿Por qué introdujo ese factor inesperado? ¿De dónde lo sacó?

—Fue intuición. O si lo prefiere usted, inspiración.

—¿Pero cómo sabe él que no está equivocado?

—Él posee facultades que nosotros desconocemos. Tal vez aplicó sus dotes de precognición. La solución estaba allí y había que adivinarla. Las matemáticas, por sí solas, no crean nada. Sólo sirven para demostrar lo que se supone o adivina, ¿no es cierto?

—¡Qué duda cabe! El rasgo característico de los genios, de los Newton, de los Einstein y tantos otros, fue su certera intuición. Ven, vamos a acercarnos.

En aquel momento era prácticamente imposible acercarse a Fidel Aznar. Los que le rodeaban levantaban la voz a coro para inquirir aclaraciones y puntualizaciones. El “Bundo” se había cruzado de brazos y miraba a unos y otros sin contestar a nadie. El joven Aznar optó por transmitir un mensaje telepático a su padre:

“Adler Ban Aldrik, aquí está tu hijo Fidel.”

Adler Ban Aldrik era el nombre bartpurano del “Bundo”. El mensaje llegó a su destinatario, quien desplegó los brazos y avizó por encima de las cabezas que le rodeaban. Entonces vio la rubia cabeza de Fidel.

—Disculpenme —dijo el “Bundo” abriéndose paso.

—¡No puede usted marcharse ahora! —gritó una voz.

El “Bundo” se volvió.

—¿Por qué? —dijo levantando la voz—. He propuesto una solución. Demuestren que estoy equivocado. Yo he terminado mi trabajo, hagan ustedes ahora el suyo.

Abriéndose paso entre los científicos, el “Bundo” llegó hasta su hijo, le asió del brazo y le arrastró en dirección a la puerta. El profesor Ferrer y Terry les siguieron en mitad del tumulto y bloquearon la puerta con sus cuerpos, de modo que padre e hijo pudieron alcanzar el corredor.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo el doctor Fidel Aznar.

Abandonaron el edificio por una puerta trasera, saliendo a un patio mal iluminado por algunas farolas medio emboscadas entre la espesura de los árboles. Dando la vuelta a una esquina llegaron hasta la zona de estacionamiento de los “aerobotes”.

—No corras, ya no hay ninguna prisa —dijo el doctor Aznar reteniendo a Fidel.

Siguieron a paso lento hasta detenerse junto a uno de los “aerobotes”.

—¿Es este tu bote? —preguntó Fidel.

—Sí. Anda, pílootalo tú, que sé que te gusta hacerlo.

Fidel tomó asiento ante los mandos del aparato, esperando hasta que su padre se acomodó y cerró la portezuela. El aparato se elevó silenciosamente en el aire y Fidel oprimió un botón en el cuadro de la radio. Una agradable voz de mujer anunció:

—Está usted en el canal direccional de Ciberburgo a Barcelona. Elévese a mil doscientos metros.

El “aerobote” subió hasta la altura indicada y el piloto pisó el acelerador. Por delante y a través del cristal parabrisas brillaban distantes las luces de Barcelona.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó el doctor Fidel.

—Esta mañana. El tío y la abuela vinieron a buscarme... y supe lo de mamá —dijo el muchacho. Y después de un corto silencio preguntó—: ¿Crees que la recuperaremos algún día?

—Tú sabes que eso es prácticamente imposible.

El muchacho buscó en el pensamiento de su padre un eco de dolor. Pero sólo encontró un sorprendente sentimiento de

resignación.

—No parece que lo hayas sentido mucho —dijo rencorosamente en voz alta.

—¿Eso es lo que crees?

—Eso es lo que estoy leyendo en tu pensamiento.

—Tú acabas de regresar, hijo. Para mí esto sucedió hace dos años.

—Pues te has resignado muy pronto.

—No se puede luchar contra el destino. Hay cosas que no le son permitidas hacer a nadie. ¿Recuerdas la fábula de Prometeo? Robó el fuego del cielo para uso de los mortales, y Zeus le castigó encadenándolo a una roca en Escitia, a donde acudía todos los días un águila para devorarle el hígado. Pero éste se reproducía durante la noche para que de este modo pudiera continuar el tormento.

—¿Qué tiene que ver la Mitología con nosotros?

—Algo parecido me ocurrió a mí. Yo también robé a tu madre. Traspasé la barrera del Tiempo, retrocediendo veintitrés mil seiscientos años en el Pasado hasta mil novecientos cuarenta y cinco, y en aquella dimensión, en una Alemania remota donde se libraba una guerra, encontré a tu madre y engendramos un hijo; tú. Obrando sensatamente, yo debería haber renunciado a llevarla conmigo a mi tiempo. Pero éramos muy jóvenes, estábamos enamorados y no quisimos resignarnos a vivir el uno lejos del otro. En el viaje de regreso, la aeronave trajo consigo la cinta perforada que contenía la formulación de Katherina Rudel. La astronave sólo invirtió unas semanas en el viaje, pero a efectos del tiempo real habían transcurrido veintitrés mil seiscientos seis años desde que Katherina fue desmaterializada en mil novecientos cuarenta y cinco. En el intento que se hizo para restituirla, el cuerpo de Katherina apareció sin vida. Era lo lógico, ya que después de mil novecientos cuarenta y cinco el alma de tu madre había transmigrado cientos de veces. El alma, aunque inmortal, no puede dividirse ni dar vida simultáneamente a dos seres distintos en lugares diferentes. En ese momento el alma de Katherina Rudel existía dando vida a otra persona en algún remoto lugar.

—Sin embargo, cuando poco después Valera viajó a Uhlan, al funcionar de nuevo la Karendón mi madre apareció con vida.

—Por puro azar hubo coincidencia entre el momento en que yo

hacía funcionar la Karendón y la permanencia del alma de Katherina en la Dimensión Temporal, donde esperaba a reencarnar de nuevo. Pero aunque volvió entre nosotros, ella seguía perteneciendo a otro tiempo. Si era desmaterializada nuevamente, lo más seguro sería que su alma regresara al Tiempo del cual había sido arrebatada.

—¿Mamá lo sabía? ¿Y a pesar de eso, en los años que estuvisteis juntos, fuisteis felices?

—En nuestra situación la vida sólo era posible aceptando las duras condiciones que nosotros mismos nos impusimos al obrar con osadía contra todas las leyes naturales. Fuimos felices en la medida que pueden serlo un hombre y una mujer que saben han de separarse a fecha fija. Cuando después de abandonar Uhlan el autoplaneta tuvo que viajar de nuevo en el hiperespacio, llegó la hora en que hasta el último habitante del autoplaneta tenía que ser desmaterializado. Ambos sabíamos que nuestra despedida iba a ser definitiva. Yo al menos sabía que volvería a encontrar a mi hijo, a mis padres y a mi hermano, a mis amigos y a “Valera”... Pero para tu madre nada de eso volvería a existir. Su alma, al reencarnar en otro ser, ni siquiera guardaría recuerdo de su vida anterior.

—¡Pobre mamá! —murmuró Fidel con un nudo de lágrimas en la garganta—. ¡Qué duro debió ser para ella!

El hombre que estaba a su lado no contestó. Pero, sintonizando con el pensamiento que fluía de él, el muchacho sintió como propios su profundo dolor, su soledad y su amargura. Fidel Aznar, el hombre que burló al tiempo, resultó a la postre castigado... como aquel Prometeo mitológico que robó al Cielo el fuego para uso de los mortales, y fue atado por Zeus a una roca de Escitia para que un águila le devorara el hígado, que cada noche volvía a regenerarse.

CAPÍTULO VI

Después de recibir la noticia de la partida de su padre y la fácil resignación, de los primeros días.

Fidel sólo tenía dieciocho años y a su edad la vida ofrecía demasiadas cosas bellas. El solo hecho de morar en “Valera” era un aliciente para un joven ansioso de aventuras, porque aquí siempre estaban ocurriendo cosas.

Semejante a una gigantesca burbuja de metal, “Valera” era un planetillo hueco de dimensiones parecidas a la Luna. El hombre no había construido todavía una astronave artificial de las dimensiones de “Valera”. Los terrícolas encontraron esta esfera hueca en estado natural y la adaptaron, tras laboriosos trabajos, a las características propias de una cosmonave.

Los valeranos pertenecían a un género singular. Eran gente que había hecho previa renuncia a la vida tranquila, cambiando la seguridad de los planetas fijos por la incertidumbre, el riesgo y la aventura, habitando en un mundo móvil que viajaba continuamente de un lado a otro del Universo.

En “Valera” todo era imprevisible. Los valeranos se desmaterializaban en las máquinas “Karendón” al emprender cada viaje, para ser restituidos de nuevo cuando el planetillo se detenía. Lo que nunca podían saber los valeranos era en qué extraño lugar se encontraría su autoplaneta al volver a la vida, ni siquiera si despertarían.

La vida en el autoplaneta “Valera” era un azar, una “ruleta rusa”.

En su anterior viaje desde la Tierra a Uhlan, los valeranos estuvieron al borde del desastre. El planetillo había colisionado con otro cuerpo celeste, y este choque causó el derrumbamiento de todos los edificios de “Valera” y algunas averías en la Sala de

Control.

Viajando a mayor velocidad que la luz, el autoplaneta experimentaba una serie de fenómenos, incompatibles con la frágil vida de los humanos. Los valeranos, desmaterializados en las máquinas “Karendón”, no tenían existencia física durante estos arriesgados viajes. La compleja nave del espacio que era “Valera” quedaba confiada entonces a los controles automáticos.

Más recientemente, en su último viaje, el planetillo estuvo de nuevo al borde de la catástrofe, al penetrar inesperadamente en el Universo anti-materia. Ésta era la clase de riesgos a los que “Valera” siempre estaba expuesto, y que daba a la existencia de los valeranos un carácter especial, como no podía encontrarse en los mundos fijos, que a lo sumo recorrían una órbita de unos cientos de millones de kilómetros, siempre por el mismo camino, alrededor del Sol.

En “Valera” se hacía realidad la frase “cada día trae su afán”. Mientras en Atolón fueron tema preocupante los bartpuranos, en la Tierra los “sadritas” y en Uhlan los ankoranos, aquí, y en este momento, sólo se hablaba de los tritones.

Dieciocho millones de valeranos estaban de regreso en sus hogares y organizaban de nuevo su vida como si volvieran de unas cortas vacaciones. Llegaban a sus casas, encendían la televisión y se ponían a quitar el polvo acumulado en su ausencia.

Las casas de los valeranos no solían ser muy grandes. Generalmente constaban de un salón-comedor, dos o tres habitaciones, una cocina y uno o dos cuartos de baño. Los muebles, fabricados en grandes series, solían concretarse en dos docenas de modelos, que los valeranos combinaban y distribuían exprimiendo su ingenio para darles un carácter personal.

La masificación era el más grave problema de esta sociedad moderna, y escapar de la vulgaridad constituía casi la única preocupación de los valeranos. Este empeño llegaba a extremos tales, que una gran mayoría de los valeranos emprendían por su cuenta obras de reforma en sus casas, aplicándose con entusiasmo a la tarea de hacer simultáneamente de albañiles, plomeros, decoradores, carpinteros, pintores y jardineros.

Más o menos ocurría lo mismo con la moda del vestido. El Estado proveía a la nación de toda clase de artículos, pero las amas de casa preferían tomar del almacén piezas de tela y crear sus

propios modelos de vestidos, sus cortinas y sus colchas.

Aunque de esto parecía desprenderse la existencia de una gran anarquía y libertad en la forma de vestir, no era así. Generalmente la moda seguía imponiendo su ley, y a una temporada de faldas cortas y jerséis de lana, podía seguir otra de faldas largas y espaldas al aire. Un modelo afortunado solía desencadenar la copia inmediata de él, y, con alternativas y altibajos, la gente seguía vistiendo como siempre; es decir, como lo hacía el vecino.

La casa de Fidel era del tipo de las más pequeñas y en ella no se habían efectuado obras que afectaran al espacio ni a la distribución de las habitaciones. Era sencillamente una casa de serie, tal como fue entregada por el Servicio de Bienestar Social. Antes los Aznar habían disfrutado una casa de tres habitaciones en zona distinta de la ciudad, donde todos conocían todos y Fidel tenía numerosos amigos.

En el nuevo barrio, los únicos conocidos eran los Ross, que vivían al otro lado de la colina. La familia estaba formada del matrimonio Ross y su hija Nuria. Siguiendo la tradición familiar, Nuria se había especializado en psicología y sociología, que eran las especialidades de su padre y su abuelo.

Viendo a Nuria Ross, uno casi no comprendía cómo seguía soltera. Realmente era una mujer muy guapa, alta, de piel nacarada y cabellos cobrizos, con grandes y bellos ojos castaños, afilada nariz y rojos labios. A los cuarenta y un años, aunque sólo aparentara veinte, una mujer como Nuria ya había alcanzado aquel aplomo y confianza propios de la madurez. Fidel quedó como deslumbrado ante esta extraordinaria mujer.

Pocos días después del regreso de Fidel, el profesor Ross y su hija fueron a visitar en su casa a los Aznar.

—Oye, has crecido mucho —dijo Nuria al presentarle a Fidel—. ¡Si ya eres un hombre!

Fidel estudió el aura de la joven y vio que tenía vigor y magnífica salud. Una inspección más profunda en la mente de Nuria le produjo cierto malestar. Sencillamente, a ella no le importaba un bledo él. Toda su atención y su intención eran para Adler Ban Aldrik. De forma tan descarada se volcaba ella hacia el monje “Bundo” que el joven Fidel se sintió asqueado.

“Es una desvergonzada” —se dijo.

El tema nacional de aquellos días era el de los tritones.

Los valeranos estaban regresando masivamente y tenían que ser impuestos en las cosas que habían ocurrido durante su ausencia. No pasaba un día sin que la televisión dedicara un programa completo a explicar quienes eran los tritones, y la situación de apuro en que se encontraban.

Esto ya había chocado a Fidel Aznar en los escasos días que llevaba en “Valera”. La tarde que los Ross fueron a visitar a sus amigos estaba funcionando la televisión, a la que solamente el doctor Ross prestaba atención.

—Ya están de nuevo aquí esos dichosos tritones —dijo Fidel—. ¿Quién demonios dirige este programa?

—Nosotros —respondió Ross—. Tal vez te parezca un poco machacón.

—¡Machacón! ¡Son ustedes más pesados que una apisonadora! Claro que eso puede ir en la opinión de cada uno. No es eso lo que más me sorprende, sino el hecho indudable de que están ustedes dirigiendo una campaña de propaganda, cuyo fin parece ser el inclinar la opinión pública del lado de los tritones. ¿Por qué? ¿Quién patrocina esta campaña?

—Nadie ha ordenado hacer propaganda —dijo el doctor Ross poniéndose colorado.

—Entonces, ¿por qué lo hacemos? ¿No deberíamos dejar que los valeranos decidiesen por sí mismos, sin someterles a presión de tipo moral o sentimental?

—Es posible que estemos arrimando el ascua a nuestra sardina —admitió Ross sacudiendo la cabeza—. Los que participamos en este programa deseamos ayudar a los tritones, eso no puede negarse, pues de lo contrario no estaríamos trabajando para ellos. Por cierto, ¿cuál es tu posición respecto al problema?

—¿Debo tomar una posición?

—Eres mayor de dieciocho años. Tendrás que decir sí o no, a menos que entregues tu voto en blanco.

—Bueno, en tal caso diré que sí. ¿Qué duda cabe que queremos realizar una buena obra? Y no me pregunto, como ya están haciendo algunos, si los tritones se van a mostrar agradecidos. No hacemos esto para que nos lo agradezcan, si no porque es un deber de humanidad.

—Esa es nuestra postura —aprobó el doctor Ross—. ¿Por qué no vienes a trabajar con nosotros? ¿Tienes alguna otra cosa que hacer?

—Estoy a punto de ingresar en la Armada. Se lo prometí a mi abuelo...

—No estás ligado a nada que no desees hacer, aunque lo hubieses prometido —dijo el padre de Fidel.

—¡Pero es que quiero ser astronauta! Tú lo sabes.

—Tú sabes que lo sé, y también sabes que no es esa la profesión que yo quería para ti.

—Sé que te gustaría verme con la cabeza afeitada vistiendo la túnica morada de los bundos. No alego nada contra los bundos. Sólo me consta que no tengo ni vocación ni aptitudes para ser uno de ellos.

—Tal vez no tengas vocación, pero no digas que tampoco posees aptitudes. Serías un buen cirujano si quisieras. Puedes ver el aura, penetrar con la vista los tejidos humanos y suturar una arteria por psicokinesis. Lo que el mundo necesita son hombres dedicados a practicar el bien, no profesionales de la guerra, especialistas en sembrar la destrucción y la muerte.

—Sabes lo que pienso de la guerra —contestó el joven Aznar—. No debería existir, pero existe. Las guerras no se evitan negándose a pelear. Si una raza no lucha, llega otra raza y la aniquila o la sojuzga. Sólo hay una forma de acabar con las guerras, y es acabar con quienes la practican.

Adler Ban Aldrik sacudió su voluminosa cabeza con tristeza, pero no replicó. Los Ross aprovecharon para ponerse en pie y despedirse.

* * *

En una nueva visita a Ciberburgo, acompañando a su padre, Fidel Aznar pudo asistir a un curioso acontecimiento; el nacimiento del prototipo de la nueva “Karendón Mutante”. La máquina iba a llamarse así por estar destinada a transmutar todos los elementos integrantes de la “Karendón Traslator” en sus equivalentes anti-materia.

En la planta de diseños del Instituto Tecnológico, una computadora, sobre una serie de datos previos, confeccionaba los

planos. La misma computadora, sobre estos planos, perforaba una larga cinta de dos metros de ancho en lámina de titanio. Las medidas sobre las que trabajaba la máquina eran en ocasiones de centésima de micrón. Esta cinta estaba destinada a ser introducida en una máquina “Karendón” gigante, la cual integraría de una sola vez la “Karendón Mutante”.

Las “Karendón” tenían esta sorprendente cualidad. Se hacían unas a otras. La única condición exigida era que la “Karendón” que iba a construir a otra tuviera bastante capacidad para contenerla. La industria valerana tenía máquinas “Karendón” de hasta 300 metros de grada; las que utilizaba para construir los cruceros de la Armada Sideral.

Respecto a las “Karendón Traslator” no había problema. El modelo existía y lo único que tenían que hacer las “Mutantes” era reproducirlas con materiales anti-materia.

El proyecto, al que se había llamado “Éxodo”, estaría en marcha en la fecha en que la nación valerana se manifestara a través del plebiscito. La opinión mayoritaria parecía estar a favor de ayudar a los tritones, y las únicas objeciones tenían su origen en la demora que toda la operación supondría para el autoplaneta; cinco años para evacuar a todos los tritones, y no se sabía cuánto tiempo más para encontrar un mundo donde las condiciones de vida fueran apropiadas para recibir a esta humanidad trashumante.

A la espera de que estuviera de regreso toda la población de “Valera”, el joven Fidel Aznar ingresó en la Armada Sideral.

El Centro de Instrucción de la Armada estaba situado en San Carlos, una pequeña población no lejos de Nuevo Madrid. La Academia Astronáutica de San Carlos, de gloriosa tradición, había formado generaciones de astronautas, entre ellas todos los almirantes del autoplaneta, la mayoría de los cuales fueron hombres de la familia Aznar.

Los sistemas pedagógicos de la Academia habían experimentado grandes cambios con el tiempo, y la permanencia de los cadetes en San Carlos, que en otros tiempos se prolongaba varios años, había quedado reducida a seis semanas. Las promociones no solían rebasar el centenar de alumnos.

Los cadetes eran instruidos por monitores. Se les enseñaba a manejar las armas, la armadura de vacío y el equipo de vuelo

individual (back). Todas estas enseñanzas y ejercicios eran alternados con sesiones de máquina “Psí”.

El alumno, que ya había trabado conocimiento con este método de enseñanza entre los ocho y los dieciséis años, era sentado en una butaca y recibía en el cerebro unos finos electrodos de platino. Estos electrodos estaban conectados a una computadora, la cual contenía en varios rollos de cinta magnética las lecciones que el alumno iba a asimilar.

El alumno, bajo los efectos de una droga hipnótica, quedaba en un estado especial de vigilia. En este estado el cerebro recibía a alta velocidad una serie de impulsos eléctricos. Estos impulsos provocaban una reacción electro-química en las células cerebrales, que pasaban a ordenarse en series mediante un código muy complejo, cada una de ellas representando una idea. El cadete recibía por este sistema no sólo información y conocimientos, sino también experiencia.

Las experiencias reales de otros astronautas en combate y en situaciones extremas de peligro, grabadas en cinta magnética, pasaban a engrosar el acervo de conocimientos del alumno.

Este moderno sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro formaba mejores oficiales en menos tiempo y a bajo costo.

Todavía se encontraba Fidel Aznar en el Centro de Instrucción de la Armada cuando se celebró en todo “Valera” el plebiscito para decidir el asunto de los tritones. La nación valerana se expresó en abrumadora mayoría por prestar auxilio a los habitantes del planeta, dando con ello muestras de ejemplar generosidad. El proyecto “Éxodo” recibió luz verde y los programas de televisión valerana dieron a la información las fases sucesivas del plan, hasta entonces mantenido en discreto silencio. Los valeranos quedaron sorprendidos al saber que el proyecto estaba tan adelantado.

Una semana después, Fidel Aznar recibía los galones de segundo teniente e iba a ver a su abuelo vistiendo el flamante uniforme blanco de la Armada Sideral.

Los azules ojos del Almirante Mayor se humedecieron.

Fidel era un muchacho casi tan alto como su padre, más esbelto y con una cabeza de tamaño normal. La mezcla de las tres razas que confluían en él, la germánica, la latina y la bartpurana, había dado como resultado un hermoso ejemplar en este muchacho rubio y

bello como un Apolo.

—Ya puedo morir tranquilo —dijo el “superalmirante”, al que gustaba dramatizar—. La sangre y el apellido de los Aznar tendrá una continuación en mi nieto.

Fidel y Yawna intercambiaron el mismo pensamiento y se echaron a reír.

—¡Vamos, Almirante! ¿Quién habla de morirse? —protestó Yawna—. Aún vivirás para ver a los nietos de tu nieto vistiendo de uniforme. ¡Y todavía faltan por venir los nietos y biznietos de tu hijo!

Naturalmente Yawna se refería a Miguel Ángel Aznar, el tío de Fidel.

El joven Almirante llegó cuando Fidel todavía se encontraba en casa de sus abuelos. Miró al chico, dio una vuelta a su alrededor y lanzó un largo silbido.

—¿Vas a salir a la calle así? —preguntó después muy serio—. ¡Te lo prohíbo! ¡Va a haber una hecatombe de muchachas con el corazón herido!

Fidel amagó un directo a la mandíbula de su tío y éste le soltó un papirotazo. Fidel persiguió al Almirante alrededor de la mesa y el “superalmirante” dejó oír su voz:

—¡Formalidad! ¿Qué juego es éste? ¡Un segundo teniente persiguiendo a un Almirante de la Armada! ¡Vaya ejemplo!

Fidel se quedó a almorzar con los abuelos y el tío. En el boletín de noticias de la sobremesa, la televisión ofreció algunas escenas documentales de los trabajos de instalación de la primera “Karendón Mutante” en la superficie exterior del planetillo.

La máquina, un enorme cilindro abierto por uno de los extremos, flotaba en el vacío sostenida por cuatro rayos de luz. Los rayos luminosos no tenían ningún poder por sí mismos, sólo servían para dirigir visualmente las ondas gravitacionales que eran las que realmente hacían levitar la pesada máquina. El cilindro fue hecho descender poco a poco y quedó acoplado a un agujero practicado en el duro suelo de consistencia metálica.

Los hombres que manejaban los proyectores y los que tiraban de las cuerdas para dirigir el descenso del cilindro vestían trajes de vacío. En la parte exterior de “Valera” no existía atmósfera.

—La primera máquina lista para funcionar —comentó el joven

Miguel Ángel Aznar—. Fidel quiere hacer la primera prueba mañana.

—Estamos desarrollando el proyecto muy aprisa, ¿no es cierto? —preguntó Fidel.

—Muchacho, las dificultades no han hecho más que empezar —respondió el joven Almirante—. Hay allí mil millones de tritones y sólo disponemos de cuatro años y ocho meses para evacuarlos a todos. Tenemos el propósito de enviar al planeta quinientas “Karendón Traslator”. Suponiendo que las quinientas máquinas funcionaran ininterrumpidamente las veinticuatro horas del día, desmaterializando a un hombre por minuto, emplearíamos cuatro años en enviar a “Valera” los mil millones de tritones. Pero las cosas no van a ocurrir así. El planeta es bastante grande, una vez y media el tamaño de la Tierra, y los tritones estarán dispersos en esos enormes océanos. No cabe esperar que nuestras “Traslator” puedan funcionar a pleno rendimiento por todo el tiempo que nos queda, a menos que esos tritones sean gente disciplinada y disponga de buenos medios de difusión y comunicación para concentrarlos en los lugares donde se encuentren nuestras máquinas. Habrá demoras, y al final vendrán las prisas y las carreras. Pero eso no es todo.

—¿Quieres decir que esperas más dificultades?

—En realidad sabemos muy poco de los tritones. Las cosas pueden resultar de distintos colores de como las pintan el doctor Ross y sus optimistas colaboradores. Pongámonos en lugar de esa gente. Si yo fuera uno de ellos y viera llegar a unos individuos proponiéndome convertirme en una cinta de oro perforada, antes que nada querría cerciorarme de que sus intenciones son honradas, y de que al menos tenía alguna probabilidad de ser reconvertido en hombre-pep y puesto a nadar en una tinaja en otro lugar seguro. O sea, lo primero que debemos hacer es romper cualquier desconfianza que pueda surgir en ellos.

—Ese es problema suyo, no nuestro —dijo el Almirante Mayor—. Si desconfían de nosotros y se niegan a dejarse desmaterializar, nosotros nos lavamos las manos.

—Es fácil decirlo.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Qué harías tú, si estando paseando por la terraza de un edificio te encontraras con un hombre que iba a saltar a la calle

para matarse? En primer lugar intentarías disuadirle. Pero si el hombre insistía diciendo que su vida era suya y creía poder hacer de ella lo que quisiera, ¿te encogerías de hombros, dejándole arrojar al vacío, o llamarías a la policía para que se lo llevara por la fuerza?

—Bueno, entiendo lo que quieres decir —refunfuñó el “superalmirante”—. La diferencia consiste en que en el caso de los tritones, si ellos se niegan a recibir ayuda, no podemos capturarles uno a uno para obligarles a entrar en la “Karendón Traslator” a viva fuerza.

—No podemos hacerlo. Sin embargo agotaremos todos los argumentos para intentar convencerles, porque consideramos que ese es nuestro deber. Aquí vamos a tropezar con otro grave inconveniente, el idioma. No parece que los tritones tengan un verdadero idioma, a excepción de unos cuantos sonidos guturales. Por el contrario, han desarrollado un tipo de escritura ideográfica endiabladamente enrevesada. Si al menos su cerebro fuera igual al nuestro, podríamos sentarlos ante una máquina “Psí” y desnudar su mente hasta conocer el último de sus pensamientos. Pero no cabe esperar que su cerebro esté conformado igual que el nuestro, en cuyo caso...

—No es una dificultad insuperable —dijo Fidel—. Mi padre y yo mismo podemos interpretar su pensamiento como lo haría la “Psí”.

—En efecto, tu padre ya ha pensado en ello. Eso le convierte en un elemento indispensable para nuestra expedición.

—¿Vuestra expedición? ¿Quieres decir que vas a ir hasta ese planeta, y papá contigo? —interrogó Fidel sintiendo agudizarse su interés.

—Alguien va a tener que ir. Tu padre, los Ross, yo...

—¿Y por qué no yo? ¡Quiero que me llevéis con vosotros! Puedo ser útil allí, piénsalo. Mientras papá se entiende con uno de esos tritones, yo podría hacerlo con otro. Dos intérpretes son mejor que uno sólo, ¿no es cierto?

—Puede haber peligro allí, muchacho.

—¿Qué clase de peligro?

—¡Oh, no lo sé! Peligro puede ser cualquier cosa que amenace la vida de uno.

—Oye, tú eres mi tío —dijo Fidel enfadado—. Si teniendo un tío

al mando de la expedición no puedo conseguir que me lleve, ¿a quién se lo voy a pedir?

—Tal vez a tu padre. No te llevaré sin su consentimiento.

—¿Si convengo a mi padre no habrá objeciones por parte tuya? ¿Me lo prometes?

El Almirante miró al viejo Aznar interrogándole.

—Todos los Aznares en una misma cesta —gruñó el “superalmirante”—. No me gusta eso. Si os ocurriera algo...

—¿Qué puede ocurrirnos? —protestó Fidel—. Que conteste Yawna. No habrá peligro si ella no tiene una premonición.

—¡Al diablo las premoniciones! No quiero que vayas —gruñó el Almirante Mayor.

A pesar de todo, media hora después Fidel había conseguido el consentimiento de su abuelo.

CAPÍTULO VII

LOS extranjeros habían oído en su momento que el “Alba” iba a aterrizar sobre el planeta de los Valeros, considerando que del total de la superficie del planeta nueve décimas partes estaban ocupadas por los mares, correspondiendo el resto a tierras emergidas, bancos coralíferos y un par de islas oceánicas del tamaño de Australia.

Los bancos de hielo que se formaban alternativamente en cada polo tenían escaso espesor y solían fundirse en verano, debido a la considerable inclinación del eje respecto al plano de la elíptica. Estudios muy detallados, realizados entre otros por el eminente profesor Valera (descendiente del Valera cuyo nombre llevaba el planetillo), parecían indicar que no siempre había ocurrido de este modo. Probablemente los hielos de los polos habían tenido mayor espesor en el pasado, más o menos como en la Tierra. Las dos estrellas del sistema no debían ser tan calientes en el pasado, cuando su tamaño era mayor. Una creciente actividad solar, progresivamente acelerada, habría determinado un considerable aumento de la temperatura en el planeta y, como consecuencia de esto, la fusión de los hielos polares y una crecida en el nivel del mar respecto a las tierras que éste bañaba.

Pero, aún antes de que esto ocurriera, el planeta había sido predominantemente un mundo oceánico.

Durante las últimas 48 horas “Valera” había acortado la distancia que le separaba del planeta, dejándola en veinte millones de kilómetros. Una gran expectación rodeó a la operación del lanzamiento de la primera “Karendón Traslator”, que fue seguida en todas sus fases a través de la transmisión en directo por televisión.

Hubo, en efecto, cierta dosis de suspense previo al lanzamiento, que llegó a espesar la atmósfera en la Sala de Control, desde donde se realizó toda la operación.

La cuestión consistía en que nadie estaba seguro de que la prueba no fuera a resultar un fracaso. El doctor Fidel Aznar había hecho unos cálculos muy laboriosos y complicados, resultando de ellos unos términos que, aplicados a cada elemento, dieron una lista de las características que debería reunir cada componente para adquirir una contextura anti-materia.

Los cálculos del doctor Aznar habían suscitado acaloradas controversias entre los matemáticos más reputados, dividiendo las opiniones en dos bandos irreconciliables. Una polvareda semejante no se había producido seguramente desde que el inmortal Albert Einstein expuso su famosa teoría de la relatividad.

De forma curiosa, mientras el Almirante Mayor se pellizcaba nervioso el lóbulo de la oreja, Fidel Aznar aparecía completamente tranquilo. Tres cámaras de televisión estaban funcionando. Dos de ellas, sobre sendas torres, apuntaban al fondo del pozo revestido de cristal donde sería integrada la “Karendón Traslator” anti-materia. La tercera apuntaba al cielo, dispuesta a seguir el vuelo de la máquina cuando ésta saliera de la cámara cilíndrica.

Un conocido presentador de televisión, micrófono en mano, iba de un lado a otro dando explicaciones que todo el mundo había escuchado ya en otras ocasiones:

—La “Karendón Traslator” que va a ser restituida en la cámara cilíndrica, por su condición anti-material, no puede tocar el fondo ni las paredes de este pozo, ya que de hacerlo se destruiría instantáneamente. Ha sido necesario crear un campo magnético que impedirá que la máquina se deslice hacia abajo ni se incline a un lado u otro. En el instante de ser restituida, la “Karendón Traslator” anti-materia activará sus motores iónicos y saldrá disparada del pozo para dirigirse por sus propios medios al planeta Aqua... ¡Atención, vamos a ver lo que ocurre! El profesor Ferrer se dispone a pulsar el botón que hará funcionar la “Karendón Mutante”... ¡ahora!

En la televisión aparecía una mano delgada, de dedos largos y nerviosos. El índice apretaba un botón rojo... estallaba un relámpago verde-azulado... ¡En el fondo del pozo acababa de tomar forma la cabeza en ojiva de la nave portadora de la “Karendón Traslator”!

Impulsada por sus motores de chorro, la máquina salió

disparada del silo. La cámara que apuntaba al cielo la siguió en su trayectoria cuando se elevaba en el espacio...

—¡Un éxito, amigos! —chillaba el presentador de televisión—. ¡La “Karendón Traslator” anti-materia fue restituida sin contratiempos y se dirige al planeta!

Se escuchó como un suspiro de alivio en toda la Sala de Control. Silenciosamente, el Almirante Mayor estrechó la mano de su hijo Miguel Ángel, que estaba con él sobre la plataforma del puente de mando. El profesor Ferrer, muy emocionado, daba una amistosa palmada en la espalda del doctor Fidel Aznar. Terry Ferrer pellizcó el brazo del joven Fidel y éste soltó un pequeño chillido como una rata.

—¡Ayyy! ¿Por Dios, qué haces?

—Ese cabezón es un tío grande —dijo Terry. Naturalmente se refería a Fidel Aznar padre. Luego dijo resueltamente—. Voy a darle un beso.

Los científicos invitados empezaban a abandonar lentamente la Sala de Control y el joven Fidel se fue tras ellos para oír sus comentarios.

—En realidad, ¿cómo sabemos que la “Karendón” restituida no es una máquina corriente y moliente? —iba diciendo un joven alto y delgado. Era el hijo del profesor Asagioli.

—Hijo, no seas imbécil —contestó Asagioli secamente.

Fidel les siguió hasta el vestíbulo y allí les dejó para entrar en la cafetería. Encaramada a un alto taburete, ante la barra servida por muchachas del Servicio Auxiliar Femenino de la Armada, encontró a Nuria Ross sorbiendo un jugo de piña con una paja. La falda, estrecha y corta, quedaba a medio muslo dejando ver sus largas y bonitas piernas.

—Hola.

—¡Hola, chico! ¡Pero si no te había conocido! —exclamó Nuria admirada—. ¡Oye, ese uniforme te sienta muy bien!

Fidel enrojeció ligeramente. Desde que llevaba aquel uniforme venía notando cierta rara solicitud en las mujeres. Le miraban, le sonreían... ¡hasta se paraban en plena calle!

La chica del mostrador se había acercado y le contemplaba como arrobada. Fidel le pidió un café.

—¿Solo o con café? —preguntó la muchacha sin darse cuenta de

lo que decía.

—Café con café —dijo Fidel mientras Nuria se echaba a reír como una loca.

¡Qué bonita era riéndose de esta manera! Los ojos de Fidel iban como magnetizados a las desnudas rodillas de Nuria. ¡Qué piernas tenía la condenada! Nunca la había visto en la piscina. Debía tener un cuerpo precioso...

Fidel no sólo tenía el poder de leer el pensamiento de los demás. También transmitía el suyo. Nuria se puso colorada y dejó de reír para decir:

—Oye, eres muy atrevido.

—¡No, nada de eso! —protestó Fidel enrojeciendo.

—¡Vaya si lo eres! ¿No te da vergüenza? Soy mucho mayor que tú.

—¿Y eso qué importa?

—¡Si hasta podría ser tu madre!

Fidel buscó una razón para justificarse.

—La cuestión de la edad dejó de tener importancia desde que se inventó la “Karendón”. Fácilmente puede darse el caso de hijos más viejos que sus padres. Podemos detener el tiempo a voluntad. Mi padre era dos años menor que mi tío Miguel Ángel. Después de Uhlan, mientras mi tío se desmaterializaba en la “Karendón”, mi padre vivió dieciocho años para darme tiempo a crecer. ¡Ahora resulta que mi padre es doce años mayor que su hermano menor! O sea, que en la próxima ocasión que te desmaterialices puede que me toque a mí quedarme para acumular años, de modo que cuando tú regreses tendremos la misma edad.

—Muy bien, niño. Cuando me alcances en años ven a buscarme. Iré contigo a la playa y llevaré conmigo a mis nietecitos.

Nuria abandonó el vaso sobre el mostrador, se apeó del taburete y se alejó con aire ofendido. Fidel la siguió con la vista, admirando sus perfectas pantorrillas, hasta que ella salió por la puerta.

—Su café, teniente.

Allí estaba la chica del mostrador sonriéndole.

—Mañana tengo libre —dijo la muchacha.

—Mis padres no me dejan salir con chicas, dicen que soy demasiado niño —contestó Fidel.

La chica se alejó ofendida y Fidel tomó lentamente su café hasta

que vio entrar a su tío.

—Acude a la sala de mapas —dijo el Almirante—. Vamos a concretar los detalles del desembarco.

—Espera, voy contigo.

Salieron juntos al vestíbulo y entraron en un largo corredor de techo en bóveda. Al final del túnel estaba la sala de mapas, con sus paredes cubiertas de archivadores electrónicos. En el centro había una larga mesa de cristal y, ocupando el muro del fondo, una pantalla de proyecciones. Ya se encontraban en la habitación el Almirante Mayor, el vicealmirante Azpeitia, el doctor Ross, Nuria y el padre de Fidel.

—Entiendo que nuestra misión debe tener un carácter diplomático —dijo el Almirante Mayor—. Ross es quien lleva más tiempo manteniendo contacto con los tritones. Su cara debe serles familiar a esa gente. Entonces propongo que vaya Ross en la primera expedición, y Fidel con él para entenderse con la representación tritona. Azpeitia debería ir también para concretar los puntos de aterrizaje de las cápsulas. Miguel Ángel, ¿cuál es tu opinión?

—Me había hecho la ilusión de ser de los primeros en pisar ese planeta. ¿Por qué no podemos ir los cuatro?

El joven Fidel investigó el pensamiento del anciano Almirante. Le vio preocupado y molesto. Sin ninguna razón aparente, el “superalmirante” parecía desconfiar de los tritones. Sólo tenía dos hijos, Miguel Ángel y Fidel. Y temía perder a ambos de un solo envite. Pero al mismo tiempo, el “superalmirante” se avergonzaba de este sentimiento inconfesable. Admitió la inclusión de Miguel Ángel en la primera expedición.

Fidel tocó en el codo de su tío preguntando por lo bajo:

—¿Y yo cuándo voy a ir?

—No pensarás que el viejo va a consentir que vayamos los tres al mismo tiempo. Ya llegará tu ocasión.

—¿Cuándo?

—Cuando te toque. Y cállate.

Fidel perdió todo interés por la operación que allí se estaba planeando. Se dedicó a observar disimuladamente a Nuria.

El Servicio Cartográfico había estado tomando gran cantidad de fotografías aéreas del planeta, tanto a través de los telescopios de

“Valera” como desde las astronaves dirigidas por control remoto que en varias ocasiones se aproximaron hasta 200.000 kilómetros de Aqua. Al aproximar al planeta, los telescopios volvían a tomar nuevas fotografías.

Algunas de estas fotografías se proyectaron en la pantalla. El lugar escogido para el aterrizaje de la primera cápsula portadora de la “Karendón Traslator” era una playa despejada en el fondo de una bahía de una isla oceánica de las dos mayores. El doctor Ross y su equipo de dibujantes habían informado a los tritones.

Ross proyectó para el Almirante Mayor el filme que avisaba a los tritones de la llegada de la embajada terrícola.

De forma ingeniosa, a través de dibujos animados, se describía el lanzamiento de la cápsula portadora de la “Karendón” desde “Valera”. La cápsula surcaba el espacio emitiendo una serie de ondas, que expresaban de qué forma el artefacto era guiado por control remoto desde el planetillo. La cápsula llegaba a Aqua y descendía suavemente sobre la isla, cuyos detalles geográficos estaban expresados con toda claridad.

Una vez en tierra la cápsula, ésta emitía ondas que, de una forma clara, indicaban que se informaba a “Valera”. Entonces era “Valera” quien emitía una serie de ondas. La acción retornaba a la cápsula y se concretaba en la “Karendón”. A la antena de ésta llegaban las señales electrónicas de “Valera” y éstas ponían en actividad una computadora, la cual confeccionaba una cinta perforada. La cámara se aproximaba entonces a la “Karendón”. Se veía brotar delgados chorros de electrones por todas las paredes de la cámara de restitución, y este chorro conformaba la figura de un hombre equipado con armadura y escafandra de vacío, llevando a la espalda un “back” y dos botellas de oxígeno. A través del cristal de la escafandra se advertía claramente el rostro de un hombre.

El terrícola, ya materializado, salía de la “Karendón” y esperaba a que fueran materializados otros tres hombres. A continuación los cuatro se dirigían a la playa y se ponían a mirar al mar en actitud de espera. Hasta que poco después aparecían unos bultos sobre las olas, y cuatro tritones salían del agua llevando sus cabezas metidas en yelmos de cristal.

Los tritones y los terrícolas se encontraban en la playa y se saludaban estrechándose la mano.

—Hasta un niño lo entendería —dijo el Almirante Mayor asintiendo con movimientos de cabeza—. ¿Qué contestaron ellos?

Ross proyectó a continuación una película grabada en magnetoscopio, emitida por los tritones a través de la televisión. Era, también, un filme de dibujos animados. Los dibujos eran tan buenos o mejores que los valeranos, aunque la técnica de la animación adolecía de algunos defectos.

Se veía a los tritones en la playa, estrechando la mano de los valeranos. Luego todos se dirigían a la “Karendón”, que era mirada y remirada por los tritones como si ésta despertara en ellos gran interés. A continuación uno de los tritones señalaba al mar. Se veía entonces un barco de líneas aerodinámicas parecido a un submarino, en cuya cubierta esperaban otras figuras. Los tritones y los terrícolas nadaban hasta el barco y entraban en éste por una escotilla situada bajo la línea de flotación.

El barco por dentro parecía bastante despejado. Naturalmente estaba inundado. Los tritones se quitaban sus yelmos, en tanto que los valeranos conservaban sus escafandras. El barco navegaba por la superficie y más adelante se sumergía y llegaba a una ciudad submarina. Debía tratarse de una ciudad muy bella y poblada, a juzgar por el número de tritones que se movían nadando de un lado a otro. Pero de la ciudad no había detalles.

En la siguiente escena los valeranos aparecían en un extraño lugar, especie de pecera de cristal de grandes dimensiones, donde eran recibidos por un tritón cuya cabeza parecía coronada por una especie de tiara. Este personaje se movía alrededor de los cuatro terrícolas y colgaba del cuello de cada uno un largo collar que debía brillar mucho, a juzgar por el efecto que los dibujantes habían querido darle.

—¿Eso es todo? —preguntó el Almirante Mayor al encenderse las luces de la habitación.

—Sí, esto es todo —afirmó el doctor Ross.

—¿Quién es ese tipo de la tiara?

—No lo sabemos con certeza, creemos que es el rey de los tritones. O puede que sea el presidente de la república o un jefe de gobierno.

—Después de tanto tiempo, no es mucho lo que sabemos de ellos, ¿verdad? —murmuró el Almirante Mayor.

—Hemos tropezado con grandes dificultades. Conocemos de los tritones todo aquello que forma parte de sus actos comunes. Sabemos cómo cazan, cómo se alimentan, cómo se reproducen. Éstas son cosas fáciles de explicar y entender. Pero en el terreno afectivo y emotivo es poco lo que hemos ahondado. El amor, la amistad, la lealtad, la honradez, la tristeza y la alegría son términos de difícil expresión.

Don Miguel Aznar miró pensativamente la fotografía ampliada del planeta que volvía a llenar toda la pantalla.

—Es curioso que teniéndolos tan cerca estén tan lejos. La tierra, el agua y la misma naturaleza de esas criaturas no parecen diferentes. ¡Pero no podemos acercarnos unos a otros sin ser destruidos! No me gusta este mundo anti-materia.

—Para ellos su mundo representa lo natural. La rareza somos nosotros —dijo Miguel Ángel.

—Bien —suspiró el “superalmirante”—. La cápsula portadora aterrizará en veinticuatro horas. ¿Cuándo vais a partir?

—Tan pronto la “Karendón” dé la señal de estar dispuesta a recibirnos.

—Si todo sucede como está programado, perderemos todo contacto con vosotros a partir del momento que el barco se sumerja. Vamos a sentirnos muy inquietos hasta que volvamos a tener noticias vuestras, de modo que abreviad la visita y regresad a la isla lo antes posible. Es un fastidio que no podamos enviar allá un destacamento de blindados, ni siquiera a través de las “Karendón”. Me sentiría mucho más tranquilo si os supiera protegidos por nuestras propias fuerzas.

—Ésta es una embajada pacífica, papá —le recordó Miguel Ángel—. Si los tritones nos vieran llegar con un ejército desconfiarían de nosotros.

—Que desconfíen o no, a mí me importa un rábano. No están ellos en situación de imponernos condiciones. Tengo que hablar con Ferrer. Debe haber alguna forma de llevar a ese planeta una división acorazada si hace falta.

—No hará falta, papá —dijo Fidel Aznar—. Los tritones no van a crearnos problemas. Eres demasiado desconfiado.

—Alguien tiene que serlo en una familia de almas cándidas —gruñó el “superalmirante”. Miguel Ángel y Fidel cruzaron una

mirada y sonrieron, lo que provocó la irritación del viejo Almirante —: Sí, reíros. Si alguien os da caza con un arpón, veremos quién acude en vuestro socorro. ¡Está bien, se levanta la sesión!

Todos se pusieron en pie para dirigirse charlando hacia la puerta. En último lugar, defraudado y malhumorado, iba el segundo teniente Fidel Aznar.

CAPÍTULO VIII

Ventinueve y cuatro horas más equidaban en los vestuarios de la Sala “back”. La provisión normal de oxígeno, entre las dobles paredes de la armadura de “diamantina”, era suficiente para doce horas. Con botellas auxiliares, según el tamaño de éstas, podía prolongarse ocho o doce horas más.

Los “embajadores” llevarían provisión de oxígeno para veinte horas en total.

El joven Fidel y un par de sargentos ayudaron a los expedicionarios a colocarse en la espalda el pesado equipo de vuelo (back) y las botellas auxiliares de oxígeno. Luego todos se dirigieron a la habitación contigua, donde estaba instalada la “Karendón Traslator”.

—¿Dónde está el viejo? —preguntó el Almirante Aznar mirando a su alrededor—. No nos hemos despedido de él.

El “viejo”, es decir, el Almirante Mayor, llegó en este momento. Estrechó brevemente la mano de cada uno de los cuatro, deteniéndose en Miguel Ángel para decirle:

—A la menor contrariedad regresáis.

—Todo irá bien —aseguró el joven Almirante.

Miguel Ángel Aznar fue el primero en entrar en la “Karendón”, lo cual hizo deslizándose por detrás de la pantalla que desde fuera impedía ver el interior de la cámara. El Almirante Aznar fue desmaterializado en medio de un brillante relámpago azulado, y la computadora se puso a perforar velozmente una cinta metálica.

Fidel Aznar saludó con un ademán y se deslizó a su vez por detrás de la pantalla entrando en la cámara. El Almirante Mayor abandonó la habitación seguido de su nieto. Tres minutos después, en la Sala de Control, el joven Fidel veía a su tío saliendo de la máquina “Karendón” en una solitaria playa del planeta Aqua, a

veinte millones de kilómetros de distancia. La cámara de televisión montada sobre la cápsula portadora transmitía con toda fidelidad imágenes a color y relieve.

—Casi parece increíble que ellos sean ahora anti-materia, ¿no es cierto? —murmuró el Almirante Mayor.

A intervalos regulares de dos minutos y medio, Fidel Aznar, el doctor Ross y el Vicealmirante Azpeitia salieron de la cámara de restitución y se reunieron con el Almirante en la solitaria playa. El Almirante comunicó a través de la radio:

—No se ve a nadie. Los tritones se retrasan. Todo va perfectamente. ¿Tienen buena recepción?

—Recepción de sonido e imagen perfectos —contestó el contralmirante Buitrago, oficial de comunicaciones de la Sala de Control.

Los cuatro expedicionarios estaban comunicados entre sí por sus radios individuales, y a su vez por el emisor-receptor de gran potencia de la cápsula portadora de la “Traslator”. En la Sala de Control del autoplaneta, a veinte millones de distancia, la conversación que sostenían entre sí los expedicionarios se escuchaba como si se encontraran en la habitación de al lado.

Al parecer, la radiación solar era muy intensa allá en la playa desértica, pues los cuatro hombres tuvieron que ajustarse el regulador del sistema de refrigeración de sus equipos de vacío. Fidel Aznar informó que sentían los efectos de una fuerza de gravedad algo mayor que la de la Tierra, lo cual estaba en la línea de lo calculado, pues Aqua era también mayor que la Tierra, aunque su densidad era algo menor en valores relativos.

—Algo se mueve en el mar —dijo la voz del Almirante—. Es un submarino, están haciendo señales con un heliógrafo.

Desde la Sala de Control apuntaron la cámara de televisión en dirección al mar. En efecto, de la inmensidad marina venían una serie de señales. Los destellos cesaron poco después y entonces se vio un barco que venía navegando hacia la costa levantando bigoterías de espuma.

—El barco se ha detenido —informó Miguel Ángel—. Vamos hacia la playa.

Los cuatro hombres se alejaron de la cápsula hasta que las olas humedecieron sus pies calzados de “diamantina”. Desde “Valera”, el

operador ajustó por control remoto los aumentos del teleobjetivo acercando las imágenes. El submarino estaba como a media milla. De pronto surgió del mar, a corta distancia, un objeto vítreo que reflejó la luz solar. A continuación un ser monstruoso se puso en pie con agua hasta la cintura.

Era un tritón. Detrás del primero aparecieron otros tres individuos que avanzaron en dirección a la playa.

Era la primera vez que los valeranos veían a los tritones en color y relieve. Su cuerpo escamoso tenía un color verde oscuro con reflejos metálicos. Vestían una especie de maillot que apenas se distinguía del color de su piel y llevaban la cabeza metida en una escafandra de cristal, de la que salían dos tubos flexibles conectados a dos botellas dorsales de buen tamaño.

La atmósfera del planeta era tan irrespirable para los tritones como para los terrícolas, y ambos tenían que recurrir a medios bastante parecidos en los que cambiaba el elemento base; oxígeno para los terrícolas, agua para los tritones.

Los tritones llegaron hasta la playa y se detuvieron al encontrarse a los terrícolas. El más alto de éstos era Fidel Aznar, que medía dos metros de estatura. El más bajo de los tritones era tan alto como Fidel, y dos de ellos sobrepasaban a éste en unos centímetros. No solamente eran altos, sino robustos y poderosamente musculados.

De los cuatro tritones, uno llevaba un gran collar formado por una gruesa cadena de eslabones de oro, del que colgaba un disco con piedras preciosas.

Fidel Aznar era probablemente el único que podía dialogar con ellos, suponiendo que la telepatía fuera de aplicación universal, como el propio “Bundo” aseguraba. Fidel habló en bartpurano, su lengua materna. Este idioma tenía giros y parlamentos muy curiosos, de este estilo:

—Os saludo, ¡oh habitantes del océano!, en nombre de la gran nación terrícola, a la cual representamos. Yo soy Adler Ban Aldrik, hijo del gran Almirante Aznar, comandante del autoplaneta “Valera”.

La sorpresa de los tritones debió ser morrocotuda. Podían oír las palabras de Adler Ban Aldrik y entenderle. Sin embargo las palabras, por sí mismas, no tenían ningún valor para los habitantes

del mar. Eran sonidos totalmente nuevos y extraños a sus oídos.

Los tritones se miraron unos a otros desconcertados. El de la cadena de oro debió decir algo, pues Fidel se tocó el pecho con la mano y dijo:

—Éste es quien os habla. ¿Te preguntas por qué entiendes mis palabras, siendo mis palabras desconocidas para vosotros? Es muy sencillo, mi mente os transmite mi pensamiento. Podéis hablar en vuestro idioma. Yo no entiendo vuestras palabras, pero leo las ideas en vuestra mente.

El tritón del collar levantó sus largos y poderosos brazos con ademán expresivo. Hasta el altavoz de la Sala de Control llegaron sus murmullos. Después de unos instantes Fidel informó en castellano:

—Están muy sorprendidos. El hombre del collar es el comandante Dego, comisionado por el rey para recibir a nuestra embajada y conducirnos en su ictionave hasta Sadore, la ciudad submarina. Uno de estos hombres es un científico. Quieren ver la increíble máquina que nos ha traído hasta aquí.

—Diles que pueden ver nuestra “Karendón” —contestó el Almirante.

En efecto, Fidel hizo el ofrecimiento y todos se dirigieron hacia la cápsula portadora, un artefacto de forma cilíndrica de seis metros de diámetro y dieciséis metros de largo, el cual estaba hundido un metro en la arena.

Los movimientos de los tritones eran lentos y torpes en el piso arenoso. Cada vez que levantaban un pie para avanzar un paso, se tambaleaban sobre la otra pierna como si fueran a caerse. No eran seres constituidos para sostenerse de pie, y su fatiga se evidenciaba por el aumento del ritmo en la abertura de sus rojas agallas. Realmente eran unos seres repulsivos. La fijeza fría de la mirada de sus grandes ojos hacía pensar en unos tipos poco de fiar.

Fidel Aznar habría podido describir muchos aspectos del alma de los tritones... si no hubiera estado demasiado ocupado llevando todo el peso de la conversación. Al describir el funcionamiento de la “Karendón Traslator” hablaba en bartpurano, pero las respuestas de los tritones sólo él las conocía.

El Almirante Mayor, muy nervioso, sobaba en su mano un micrófono junto a la consola del operador de radio. Finalmente no

pudo contenerse y llevó el micrófono a sus labios diciendo acremente:

—¡Ya está bien de explicaciones ociosas, Fidel, por Dios!

—Ellos están muy interesados en nuestra “Karendón” —contestó Fidel desde veinte millones de kilómetros.

—Lo comprendo. Pero no son ellos quienes deben preguntar, sino nosotros.

—Advierto una gran confusión en la mente del científico. Están asustados. El comandante Dego no cesa de preguntarse por qué razón queremos ayudarles. No encuentra la razón, y eso le hace desconfiado. Temo que me espera una gran labor hasta convencerles de que no hay intereses ocultos en nuestro ánimo.

—No tienes que esforzarte en convencerlos de eso. Si no quieren nuestra ayuda, nos retiramos y se acabó el asunto. No estoy ahí para ver su aura, pero me da la impresión de que estamos frente a unos individuos egoístas y poco razonables.

Fidel Aznar guardó silencio. Dego le estaba hablando. A continuación Fidel informó:

—Dicen que no pueden permanecer más tiempo aquí. El sol reseca su piel y eso es altamente perjudicial para su salud. Quieren que les acompañemos a su ciudad submarina, donde nos espera el rey.

De forma súbita e inexplicable, una gran ansiedad se apoderó del Almirante Mayor. Este sentimiento, mezcla de angustia y temor, era tan fuerte que Fidel lo percibió emanando directamente de la mente de su abuelo. ¡El terror se adueñó también del muchacho!

—¡No! —dijo el Almirante Mayor crispando su mano sobre el micrófono—. ¡Regresad enseguida! ¡Inmediatamente!

Se produjo una pausa tensa de un minuto. Para recorrer los veinte millones de kilómetros las ondas de radio empleaban sesenta y seis segundos. Otros sesenta y seis segundos para regresar con la respuesta.

A través de la gran pantalla de televisión en color se vio cómo los tritones señalaban en dirección a su ictionave y empezaban a moverse, con su paso torpe característico, hacia la playa. El controlador de “Valera” accionó los mandos para seguir con la cámara a los tritones, pero hasta transcurrido algo más de un minuto el objetivo no respondería a la orden de la Sala de Control.

Fidel no comprendía la actitud del abuelo. ¿Cómo se dejaba influir por un sentimiento pusilánime, ordenando el regreso de la expedición, con lo mucho que había costado montar la operación?

La voz de Miguel Ángel Aznar llegó hasta el receptor de la Sala de Control:

—¿Qué demonios te ocurre? ¿Quieres que regresemos ahora, con lo que ha costado poder llegar hasta aquí? Tu comportamiento no es razonable, si me permites decirlo.

El objetivo de la cámara de televisión se estaba moviendo, siguiendo a los tritones y enfocando también al mar. De pronto se vio un fogonazo allá sobre el submarino de los tritones. Un enorme surtidor de agua ocultó la nave por unos breves instantes. Planchas de metal retorcido volaron por el aire a gran altura. A través del altavoz llegó apagado el estruendo de la explosión. Casi enseguida llegó la voz del vicealmirante Azpeitia diciendo:

—¡El submarino ha volado en pedazos!

El gran surtidor de agua levantado por la explosión del submarino se disolvió. ¡El barco había desaparecido!

—¡Regresad inmediatamente! —ordenó el Almirante Mayor apretando el micrófono—. ¡Volved a la “Karendón” y regresad!

A cierta distancia, mar adentro, saltó otro blanco surtidor de agua y espuma. Un objeto alargado salió del surtidor y se elevó en el aire dejando detrás un largo penacho de llamas.

—¡Un proyectil cohete! —exclamó alguien cerca de Fidel.

El proyectil salió del campo visual de la cámara de televisión al ganar altura. La voz de Miguel Ángel Aznar anunció:

—¡Un misil... viene por nosotros! ¡Arrójense al suelo!

Se escuchó un ruido atronador, como de un viejo tren expreso pasando sobre un viaducto de acero... ¡la pantalla quedó a oscuras! Y se hizo el silencio.

El joven Fidel quedó como clavado al suelo. Vio palidecer intensamente a su abuelo y crispase su mano sobre el micrófono, hasta que los nudillos se pusieron blancos. El estupor había dejado mudos a todos. Hasta Fidel, el más inexperto de cuantos se encontraban en la enorme Sala de Control, comprendió que el proyectil había hecho blanco en la cápsula portadora, destruyendo la cámara de televisión y silenciando la radio. ¿Habría matado también a los cuatro hombres que se encontraban junto a la

cápsula?

El Almirante Mayor abandonó el micrófono sobre la consola del operador de radio. Éste levantó su pálido rostro y dijo:

—No hay señales, señor. Las comunicaciones han quedado interrumpidas.

El contralmirante Buitrago acudió solícito junto al “superalmirante”.

—Tal vez se hayan salvado, señor. Tuvieron tiempo de verlo venir —murmuró Buitrago.

Don Miguel Ángel Aznar se sobrepuso a sus emociones con visible esfuerzo. Fidel estaba demasiado aturdido entonces para utilizar sus facultades telepáticas y ver lo que ocurría en la mente del abuelo. Pensaba en su padre y en su tío y sentía que el terror le helaba la sangre. ¡Tal vez estuvieran muertos los dos, destrozados sobre aquella remota playa achicharrada por los inclementes soles de un mundo extraño y antinatural! No podía aceptar tan terrible posibilidad, se negaba con rabia a admitirla.

Y miró angustiado al abuelo. Si el Almirante Mayor no tenía una respuesta para esta situación, nadie en el mundo podría hacer nada por los cuatro hombres perdidos en Aqua. El “superalmirante”, increíblemente sereno ahora, se dirigió al contralmirante Buitrago.

—¿Qué posibilidades tenemos de restablecer la comunicación con ellos?

—Muy pocas, señor. Sus radios individuales tienen un alcance muy reducido. Iban equipados con “back”. Si se remontan hasta las altas capas de la atmósfera y utilizan sus radios, tal vez podamos recibirlos. Vamos a intentarlo de todos modos.

—Hágalo. Estaré en la sala de reuniones.

Como si se hubiera olvidado de la presencia de su nieto, el Almirante Mayor pasó por delante de éste y se encaminó con paso firme hacia la salida. A lo largo del pasillo que recorría, los controladores guardaban silencio y le miraban respetuosamente, expresándole con los ojos su pesar y la esperanza de que no se hubiera producido el desastre que todos temían.

Tras un momento de indecisión Fidel siguió a su abuelo hasta la sala de reuniones. El Almirante Mayor se dirigió en línea recta al pequeño aparato de televisión que ocupaba un ángulo de la mesa y marcó un número apretando una serie de botones. Luego se sentó

en la butaca que generalmente solía ocupar durante las sesiones que allí tenían lugar con frecuencia, algunas de las cuales podían calificarse de históricas.

En la pequeña pantalla apareció la imagen de una joven.

—Quiero comunicar con el profesor Ferrer, por favor.

—Permítame que lo busque, Almirante.

—Claro que sí —dijo el “superalmirante”. Pero, mientras esperaba, sus dedos repiqueteaban nerviosamente en el cristal de la mesa.

Fidel se inclinó sobre él.

—¿Cómo supiste que iba a ocurrir? —preguntó.

El abuelo le miró como si descubriera entonces su presencia. Sacudió la cabeza, donde los rubios cabellos aparecían cuidadosamente peinados, formando apretadas ondas.

—Debió ser Yawna —dijo sencillamente.

—¿Cómo pudo sentir la abuela lo que iba a ocurrir a una distancia de veinte millones de kilómetros?

—¿Me lo preguntas a mí? Tú deberías saberlo, también posees la facultad de predecir los sucesos.

Las facultades de Fidel a este respecto no podían compararse con las de Yawna. Había adivinado algunas cosas y fallado lamentablemente en otras. Ni siquiera Fidel, el hijo de Yawna, tenía tan agudizada esta percepción del futuro. Las dotes paranormales de la raza bartpurana parecían desvanecerse a medida que su sangre se diluía en la mezcla de otras sangres extrañas.

En este momento sonó un teléfono en el extremo opuesto de la larga mesa. Fidel fue a levantar el auricular.

—¿Sí?

—Fidel, ¿eres tú? ¿Qué ha ocurrido? —era la voz agitada de Yawna.

—¿Cómo sabes qué ha ocurrido? —preguntó Fidel.

—Tuve una visión... Vi a cuatro hombres vestidos de vidrio en una playa desierta. Algo que llevaba consigo la destrucción y la muerte volaba hacia ellos... Luego vi una gran explosión y a los mismos hombres tirados por el suelo. Uno de ellos tenía destrozada la armadura y manaba sangre... ¡La arena absorbía la sangre! ¿Quién de ellos murió?

—No lo sabemos. Espero que no sea papá ni el tío... Dios me

perdone por este egoísmo. También apreciaba al doctor Ross y al vicealmirante Azpeitia. La bomba debió acertar en la cápsula portadora. Las comunicaciones quedaron interrumpidas. Ignoramos lo que ha ocurrido.

—¿Dónde está el Almirante?

Desde el extremo opuesto de la mesa el Almirante Mayor le hizo señas negativas.

—No puede atenderte ahora, te llamará dentro de unos minutos. Ten calma. Hasta luego.

—Hasta luego —murmuró la voz entristecida de Yawna.

Fidel depositó el teléfono sobre la horquilla y miró a su abuelo. El “superalmirante” estaba hablando ante el televisor.

—¿Recuerda lo que hablamos ayer, Ferrer? Hay que poner manos a la obra, pero ya. Mis hijos, el vicealmirante Azpeitia y el doctor Ross se encuentran en dificultades allá en Aqua.

El Almirante Mayor relató brevemente lo ocurrido, expresó sus temores de que la “Karendón Traslator” hubiese sido destruida y concluyó:

—Sólo llevaban una provisión de oxígeno para veinticuatro horas. La “Karendón” les hubiera suministrado botellas de oxígeno en cantidades ilimitadas por todo el tiempo que hubiesen permanecido en el planeta. Pero si la “Karendón” funcionara para restituir botellas de oxígeno, también funcionaría para enviarles de regreso a casa. Alguien tiene que acudir en su auxilio. Lo inmediato es enviar otra cápsula portadora al mismo lugar, pero eso puede no ser suficiente. Quiero enviar también una fuerza de apoyo táctico, como ya hablamos ayer. ¿Ha estudiado el asunto como le pedí?

Fidel Aznar dio la vuelta a la larga mesa y se situó detrás de su abuelo para contemplar a Ferrer en la pequeña pantalla del televisor.

—El problema, como usted sabe, es que no es posible enviar armas reducidas de tamaño a través de las “Karendón”. Podemos transmutar cualquier artefacto a condición de que pueda caber en una cámara de restitución, pero las “Mutantes” que tenemos construidas no admiten máquinas mayores de seis metros de ancho y dieciséis de largo. Las “tarántulas” robot podrían ser transmutadas. Pero nuestras “tarántulas” necesitan llevar consigo una planta nuclear emisora de ondas energéticas, y una planta de

ese tipo tiene diez metros de diámetro. No cabe en la cámara de restitución de la “Mutante”, por lo tanto no podemos utilizar las “tarántulas” en Aqua si no van acompañadas de estas emisoras de energía. Abreviando, la única arma que podríamos transmutar con nuestros medios actuales son los caza-interceptores “Delta”, y aún eso arriesgándonos a un accidente. El “Delta” mide siete metros de envergadura y diez de longitud. Cabría muy justo en la cámara de restitución, pero puede intentarse. ¿Le sirven los “Delta”?

—Bien, utilizaremos los “Delta”. Son rápidos en el espacio y pueden operar igualmente en la atmósfera y en inmersión. ¿Cómo incorporaremos los pilotos a los cazas?

—¿Quiere usted enviar aparatos con tripulación humana?

—No hay otra forma de hacerlo. Estamos demasiado lejos del planeta, las órdenes tardan mucho tiempo en ir y volver. Además, cuando los “Delta” se sumerjan en el mar quedarán fuera del radio de acción de nuestros controles. Utilizaremos los monoplazas del Ejército.

—En tal caso sólo veo una forma de hacerlo. Tendremos que situar en el espacio algunas “Traslator” y restituir a los pilotos a su nueva condición anti-materia en ellas. Desde las cápsulas los pilotos pueden alcanzar los cazas utilizando el equipo de vuelo individual —propuso Ferrer.

—Lo haremos de ese modo —dijo el Almirante Mayor—. Tenga listas las “Mutantes”. ¿Cuántas de ellas podremos utilizar?

—Sólo disponemos de un par de ellas, la que montamos ayer y la que acabamos de instalar hoy. Mañana habrá una más.

—No podemos esperar a mañana, tenemos que hacerlo inmediatamente. Tenga a punto las “Mutantes”. Voy a ocuparme de que reciba usted las cintas perforadas para restituir los cazas. Le llamaré más tarde.

—Sí, Almirante.

Don Miguel Ángel Aznar cortó la comunicación e hizo una seña con el dedo a su nieto para que se acercara.

—Eres un astronauta —gruñó destempladamente—. Se supone que eres capaz de pilotar un caza-interceptor “Delta”.

—Claro que sí. He recibido instrucción y experiencia a través del sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro —contestó Fidel sintiendo que el corazón empezaba a latirle ilusionadamente.

—Tendrás que ir con esa fuerza aérea.

—No deseo otra cosa.

—Quiero que sepas que no es por capricho si te dejo ir. Ese planeta es muy grande y está en su mayor parte cubierto por el océano. Si tu padre vive y ha sido hecho prisionero, confío en tus dotes telepáticas para encontrarlo. Ningún detector electrónico puede sustituirte en esta misión. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo intentaré —contestó Fidel con esperanza.

—Ve a buscar una armadura de vacío a tu medida. Os transferiremos a la “Karendón Mutante” desde aquí mismo.

Fidel Aznar salió corriendo de la habitación.

CAPÍTULO IX

Estaba en la víspera de la madurez de “los mártires”. a Fidel cuando se estaba vistiendo la ropa de los vestuarios —Teniente Fidel Aznar. La señorita Ross desea verle en el vestíbulo.

Vestido de cristal, a falta de la escafandra y el “back”, Fidel salió al vestíbulo de la Sala de Control, encontrándose allí con Nuria Ross. Ella avanzó a su encuentro. Tenía el rostro pálido y parecía sumamente agitada.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente? —preguntó—. He sabido por Terry Ferrer que ha habido contratiempos en Aqua.

—Terry es una charlatana —dijo Fidel. Y a continuación le refirió la verdad de lo ocurrido.

—¡Dios mío! —exclamó Nuria retorciéndose las manos—. Tal vez estén muertos.

Fidel no contestó a esto. No podía relatarle la visión precognitiva de Yawna sin sembrar el temor y la angustia en el corazón de Nuria y la señora Ross. Nuria puso su mano sobre el brazo cubierto de “diamantina” de Fidel.

—¿Hay esperanzas? —preguntó anhelante.

—Vamos a realizar un reconocimiento visual sobre la zona. Si están vivos los encontraremos y los haremos volver —dijo él.

Los altavoces del vestíbulo llamaron:

—“Coronel Ricardo Balmer, capitán Hugo Nazaro, teniente Fidel Aznar... Se les ruega se presenten en la sala de reuniones.”

Fidel tomó la fría mano de Nuria Ross.

—Es para mí. Nuestros aparatos deben estar saliendo al espacio. No puedo entretenerme, lo siento. Ten ánimo. Adiós.

La dejó y se dirigió a la sala de reuniones. El coronel Balmer y el capitán Nazaro, de las Fuerzas Aéreas, salían por la puerta de vestuarios y Fidel les esperó para entrar todos juntos, cediéndoles el

paso a los otros en razón de su rango.

En la sala de reuniones estaban el Almirante Mayor y el general Pitarch, del Estado Mayor. Los tres oficiales se cuadraron y saludaron militarmente.

—Todos ustedes han sido informados acerca de la misión que van a realizar —les dijo el Almirante Mayor—. No voy a añadir nada nuevo al respecto, sólo se trata de puntualizar un determinado aspecto del asunto. Si nuestros hombres han sido tomados prisioneros y conducidos a alguna parte, los más sofisticados instrumentos de detección no servirán para decirnos dónde se encuentran. Uno de los desaparecidos es mi hijo Fidel... Por si alguno de ustedes no lo sabe, Fidel es mestizo de terrícola y bartpurana. La inclusión del teniente Aznar en este grupo no obedece a ningún capricho. Es mi nieto e hijo de Fidel, y posee como su padre esas raras facultades telepáticas que hemos visto ejercitar a los bartpuranos de Atolón. Esto suena un poco a broma, pero si alguien puede encontrar a nuestros hombres en la inmensidad oceánica de ese planeta, sin duda ése es el teniente Aznar. ¡No me pregunten cómo lo hacen! Sólo sé que ellos se comunican telepáticamente a cualquier distancia y a través de cualquier obstáculo. Mi ruego es para que atiendan a las indicaciones del teniente en todo lo relativo a la orientación que deberán tomar cuando lleguen al planeta. El teniente no intentará en ningún momento suplantar la autoridad del comandante del grupo, y en caso de que surjan diferencias de opinión deberá prevalecer el criterio y la autoridad del jefe. Es así como quiero que lo entienda, coronel Balmer. ¿Me comprende usted?

El coronel Balmer, hombre de unos treinta años, rubio, robusto y de constitución sanguínea, asintió con la cabeza.

—Espero que nos entenderemos bien, señor. Otra cosa me preocupa. ¿Cuál deberá ser nuestra actitud respecto a los tritones?

—Estamos en negociaciones amistosas con ellos. Pero no les debemos nada ni esperamos nada de su amistad. Quiero decir que ésta no será una embajada diplomática. Sea enérgico si la situación lo requiere. No puedo decirle más.

—Gracias, señor.

—Que tengan buena suerte —dijo el Almirante Mayor.

A continuación estrechó la mano de los tres, sin ninguna palabra

especial para su nieto. Los astronautas saludaron al mismo tiempo y abandonaron la habitación, regresando a los vestuarios para completar su equipamiento.

—¿De modo que usted será nuestro radar especial? —dijo el capitán Nazaro a Fidel mientras uno de sus hombres le ayudaba a colocarse el pesado “back” en la espalda—. Tiene gracia.

—¿Cuál es la gracia, Hugo? —preguntó el coronel Balmer.

—Que se envíe a nueve hombres a una misión de peligro confiando en las facultades de adivinación de un muchacho. ¿Y si él se equivoca? ¿O es infalible? ¿Lo es, teniente Aznar?

—No, señor. No soy infalible —admitió Fidel.

—¿Te das cuenta? ¡Esto no es serio! Yo no habría aceptado jamás una misión cuyo éxito está condicionado a...

—Basta, Hugo —cortó secamente el coronel Balmer.

Los siete astronautas restantes, todos ellos con la graduación de teniente, quisieron saber de qué iba la cosa. Nazaro empezaba a exponerles la situación cuando fue interrumpido por la orden del altavoz:

—“Pilotos de las escuadrillas Centauro y Piscis. Diríjanse a la sala de transferencia”.

—¿Han oído eso, muchachos? —dijo un joven teniente—. ¡Pilotos! ¡Pues bien que han echado mano de nosotros cuando ha salido un hueso duro de roer! ¿Por qué no han confiado esta misión a sus astronautas? ¡Cucos!

—Vamos, déjense de tonterías —dijo severamente el coronel Balmer—. Tomen sus escafandras y síganme.

En la tradicional rivalidad entre el Ejército y la Armada, la diferencia entre “astronauta” y “piloto” era algo más que una simple cuestión de matiz. No eran lo mismo, ni nadie quería que llegara a confundírseles.

En realidad unos y otros desempeñaban funciones muy distintas. El mérito de cada uno quedaba a discreción del que defendía su cuerpo. Para un astronauta lo más importante era la Armada. Para un piloto los que de verdad “batían el cobre” era el Ejército. ¿Cuál era la diferencia?

La Armada Sideral era el largo brazo del autoplaneta, un brazo poderoso que podía estirarse a enorme distancia para asestar terribles golpes allí donde fuera necesario. Las grandes victorias de

“Valera” fueron posibles gracias a esta fuerza de choque, con la cual ganó el dominio del espacio exterior.

Pero contra la jactancia de los astronautas, que presumían de sus victorias, el Ejército añadía que la Armada, por sí sola, jamás había conquistado un planeta. Esto era cierto. Un territorio no podía considerarse ganado hasta en tanto no fuera ocupado. Y en esta tarea estaba el Ejército, menos brillante que la Armada y más sacrificado.

Las Fuerzas Aéreas eran un cuerpo distinto de la Armada.

Eran unidades con un adiestramiento especial, cuya misión consistía en apoyar a las unidades terrestres, atacando desde el aire los principales focos de resistencia, llevando a cabo arriesgadas misiones de reconocimiento y dirigiendo el tiro de la artillería. Considerando el número de bajas, el de las Fuerzas Aéreas era menor en cifras absolutas, pero muy superior en cifras relativas. La diferencia consistía en que, mientras en una batalla sidereal intervenían en ocasiones hasta un millón de buques, las Fuerzas Aéreas eran muy pequeñas con relación a las unidades de la Armada. Ocurría entonces que si se decía que habían muerto veinte mil astronautas parecía una cifra muy elevada, mientras que si las bajas del Ejército eran diez mil se consideraban pocas.

Lo que contaba a la hora de la verdad era que siempre había exceso de solicitudes para ingresar en la Armada, mientras que eran pocos los que voluntariamente se inscribían en las Fuerzas Aéreas para hacer carrera en esta arma.

Los pilotos de las escuadrillas Centauro y Piscis eran todos oficiales de carrera; es decir, hombres que voluntariamente habían escogido esta profesión, veteranos de la campaña contra los “sadritas” y los ankoranos de Uhlan, escogidos uno a uno para esta difícil misión.

Uno tras otro, los pilotos fueron entrando en la “Karendón Traslator” para ser desmaterializados. Sus fórmulas, escritas mediante código en una cinta perforada, eran enviadas por radio a la “Karendón Mutante” que en estos momentos giraba en una órbita de satélite a 10.000 kilómetros del planetillo. La “Mutante” interpretaba las fórmulas y las cambiaba a sus equivalentes anti-materia, restituyendo a cada hombre a su aspecto anterior, aunque de estructura distinta y opuesta.

El Fidel Aznar que fue restituido en medio de un chispazo en una “Karendón” que flotaba en mitad del espacio, no se sentía distinto del que era un minuto antes. En plena ingravidez, Fidel se ayudó con las manos para asirse al borde la cámara de restitución y deslizarse por detrás de la pantalla que cubría la salida.

Se vio flotando en el espacio con una cierta sensación de vértigo. Allá arriba estaba “Valera”, como una Luna en cuarto menguante. Más cerca se veía flotar a los “Delta”, dirigidos por control remoto desde el planetillo hasta la misma órbita donde se encontraba la “Karendón” con su cápsula portadora. Los cazas “Delta” habían sido fabricados por la “Mutante” en la superficie exterior de “Valera” y eran, como los pilotos que se dirigían a ellos, anti-materia. Ni unos ni otros podrían regresar ahora mismo al planetillo aunque quisieran. Pertenecían a universos opuestos, antagonistas. Materia y anti-materia. ¡Qué curioso resultaba todo esto para el muchacho que por primera vez salía al espacio sideral!

Fidel Aznar abrió el regulador de su “back”. Un chorro de “luz sólida” salió proyectado de la caja metálica que llevaba adosada a la espalda y le impulsó por reacción hacia arriba.

Aunque “Valera” se encontraba a 10.000 kilómetros de distancia, Fidel se asustó viendo la trayectoria que llevaba. ¡Vaya broma si fuera proyectado sobre la superficie del planetillo ahora! Se dio impulso con las piernas y el torso y cambió de dirección. Cada piloto había recibido antes de entrar en la “Karendón” una bolsa impermeable de plástico con raciones para varios días. Con todas aquellas contorsiones circenses, Fidel perdió la suya. Él volaba en una dirección y la bolsa en otra.

Al darse cuenta se contorsionó de nuevo para cambiar de dirección y perseguir a la bolsa. Entonces oyó que alguien decía por la radio:

—Miren el pequeño Aznar. Está tan contento de su salida al espacio que no para de hacer cabriolas.

Fidel alcanzó su bolsa. Oyó entonces al coronel:

—Teniente Aznar, ¿dónde demonios anda usted?

—Había perdido mi bolsa, pero ya la recuperaré —dijo Fidel.

—Diríjase al aparato marcado con el número ocho. Es el suyo.

—Sí, señor.

Fidel se dirigió hacia los dispersos cazas. Dejó atrás un par de

ellos y vio el suyo con el número ocho. Estos aparatos “Delta” eran de una belleza irreal. Delgados, finos como dardos, ligeros, dando a la vez una sensación de potencia y velocidad, parecían aquellos antiguos aviones de chorro que traspasaban la barrera del sonido.

Aunque llevaban un gran plano en forma de delta, estos cazas no necesitaban alas para volar, ni timón para dirigir su rumbo. Las alas, que eran muy robustas, tenían por misión ser portadoras de gran número de proyectores de “luz sólida”. Estos proyectores estaban alojados en el borde de ataque de las alas y en toda la superficie de los planos, por el anverso y el reverso, así como a lo largo del fuselaje. Cada aparato llevaba hasta 500 proyectores móviles dirigidos por radar. Eran auténticas plataformas artilleras, y con esta idea se habían construido.

Si bien los “Delta” eran monoplazas, quedaba detrás del piloto un espacio angosto, en el que, aunque incómodo, cabía un pasajero un poco apretado. El fuselaje del aparato sólo tenía un metro de ancho, y el grosor del casco era de diez centímetros de coraza de “dedona”, quedando 80 centímetros para el piloto, que era un espacio muy ajustado. Pero una vez incrustado en su asiento anatómico quedaba en posición cómoda, casi en posición tendida, como en una hamaca de playa. Delante tenía el parabrisas, en ángulo muy acusado, y debajo de éste una pantalla de televisión.

Levantando la cubierta de “diamantina”, Fidel se introdujo en aquel reducido espacio dejando la bolsa en el asiento de atrás. Se ajustó el arnés que le mantendría pegado al asiento y apretó el botón que, por un sistema hidráulico, cerró herméticamente la cubierta transparente. Los rayos de los dos soles le daban de frente deslumbrándole. Eran dos astros monstruosos que arrojaban oleadas de luz y calor como dos faros de automóvil desde la oscuridad de la noche. Fidel polarizó el cristal de su escafandra, con lo cual quedó mitigado el hiriente resplandor.

A través de los audífonos interiores podía escuchar las voces de los pilotos que iban tomando posesión de sus aparatos. El coronel Balmer preguntó si todos estaban en sus puestos y los hombres fueron contestando uno por uno, dando el número de su aparato.

—Preparado el ocho.

—Preparado el nueve.

—Preparado el diez.

—Vamos a salir despacio para entrar en formación de cuña. Luego conectarán los pilotos automáticos para que mi aparato les dirija a todos —dijo el coronel Balmer.

Fidel Aznar puso en funcionamiento el reactor nuclear, comprobó los aparatos y abrió ligeramente el acelerador. Era curioso lo que le ocurría. Nunca había estado a bordo de un caza-interceptor “Delta”, y sin embargo todo le resultaba familiar, tan familiar como si llevara cientos de horas de vuelo en este tipo de aparato. No sólo sabía dónde estaba cada botón y cada indicador. Conocía la potencia del avión y sus reacciones.

Ésta era la consecuencia de sus “experiencias” adquiridas por el sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro. Las experiencias de otros pilotos, que realmente habían volado miles de horas y combatido en este avión, eran ahora SU experiencia.

Las dos escuadrillas adoptaron la formación de cuña y los pilotos conectaron sus controles automáticos. Todos los aparatos quedaron sometidos al control del coronel, aunque en caso necesario cada piloto habría podido desconectar su aparato y tomar su propio control.

Pero a la velocidad que volaban los “Delta” la forma más segura era ésta, y también la más descansada para los pilotos.

Los “Delta” eran tan rápidos que, hasta que se incorporaron en ellos las ondas gravitacionales, eran prácticamente inutilizables para los humanos. Su poder de aceleración era tan enorme, que el piloto moriría literalmente aplastado contra el respaldo del asiento. Las ondas gravitacionales no sólo impedían que esto ocurriera. Permitían desaceleraciones, virajes y picadas que de otro modo habrían sido totalmente prohibitivas.

Impulsados por un rayo de “luz sólida” desde la tobera de popa, los “Delta” podían alcanzar en pocos minutos una velocidad próxima a la de la luz. Pero el coronel Balmer adoptó la más conservadora velocidad de 100.000 kilómetros por minuto.

El planeta Aqua, invisible cuando comenzaron el viaje, iba creciendo rápidamente ante los ojos de Fidel Aznar. Desde esta posición se le veía como un gran cuerno plateado, haciéndose más ancho por momentos. La escuadrilla inició la operación de frenado y Fidel Aznar consultó su reloj incrustado en la muñeca de “diamantina” de su armadura. Sólo habían transcurrido diez horas

desde que un misil alcanzó a la cápsula portadora de la “Karendón Traslator” y se dejó de tener noticias de la embajada.

Los Aznar y sus compañeros habían llegado al planeta en las primeras horas de la mañana. El día tenía una duración de dieciséis horas en Aqua, luego debía ser por la tarde en la playa donde desembarcó la misión valerana.

La fuerza aérea alcanzó las altas capas de la atmósfera de Aqua y voló alrededor del planeta, entrando en el cono de sombra. Los soles aparecieron de nuevo en el horizonte y empezaron a escalar velozmente el cielo.

—Ahí está la isla —se escuchó la voz del coronel Balmer a través de la radio—. Desconecten el sistema automático. El teniente Aznar y el capitán Nazaro descenderán a la playa. Los demás permaneceremos en el aire atentos a todo lo que se mueva en la tierra o el mar.

—Sígame, Aznar —dijo Nazaro.

Mirando a través del transparente de “diamantina” vio al caza de Nazaro que se separaba de la formación y descendía a motor parado y a plano. Ésta era una maniobra típica de los pilotos del Ejército para reducir rápidamente la velocidad residual. Fidel le siguió cerrando el regulador de ondas gravitacionales. Desde 60 kilómetros de altura bajaron en caída vertiginosa.

Nazaro abrió de nuevo el regulador a mil metros de altura y Fidel le imitó, quedando a su lado. Estaban sobre el mar volando a “mach” uno en dirección a la tierra. Fidel admiró la habilidad y el agudo sentido de la orientación de Nazaro. Poco después Nazaro disparaba el proyector grueso de proa y paraba su “Delta” justamente encima de los restos de la cápsula portadora. Los dos cazas descendieron verticalmente hasta quedar a unos centímetros del suelo y a menos de veinte metros de la cápsula.

Casi era innecesario bajar. Desde su carlinga Fidel pudo apreciar perfectamente que la “Karendón”, alcanzada directamente por el misil, había sido destruida. Por el contrario, el reactor nuclear parecía no haber sufrido daño. Tal vez funcionaba todavía. En todo alrededor de la máquina retorcida no se veía ser viviente alguno.

Vio levantarse la cubierta de la carlinga del “Delta” y al capitán que saltaba sobre el ala llevando en la mano un subfusil de “luz sólida”. La precaución la consideró Fidel inútil. Levantó la cubierta

transparente, se desabrochó el arnés y salió del aparato.

Lo primero que notó fue una sensación de peso casi abrumador. Las piernas y hasta los brazos parecían haber aumentado repentinamente de peso. Al saltar al suelo se le doblaron las rodillas y cayó. Se levantó con esfuerzo, y casi arrastrando los pies por la arena fue a reunirse con Nazaro.

Vio gran número de huellas en la arena; pisadas de pies con tacón y otras señales, como si alguien hubiera arrastrado unas raquetas. Éstas podían ser las pisadas de los tritones.

El capitán estaba examinando una gran mancha oscura en la arena. Era sangre seca. Desde este lugar había señales en el suelo hasta un pequeño montículo alargado.

—¿Cree que haya alguien enterrado ahí? —señaló Nazaro.

—Sí —contestó Fidel—. El doctor Ross.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, lo presiento.

Nazaro bajó el cañón de su subfusil eléctrico y disparó la “luz sólida” alrededor del montículo. Los rayos de “luz sólida” pegaban en la arena y la levantaban en forma de surtidores. Luego se acercó y acabó de apartar la arena con el pie.

Fidel tomó un pedazo de plancha retorcida y la utilizó como una pala hasta descubrir un cuerpo cubierto con una armadura de diamantina. Siguió escarbando en dirección a la cabeza y tiró el hierro para continuar con las manos. A través del cristal de la escafandra vio el rostro del doctor Ross.

—Sí, es Ross —dijo poniéndose en pie.

Se alejó de la tumba siguiendo las huellas hasta la playa. El capitán Nazaro echaba arena con las manos sobre el cadáver de Ross. Se cansó pronto y fue a reunirse con Fidel.

—No creo que haya bichos capaces de destruir la armadura y devorarlo —dijo a través de la radio—. ¿Y ahora qué hacemos?

Fidel señaló las huellas que terminaban en el agua.

—Se los llevaron por ahí.

—Es obvio que si los llevaron a alguna parte tuvo que ser al fondo del mar. No hay vida fuera del océano en este insulso planeta.

El coronel Balmer dejó oír su voz por la radio.

—¿No dejaron ningún mensaje, nada que indique dónde fueron?

Miren por ahí, pero no se entretengan demasiado. El sol está para ponerse.

Regresaron hasta los restos de la cápsula portadora y la rodearon mirando a todas partes. El proyectil que destruyó la “Karendón” abrió un cráter en la arena y en éste encontraron una botella de oxígeno.

—No hay nada —dijo Nazaro tirando la botella—. Regresamos.

Se dirigieron a sus aparatos, se acomodaron en la carlinga y se remontaron verticalmente en el aire. A 10.000 metros de altura se reunieron con el resto de la fuerza aérea.

—¿Y bien, Aznar? —preguntó el coronel—. Usted es nuestro radar. Francamente, si yo tuviera que decidirlo, diría que no sé hacia dónde tirar.

—Sabemos que no están en tierra. Volemos sobre el mar.

—¿Hasta dónde?

—No lo sé. Volemos —insistió Fidel.

El coronel dio la orden y se puso en cabeza de la formación, encendiendo el motor lumínico de popa. Todos los demás le siguieron. Fidel Aznar se concentró en sí mismo. En unos minutos la tierra había quedado atrás. Volaban en dirección a los soles, a igual velocidad que el giro del planeta. Por lo tanto los astros se mantenían inmóviles cerca del horizonte.

—Coronel Balmer —llamó Fidel.

Sí.

—Estamos en el rumbo equivocado. No es por aquí.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—No sé decirle hacia dónde. Pero si vamos en dirección equivocada lo sabré.

—Ese radar funciona de manera muy rara —dijo una voz.

—Déjense de bromas, muchachos —dijo el coronel—. Y guarden silencio. Viren treinta grados a la derecha.

El vuelo siguió en silencio por espacio de cinco minutos. Una especie de ansiedad empujaba ahora a Fidel Aznar hacia adelante. Era algo imposible de explicar, como si un imán tirara de él en una dirección determinada. Empuñó la palanca de mando y abrió el acelerador.

—¡Oigan, el muchacho se escapa! —dijo una voz por la radio.

—¡Cállense y sigámosle! —ordenó enérgicamente el coronel.

Aquel estado de ansiedad que impulsaba a Fidel Aznar era cada vez más fuerte. Rectificó ligeramente el rumbo. Bajo su aparato se deslizaba el mar, azul y monótono. La fuerza que tiraba de él estaba allí delante... más lejos... más aún...

Casi sin darse cuenta de lo que hacía empezó a reducir la velocidad. Había cambiado el aspecto del mar, volaban sobre una serie de islotes y arrecifes coralíferos, entre grandes extensiones de espuma. Más adelante el mar volvió a tomar una coloración azul, propia de las aguas profundas. De pronto Fidel supo que había llegado. La fuerza que le empujaba ya no estaba delante ni detrás, sino allí mismo. Inclínó el caza sobre el ala de estribor y viró en amplio círculo observando el mar.

—Es aquí —dijo con voz llena de tensión.

Los nueve cazas restantes le habían seguido volando en un círculo mucho más amplio.

—¿Aquí mismo? —preguntó el coronel—. ¿Está seguro?

Antes que Fidel contestara se vio abrirse la superficie del mar en un surtidor de espuma. Un objeto largo y cilíndrico ascendió velozmente empujado por un penacho de llamas y tomó rápidamente inclinación para dirigirse contra el “Delta” de Fidel.

—¡Atención, misil! —gritó una voz.

Más de un centenar de delgados rayos amarillos se entrecruzaron en distintos ángulos, clavándose como lanzas en el proyectil balístico. El misil estalló a corta distancia del caza de Fidel Aznar. La onda de la explosión bamboleo el aparato.

Los proyectores de “luz sólida” de los “Delta” habían actuado por medios automáticos en un segundo. Pero apenas se había apagado el fogonazo del primer misil cuando una veintena de nuevos surtidores anunciaron la salida de otros proyectiles.

De nuevo cruzaron su tiro los demoledores rayos de “luz sólida”. Los misiles fueron destruidos en el aire. La mayoría estallaron y el resto, después de subir a cierta altura por su propia inercia, volvió a caer inofensivamente en el mar.

—Atención, habla el coronel —dijo Balmer a través de la radio—. Vamos a visitarles en su propia guarida. Nazaro permanecerá aquí arriba con el cinco y el seis. Los demás síganme.

Desde su posición, Fidel Aznar vio como el caza del coronel bajaba su afilada proa y se lanzaba en suave picado hacia el mar.

Las aguas se abrieron en un surtidor, tragándose el esbelto aparato.

CAPÍTULO X

Después de un momento que le precedió, Fidel Alatorre reconoció la pila y el aparato que le precedía. El mar subía al encuentro del piloto y el descenso terminó en una zambullida. La máquina se estremeció y de manera súbita Fidel se vio en aquel otro mundo denso y tranquilo que eran las profundidades marinas.

Tiró de la palanca para recobrar la horizontalidad y encendió el motor lumínico. Delante de él podía ver la barra luminosa del aparato que le precedía. Lo alcanzó pronto y se situó a su lado. A corta distancia, por delante, brillaban como oro los motores. Fidel apretó en el cuadro el botón de comunicaciones submarinas. Casi en seguida escuchó la voz del coronel:

—Vayan despacio, muchachos. Desplieguen en ala a la izquierda y tengan los ojos y los oídos abiertos.

El sistema de comunicaciones submarino era distinto del convencional. Aquí era el casco del “Delta” quien hacía las veces de vibráfono y audífono. En el agua se propagaban las ondas sonoras, pero sólo a corta distancia, un par de millas en el caso de los “Delta”, y esto utilizando aparatos de una sensibilidad extraordinaria.

A cien metros de profundidad las aguas eran todavía transparentes. Fidel encendió el radar submarino, que utilizaba la misma pantalla de televisión. En el mismo instante se encendió en el tablero una luz roja intermitente. Investigó la causa en la pantalla y vio un objeto fosforescente a siete kilómetros por el lado de estribor. ¿Un barco submarino? Probablemente. Pero aunque así fuera, los proyectores no dispararían hasta que rebasara el límite de los seis kilómetros. El alcance eficaz de la “luz sólida” quedaba considerablemente reducido en inmersión, debido a la enorme resistencia que ofrecía el agua.

Un pequeño punto brillante se destacó moviéndose a gran velocidad.

—¡Atención, torpedo! —anunció una voz.

Otros tres puntos se movían detrás del primero.

—¡Cuatro torpedos en el rumbo Cero Cuatro Dos!

—¡Viren al Cero Cuatro Dos! —ordenó el coronel.

Fidel Aznar pisó el pedal de la derecha poniendo la proa en dirección a los torpedos. Sus proyectores entraron en acción automáticamente. Sintió el rebufa del aparato y vio un apretado haz de rayos amarillos estirándose a lo lejos a gran velocidad. Las cuatro explosiones se mezclaron resonando con estruendo en los audífonos.

Los “Delta” se estaban moviendo en dirección al submarino y éste venía al encuentro de los cazas. Los tripulantes del barco debían ser bastante estúpidos o bien ignoraban el tremendo poder de la “luz sólida”. En el límite de su alcance los proyectores de los ocho cazas entraron simultáneamente en acción...

Una terrorífica explosión ensordeció los oídos de los terrícolas y un enorme globo de fuego parpadeó ante sus ojos.

¡Era una explosión nuclear!

Una deflagración nuclear bajo el agua era siempre demoledora. Millones de toneladas de líquido, removidas como por una gigantesca batidora, fueron desplazadas por la tremenda fuerza de la onda expansiva nuclear. Como ligeras pajas cogidas en un torbellino, los “Delta” fueron levantados, empujados, zarandeados y sacudidos brutalmente.

Las ondas gravitacionales actuaban automáticamente y para los pilotos todo se redujo a ver girar sus naves en mitad del remolino. Los indicadores de rumbo, de profundidad y del horizonte artificial se movían como locos. Luego la tempestad empezó a decrecer poco a poco. Los “Delta” se habían alejado mucho unos de otros. La agitación de las aguas continuaba todavía cuando la fuerza se reagrupó. El coronel Balmer ordenó al número siete emerger a la superficie para informar a Nazaro que todos estaban ilesos. A continuación preguntó al teniente Aznar si creía conveniente continuar en el rumbo que llevaban antes de producirse el ataque del submarino.

Fidel se sentía profundamente deprimido.

—Espero que mi padre no estuviera en este submarino.

—Lamento lo ocurrido, teniente. Nuestras armas no podían discriminar entre submarino y torpedos, usted lo sabe.

—Sigamos —dijo Fidel desalentado.

De nuevo formados en línea, los “Delta” avanzaron entre las agitadas aguas. La explosión debía haber removido hasta el fondo del mar y las aguas, antes claras y transparentes, se habían tornado sucias y opacas. Se veía flotando por todas partes algas y peces muertos. Dos millas más adelante se encontraron ante una gigantesca red metálica cerrando un angosto paso entre dos prominencias de formación madreporica. Unos disparos de “luz sólida” bastaron para cortar la red por distintos lugares. La red se vino abajo y la fuerza continuó adelante en un grupo compacto.

Algo venía flotando entre dos aguas hacia la cabina de Fidel. Un cuerpo pesado y blando golpeó en el cristal. Era un tritón. Había otros muchos tritones flotando por todas partes, indudablemente muertos. La tremenda explosión nuclear los había reventado.

—Hay muchos tritones muertos por aquí —dijo una voz.

El coronel preguntó a Fidel qué pensaba de todo esto.

—Es evidente que estamos en una ciudad submarina —contestó Fidel.

—¿Una ciudad? No veo ningún edificio. A menos que la explosión nuclear los echara abajo.

—Una ciudad tiritona no tiene que ser necesariamente como las nuestras. ¿Para qué iban a levantar ellos edificios? Un pequeño agujero en los acantilados calizos bastaría.

—No había pensado en ello, pero tiene usted razón. Tal vez convendría salir a echar un vistazo. ¿Quiere hacerlo?

Fidel dijo que sí. El coronel designó a dos hombres para que le acompañaran. Los “Delta” se posaron en el fondo y apagaron los motores.

—Lleven sus fusiles por si acaso —recomendó el coronel.

Para levantar la cubierta transparente era necesario inundar previamente la carlinga. Fidel abrió una válvula lateral y dejó que entrara el agua mientras desabrochaba su arnés y tomaba el subfusil eléctrico que estaba en el espacio que quedaba detrás de su asiento.

Inundada la cabina levantó la cubierta y salió. Una armadura de “diamantina” era también un excelente equipo salvavidas en el mar.

La escafandra y las dobles paredes de la armadura hacían flotar fácilmente al náufrago. Para contrarrestar esta tendencia, Fidel contaba con el “back”. Éste era una caja de “dedona”, cuyo peso era de 40.000 kilogramos por decímetro cúbico. De hecho un “back” sólo podía manejarse si estaba inducido eléctricamente.

Reduciendo el voltaje de su “back” éste aumentó de peso hasta equilibrarse con la fuerza ascensional. Fidel encendió el propulsor y salió empujado por un chorro de luz. Los dos pilotos se reunieron con él y se dirigieron juntos hacia el acantilado. Las aguas todavía estaban turbias. Un tritón muerto descendía lentamente hacia aguas profundas; por todas partes flotaban las algas y peces.

El coronel Balmer estaba utilizando el sistema vibrador acústico para llamar. El sonido percutía en la envoltura de vidrio de Fidel y la voz se escuchaba en el interior de la escafandra:

—¡Almirante Aznar! ¡Somos valeranos que les buscan! ¡Estamos aquí con un destacamento de “Deltas”! ¡Almirante Aznar! ¡Vicealmirante Azpeitia! ¡Doctor Aznar! ¿Están aquí?

El sistema vibrador de una armadura tenía solamente un alcance de unos cientos de metros. Si los prisioneros estaban allí, seguramente escucharían al coronel, aunque sin poder contestarle.

Una explosión superficial del acantilado vino a demostrar lo que Fidel Aznar había supuesto. El acantilado estaba literalmente acibillado de agujeros, y estos agujeros eran la entrada a una extensa red de galerías que se comunicaban unas con otras y daban acceso a su vez a centenares de cavernas. Se trataba de una auténtica ciudad. ¡Pero qué extraña ciudad!

Fría, lóbrega, húmeda... ¡tan distinto todo de las ciudades de “Valera”! Sin embargo, no había ninguna razón para pensar que los tritones no fueran felices allí. Éste era su ambiente, su medio natural. Los delicados colores del coral, las plantas subacuáticas, el juego de luces y sombras de las aguas debían tener su encanto para los tritones.

Fidel Aznar regresó al centro del “cañón” mirando a todas partes con desaliento. ¡Harían falta días y semanas para explorar todos los recovecos de la ciudad de coral!

Recordó entonces que tenía ciertas dotes particulares.

Trató de concentrarse en sí mismo, cosa difícil mientras escuchaba las voces del coronel llamando a los desaparecidos. Las

llamadas de Balmer resonaban en todo el “cañón” de forma atronadora. De pronto sintió como una voz distinta que nacía de su propia mente. ¡Era su padre dirigiéndose a él telepáticamente! “Estamos aquí... nos abrimos paso por una galería... todo es oscuridad, pero escuchamos sus voces”.

—“Padre, soy Fidel, tu hijo” —transmitió el muchacho.

—“¿Fidel?”

—“He venido por ti”.

—“Sigue habiéndome, hijo. Me servirá para orientarme en esta oscuridad”.

—“Encenderemos nuestros proyectores de luz sólida por si os sirven de ayuda”.

Como un eco se escuchó la voz del coronel Balmer:

—Muchachos, enciendan sus proyectores. Si están aquí tal vez vean nuestras barras de luz y les sirvan de guía.

Tal era el poder de la mente, capaz de implantar una idea en el pensamiento de otra mente receptora.

—“¡Vemos vuestras luces!” —transmitió el doctor Fidel.

Fidel se dirigió al caza del coronel.

—No es necesario que siga gritando. Les he localizado y ya vienen hacia aquí. Será mejor que guarden silencio para que podamos oírles.

—¿Les oye usted? —preguntó incrédulo el coronel.

Fidel consideró ocioso contestar. Pocos minutos después escuchaban una voz:

—¡Eh, compañeros! ¡Soy el Almirante Aznar, apaguen esos proyectores, por favor!

Se apagaron los proyectores. Entonces vieron tres figuras que se acercaban por la derecha, moviéndose como delfines impulsados por los rayos de luz de los “backs”. Fidel salió a su encuentro, llegó hasta ellos y dio la vuelta para acompañarles. Entre dos hombres llevaban a un tercero cogido de los brazos.

—Muchacho, gracias por haber venido —dijo el Almirante Aznar—. Azpeitia está herido, tu padre tuvo que practicarle una de esas operaciones suyas por psicokinesis en la playa. No fue posible hacer nada por Ross, murió casi en el acto.

En vuelo hacia el planetillo “Valera”, el Almirante Aznar se había despojado de la escafandra mientras, acurrucado en el angosto espacio, detrás del asiento de su sobrino, comía de las raciones de la bolsa.

—Según tu padre nunca estuvimos en peligro —dijo el Almirante Aznar—. Los yubos nos trataron bien, pero cuando hubo aquella terrorífica explosión sentí verdadero pánico.

—¿Quiénes son los yubos? —preguntó Fidel.

—Los que nos cogieron.

—¿Los tritones?

—Todos son tritones, pero están divididos en varias nacionalidades. Los hay yubos..., veldos..., kedos... Los kedos representan a la nación dominante. Son los que han desarrollado un mayor avance tecnológico y alcanzado el más alto nivel de vida. Eran kedos los que nos invitaron a visitarles en su mundo. Los yubos habían interceptado nuestras conversaciones televisivas y entendieron que íbamos a prestar ayuda a los kedos desentendiéndose del resto de los habitantes de este planeta... Se presentaron inesperadamente en el lugar de la cita y largaron un torpedo que hundió la ictionave de los kedos. A continuación lanzaron un misil contra nuestra “Karendón”, que mató también a Ross e hirió al vicealmirante Azpeitia. De no ser por Azpeitia nos habríamos puesto a salvo elevándonos con nuestros “backs” a la máxima altura permisible. Los yubos desembarcaron mientras tu padre atendía a Azpeitia y nos llevaron prisioneros a su ictionave. Posteriormente nos ofrecieron disculpas por haber obrado como lo hicieron y haber matado a Ross. ¿Qué te parece?

—Pienso que el abuelo tenía razón. Él siempre fue partidario de negociar con los tritones desde una posición de fuerza, pero a nosotros eso nos parecía una tontería, considerando que no íbamos a pedir nada, sino a ofrecer nuestra desinteresada ayuda. ¿Qué clase de gente son esos yubos, que disparan primero y preguntan después?

—No creo que sean peores que los kedos. Todo vino motivado por una confusión. Nos creían aliados con los kedos, y por consiguiente, enemigos.

—¿Sabes lo que va a decir el abuelo?

—¡Oh, lo sé! Se enfadará y querrá romper las negociaciones.

—Tal vez los tritones no merezcan el trabajo que nos estamos tomando por salvarles.

—No debes hablar así, sobrino. No sería justo condenar a toda una raza por un error.

—Un error que ha costado la vida a uno de los nuestros. ¿Quién le explicará eso a Nuria Ross? Si la salvación de los tritones ha de costar una sola gota de sangre valerana, mejor es dejarlo. Eso es lo que dirá el abuelo.

Poco después la fuerza aérea alcanzaba la “Karendón Mutante” que seguía en órbita alrededor de “Valera”. Los “Delta” anti-materia fueron anclados a su vez en una órbita de satélite y, uno tras otro, los expedicionarios fueron entrando en la “Karendón” para ser desmaterializados y restituidos de nuevo en una habitación contigua a la Sala de Control del autoplaneta.

CAPÍTULO XI

Alrededor de la jornada Aznar recibió a la “Resuspión” de malicia su alrededor de la jornada Aznar recibió a la “Resuspión” de malicia. Estaba de nuevo en “Valera”, incorporado a su condición natural, y su aventura en Aqua era como una pesadilla lejana, en otra dimensión del tiempo.

Le sorprendió no ver allí al Almirante Mayor, entre la mucha gente que había acudido a esperarles: Yawna, Nuria Ross, la señora Azpeitia, el contralmirante Buitrago y alto personal de la Sala de Control.

Vio a la abuela Yawna y fue hasta ella. Yawna le ayudó a despojarse de la escafandra y a continuación le besó en los labios llena de emoción. Por encima del hombro de Yawna, alcanzó a ver a Nuria Ross que sollozaba sobre la coraza de “diamantina” del doctor Fidel, en tanto que el “Bundo”, azorado, no sabía qué hacer. Nuria Ross había recibido la noticia de la muerte de su padre cuando la expedición todavía estaba en vuelo de regreso al autoplaneta.

A continuación de los Aznar, los pilotos de las escuadrillas Centauro y Piscis estaban llegando y la habitación se iba llenando de gente. Alguien rogó a los visitantes que salieran al vestíbulo para no estorbar. Fidel se despidió de Yawna hasta más tarde y se dirigió al vestuario.

Al vestuario fueron llegando los pilotos de la Fuerza Aérea para despojarse de su equipo de vuelo y ponerse su indumentaria normal. Se hablaba con animación, cruzándose bromas, como correspondía a unos hombres que, habiendo estado expuestos a grave peligro, regresaban con la satisfacción del deber cumplido.

El coronel Balmer se acercó a Fidel y le ofreció un cigarrillo, que el muchacho rechazó.

—Bueno, creo que nos hemos portado bien —dijo Balmer

dejando escapar una bocanada de humo—. Espero que el Almirante estará satisfecho de nosotros.

—¡Qué duda cabe! Se han portado ustedes magníficamente.

—Claro que en buena parte nuestra suerte la debemos a usted. Si su “radar” no hubiera funcionado nunca habríamos encontrado el lugar donde estaban los prisioneros.

—Eso ya estaba previsto —dijo Fidel sonriendo.

El capitán Nazaro se acercó abrochándose la guerrera.

—Le debo una disculpa, muchacho —dijo sincerándose—. Si he de serle franco no esperaba que diera resultado su experimento telepático. Lo tomé a broma, pero ahora sé que fui un estúpido.

Miguel Ángel Aznar entró en los vestuarios y habló brevemente con Balmer y Nazaro, agradeciendo a todos su colaboración e inestimable ayuda. Luego estrechó uno por uno la mano a todos los pilotos y éstos se marcharon muy contentos y satisfechos de sí mismos.

Apenas se habían marchado los aviadores llegó el doctor Fidel y empezó a quitarse la armadura. El contralmirante Buitrago entró poco después y dijo:

—El Almirante Mayor quiere que vayan ustedes a reunirse con él en la sala de conferencias.

—¿Está muy enfadado? —preguntó Miguel Ángel.

—Preocupado más bien. El profesor Valera está con él. Y también ha venido el profesor Ferrer. No se entretengan, por favor.

Minutos después, los tres Aznar entraban en la sala de reuniones, la misma en la cual el Almirante Mayor había despedido a su nieto unas horas atrás. El aspecto del Almirante Mayor era el de un hombre cansado. Estaban con él Valera, Ferrer y la señorita Ross. Todavía estaban los hermanos Aznar saludando al profesor Valera cuando llegó el profesor Asagioli llevando un portafolios. Don Miguel Ángel Aznar miró expresivamente a Asagioli y éste contestó con una rotunda afirmación de cabeza diciendo:

—Comprobado. Hemos repetido los cálculos por segunda vez y el resultado es el mismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven Miguel Ángel mirando a los reunidos.

Asagioli abrió su portafolios y sacó unos papeles que mostró al profesor Valera. Mientras tanto el Almirante Mayor hacía un gesto a

sus hijos para que se sentaran y decía:

—Los planes respecto al proyecto “Éxodo” van a tener que ser modificados. No disponemos de cinco años, ni siquiera de cinco meses para evacuar a los mil millones de tritones.

Miguel Ángel miró incrédulamente a su padre. Pero fue el profesor Valera quien explicó:

—Nuestros cálculos estaban equivocados. La observación directa de Bodna y Ura demuestra que la distancia entre las dos masas se acorta a mayor ritmo del previsto. Es sólo cuestión de semanas el que entren en colisión.

—¡Semanas! —exclamó Miguel Ángel atónito—. ¿Cuántas semanas?

—No más de ocho o diez. Es difícil precisarlo con exactitud —dijo el profesor Asagioli—. Sólo conocemos el valor de la masa de estas estrellas por aproximación. Eso fue lo que nos confundió cuando se realizaron los primeros cálculos.

—¿Cómo hemos podido cometer tan grave error? ¡De cinco años a diez semanas! ¿No es mucho tiempo de diferencia?

—¿Lo cree usted? Considerando el tiempo que Bodna y Ura existen, ¿qué representan cinco años? A escala cósmica cinco años no son ni un segundo en la vida de un hombre de un siglo de edad. Cuando Bodna y Ura entren en contacto se producirá una erupción solar. Las llamas de la nueva estrella que resulte de la fusión de los dos astros en uno solo alcanzarán a millones de kilómetros en el espacio. A escala universal apenas será un pequeño y corto chisporroteo que no afectará al resto de la galaxia. Pero si usted pudiera regresar a este lugar dentro de mil años, ¡todavía alcanzaría a ver esa erupción! Cuando se aplican máquinas computadoras, construidas para cálculos infinitesimales de tiempo, a la tarea de calcular eternidades cósmicas, un error de cinco años no significa nada.

—Pero sí significará mucho para los tritones y para nosotros. ¡Es imposible sacar a mil millones de seres de allí en sólo dos meses!

—Así están las cosas, hijo —dijo el Almirante Mayor con voz opaca—. Parece que la fatalidad se ceba en esa gente. Nuestro proyecto es irrealizable.

—Entonces, ¿abandonamos? —Miguel Ángel Aznar miró uno por uno a los rostros de su padre, del profesor Valera, del profesor

Ferrer, del profesor Asagioli, del contralmirante Buitrago, de Nuria Ross y de Fidel Aznar.

Todos guardaban silencio. Hasta que el Almirante Mayor hizo una mueca y dijo:

—Podríamos tal vez salvar a unos cuantos antes de producirse la erupción, lo cual nos plantearía un terrible problema de conciencia. ¿A quiénes salvar entre mil millones? ¿Tenemos que decidirlo nosotros? ¿Con qué derecho podemos señalar con el dedo a quiénes deben morir y a quiénes deben salvarse?

Los hombres se miraron unos a otros sin acertar a dar una respuesta. Miguel Ángel preguntó:

—Profesor Valera, ¿qué ocurrirá cuando Bodna y Ura entren en colisión?

—Es sencillo —contestó el eminente astrofísico—. La suma de las dos masas no alterará las leyes gravitacionales de este sistema. Las órbitas de estos planetas sólo sufrirán una ligera corrección. Pero la actividad solar será tan potente que el calor irradiado evaporará primero todos los océanos de Aqua. Si los tritones continuaran todavía allí, cosa imposible, el intenso bombardeo de las partículas radiactivas les mataría. El calor se elevará tanto en Aqua que fundirá las rocas. El planeta volverá a ser una masa de fluido incandescente, como lo fue en su remoto origen, y la vida toda desaparecerá. Dentro de muchos millones de años el planeta se habrá enfriado y en él volverán a producirse tal vez los cambios que posiblemente determinen la existencia de una nueva vida. Pero eso no lo veremos nosotros, ni nuestros descendientes en mil generaciones.

—Es decir, los tritones desaparecerán como raza, a menos que nosotros salvemos la especie llevando un número de ellos a otro planeta.

—Sí.

—Salvaremos los que podamos y los llevaremos a otra parte —dijo el Almirante Mayor—. El problema es que no tenemos tiempo para evacuarles a todos. Tal vez sea mejor no decírselo a los tritones. Si supieran que disponen de días para salvarse se produciría el pánico y se matarían unos a otros por ver quién alcanzaba a entrar en una máquina “Karendón”. ¿Qué ocurrió en la playa? ¿Por qué destruyeron nuestra máquina y os hicieron

prisioneros?

Fidel y Miguel Ángel Aznar cruzaron una mirada entre sí. Ante la indecisión de su hermano, fue el “Bundo” quien habló.

Aqua no era, a fin de cuentas, el mundo próspero que se había supuesto. Tampoco existía una unidad política, el problema de las etnias se repetía allí como en todas partes. La mayoría de las naciones desarrollaban su existencia en un ambiente de extrema frugalidad. El ser que habitaba los océanos era un hombre de costumbres primitivas. Todo lo que el tritón necesitaba era un arpón. Se alimentaba de peces, de moluscos y algas, y sus viviendas se reducían a un agujero en un arrecife de coral o un hueco entre las rocas. No necesitaban camas para dormir, ni sillas para sentarse, ni mesas ni platos para comer, ni cocinas para cocinar. Todo lo que el tritón necesitaba para subsistir lo tenía a su alrededor: agua y pesca.

Pese a todo, los tritones tenían una inteligencia superior, que les llevó a interesarse no sólo por las cosas que le rodeaban, sino incluso por aquellas que estaban fuera de su mundo. Exploraron las tierras, levantaron los ojos al cielo y se preguntaron qué era el cielo.

Los problemas habían comenzado para los tritones cuando, erigiéndose en dueños del océano, multiplicaron su especie. La población, que vivía preferentemente concentrada en los mares cálidos, casi agotó los bancos de pesca. Surgieron las disputas y las luchas, se trazaron fronteras, que cada tribu tenía que defender contra la ambición del vecino, se inventaron las armas...

La lucha por la supervivencia en el mar había sido si cabía más dramática que la que tuvo lugar en la tierra en otros planetas. Se ingeniaron medios para atender al creciente número de habitantes; cultivo de algas y cría de peces en cautividad. Luego se inventaron los barcos que permitían llegar más lejos, hasta las aguas frías de los polos, en busca de pesca.

Entre las naciones que marchaban a la cabeza del desarrollo económico estaban los kedos y los yubos, que habían sostenido terribles guerras desde tiempo inmemorial. En su origen todos pertenecían a la misma raza, pero kedos y yubos eran tan distintos ideológicamente que no era posible la reconciliación entre ellos. El resto del planeta estaba dividido en innúmeras nacionalidades; pequeños reinos, pequeñas repúblicas, tribus nómadas, salvajes...

Los valeranos, al llegar a este sistema solar, habían establecido contacto con los kedos a través de los satélites de comunicaciones de éstos. Pero los kedos no fueron sinceros.

—Nos dejaron creer que eran los únicos habitantes de su planeta —explicó Fidel Aznar—. Son, por descontado, los más avanzados tecnológicamente, seguidos a corta distancia por los yubos. Los kedos desarrollaron un programa espacial. Habían estudiado el cielo y calculado que sus dos estrellas entrarían en colisión sentenciando el fin de la vida en Aqua. La fuerza de gravedad en Aqua es mayor que la de la Tierra, de modo que sus dificultades para poner en órbita sus satélites artificiales fue considerable. Pese a todo, y a un costo y sacrificio enormes, lograron armar en el espacio una astronave cuyo destino era explorar las posibilidades de vida en otros planetas...

—Esa fue la astronave que nosotros encontramos y destruimos —aclaró Miguel Ángel—. Los kedos esperan que les ayudemos a salir de su planeta, pero sólo a ellos. No quieren compartir el nuevo mundo que les deparemos con los yubos ni otras razas inferiores. Es decir, eso dicen los yubos.

La declaración de sus hijos dejó perplejo al Almirante Mayor.

—¿De modo que así están las cosas? —dijo enojado—. Encima de que vamos a ayudarles, ¿quieren imponernos sus condiciones? ¡Oh, no! Las condiciones las impondremos nosotros. Y la primera de ellas será hacerles venir a “Valera” a negociar. Si vosotros habéis podido ir allá, también ellos pueden venir.

Miguel Ángel miró a su hermano.

—Es una posición razonable —apuntó—. El incidente con los yubos será un buen pretexto para hacerles saber que, por razones de seguridad, las conversaciones deben realizarse en nuestro terreno.

—¿Pero quiénes vendrán? Solamente los yubos y los kedos. La televisión es un invento muy reciente en Aqua, y solamente unos pocos pueblos disfrutan de ella —observó Fidel.

—De todos modos no podemos salvarles a todos. ¿Han calculado cuántos, profesor Ferrer?

—En el mejor de los casos, suponiendo que la catástrofe no ocurra antes de sesenta días, no serán muchos más de treinta millones —contestó Ferrer.

—¡Treinta millones solamente!

—Las “Karendón Traslator” no pueden trabajar a un ritmo mayor de una operación por minuto. Prácticamente los tritones deberán estar haciendo cola ante nuestras máquinas para no perder un minuto. El tiempo deberá condicionarlo todo. Bien me gustaría poder evacuar a todo el mundo. Pero puesto que esto no es posible, considerándolo fríamente, soy de la opinión de enviar nuestras “Karendón” a las naciones más densamente pobladas y mejor organizadas. Es la única manera de sacar la máxima utilidad a las máquinas y salvar el mayor número de tritones.

—¡Pero eso supone condenar a todos los demás pueblos! —protestó Fidel Aznar—. ¡No es justo!

—No les hemos condenado nosotros —dijo el Almirante Mayor—. Es el Destino quien lo ha dispuesto así. Dios me libre de aplicar medidas discriminatorias, pero si los yubos y los kedos son los dos pueblos que alcanzaron mayor nivel cultural y tecnológico, es de suponer que posean alguna cualidad de la que carecen las demás naciones. ¿O debemos apartar a los yubos y los kedos y ayudar a los más débiles, sólo porque éstos nos inspiran más compasión?

El monje “Bundo” se limitó a inclinar la cabeza con expresión abatida. El “superalmirante” se dirigió a Nuria Ross:

—Nuria, por todo lo que tu padre trabajó en este proyecto, por su ilusión y entrega, te ruego que hagas un esfuerzo por superar tu crisis y te pongas a trabajar ahora mismo. Haz llegar a los yubos y los kedos un mensaje para que acudan a “Valera”. ¿Lo harás?

—Sí, Almirante —dijo Nuria.

El Almirante Mayor se puso en pie, dando por terminada la reunión.

* * *

En la loca carrera contra el tiempo, el tiro de salida fue dado por la televisión nacional de “Valera” una hora después de terminada la reunión de la Sala de Control. El profesor Valera apareció ante los valeranos a través de la pequeña pantalla y dio cuenta de la situación.

Muchos valeranos debieron alegrarse de saber que no iban a tener que esperar cinco años hasta ver terminada la operación “Éxodo”. Pero incluso los más duros de corazón se sintieron

inclinados a compadecer a los tritones, condenados sin remisión a perecer con su planeta. Un generoso sentimiento de simpatía se desató en todo el autoplaneta, aunque, como diría Fidel Aznar, amargamente:

—Pueden sentirse generosos, ahora que ya no podemos hacer nada por los tritones. Si en lugar de simpatía se les pidiera diez años para terminar la operación, entonces sería distinto.

Veinticuatro horas después del regreso de los hermanos Aznar, dos nuevas cápsulas portadoras aterrizaban en la playa junto a los restos de la primera. El mensaje de los valeranos había llegado a su destino y se esperaba de un momento a otro una respuesta. Mientras tanto, nuevas cápsulas portadoras navegaban en dirección al planeta y se situaban en una órbita de satélite en torno a Aqua, a la espera de que se les indicara el lugar exacto donde debían aterrizar.

En “Valera” se reunía el Estado Mayor bajo la presidencia del Almirante Aznar. La nueva situación requería un replanteamiento de toda la “Operación Éxodo”. El joven Fidel, que había ido a almorzar con Yawna y su padre, se enteró de esta reunión cuando su abuelo y su tío regresaron a casa.

El Estado Mayor había votado por unanimidad liberar al autoplaneta de la obligación que se impuso en cuanto a buscar una nueva patria para los tritones. El agudo sentido de Fidel lo descubrió en el pensamiento de su padre aún antes de que éste comunicara a Yawna:

—Alégrate, vamos a regresar a casa mucho antes de lo que esperábamos.

No era Adler Ban Aldrik hombre que se encolerizara fácilmente, pero en esta ocasión el joven Fidel pudo leer en el pensamiento de su padre toda la ira, la decepción y la vergüenza que sentía. Yawna, a su vez, percibió el pensamiento de su hijo y se entristeció.

—¿Habéis decidido retirar nuestra ayuda a los tritones, es eso? —preguntó Yawna.

El “superalmirante” miró a su hijo, vio su expresión y se enfadó a su vez.

—Nadie ha dicho que no vayamos a ayudarles —protestó enojado el anciano Almirante—. Sencillamente, “Valera” no participará en esa exploración del espacio que podría llevarnos

hasta un siglo. No es necesario, puesto que los tritones que logremos salvar no serán más de treinta millones, en lugar de los mil millones que se calculó en un principio. Hemos pensado hacer algo mejor. Pondremos a todos los supervivientes en dos o tres de nuestros grandes transportes siderales y les facilitaremos los medios para que los tritones busquen por sí mismos el mundo que más les acomode.

—Los tritones no poseen experiencia en viajes espaciales, ¿verdad? —apuntó el joven Fidel.

Fue Miguel Ángel Aznar quien contestó:

—Les destruimos un pequeño autoplaneta que ellos mismos habían construido, y con el cual se proponían explorar estos espacios en busca de un mundo habitable. No puede decirse por lo tanto que sean totalmente inexpertos en materia de vuelos espaciales. Les resultará mucho más fácil conducir uno de nuestros “discos volantes”, prácticamente nuestros “discos” se dirigen solos. Lo que no sepan acerca de los vuelos espaciales se les enseñará.

Para el joven Fidel la solución era razonable. ¿Por qué se enojaba su padre? Un transporte sideral era tan capaz como el mismo “Valera” de llevar a los tritones a lugar seguro. Los terrícolas habían volado en estos “autoplanetas” desde la Tierra a Redención y a Nahum, y de Redención a la Tierra. Y esto ocurría miles de años antes de que los “autoplanetas” adoptaran las ondas gravitacionales y, por supuesto, cuando todavía no existían las máquinas “Karendón” para abastecer de alimentos a los astronautas en tan largos viajes.

Además, los tritones tampoco iban a viajar de forma que necesitaran alimentarse. Un millón de tritones, convertidos en unos cuantos rollos de cinta perforada, no ocuparían apenas lugar, ni necesitarían comer, ni envejecerían mientras la astronave exploraba el Universo hasta encontrar un planeta que reuniera las condiciones necesarias para la vida.

—Los kedos tal vez tengan algunos conocimientos rudimentarios de astronáutica —dijo Adler Ban Aldrik—. ¿Y los yubos?

—¡Pero muchacho, eso no es ningún inconveniente! —exclamó Miguel Ángel—. Contamos contigo para formar un grupo selecto de astronautas. Si pudiéramos aplicarles las máquinas “Psí” lo haríamos con las máquinas. ¡Pero tú eres igual que una máquina

“¡Psí”! ¿O no es cierto?

Adler Ban Aldrik no contestó. Su padre le interrogó:

—¿Qué es lo que encuentras mal, veamos? ¿Crees que no es suficiente que demos a los tritones nuestros autoplanetas, incluso nuestras “Karendón”? ¿Es necesario también que les busquemos una nueva casa y dejarlos instalados en ella para considerar que verdaderamente hemos cumplido? ¿Hasta dónde nos obliga nuestro sentido humanitario?

—Ya lo habéis decidido —respondió Adler Ban Aldrik—. No vale la pena seguir hablando de ello.

—Pero tú no apruebas lo que hemos decidido. ¿Por qué, si puede saberse?

—Es inútil, no lo comprenderías —dijo el “Bundo”.

El anciano Almirante montó en cólera. Dijo que era un castigo tener un hijo como Fidel, que él era un hombre de honor y que se consideraba en paz con su conciencia. Que creía haber hecho cuanto humanamente podía en ayuda de los tritones, y que si los malditos tritones y Fidel no lo consideraban así, ¡que se marcharan todos al infierno!

Salió barbotando maldiciones y se encerró en su habitación pegando un portazo. Miguel Ángel se encaró entonces con su hermano y preguntó:

—¿Crees que eres razonable? ¿Cuál es el motivo de tu disgusto? ¿Me lo puedes decir?

—Pienso que faltamos a un deber de conciencia, sólo por una razón doméstica. ¡Papá quiere regresar a casa! No nos costaría nada buscar un mundo para esos desdichados tritones, y de paso exploraríamos este anti-Universo. Lo que ocurre es que eso nos llevaría tiempo, y nadie quiere perder su tiempo, y menos que nadie papá. Un hombre viejo y cansado, que sólo desea regresar a casa, no es el Comandante apropiado para este autoplaneta. “Valera” siempre ha explorado y conquistado mundos, pero ese ha dejado de ser su objetivo. Su gente se siente cansada y añorada, ha perdido todo interés por lo desconocido. La solución que habéis buscado para los tritones es muy decente. Satisface a vuestras conciencias, porque vuestras conciencias necesitan un pretexto para librarse de los tritones. Que sea una solución buena no quiere decir que sea la mejor.

—Querido hermano, los valeranos somos seres humanos, no ángeles de perfección como tú —contestó Miguel Ángel—. Recuerda cuál fue el motivo de nuestro viaje. Sólo nos proponíamos reconquistar la Tierra. Todo lo demás vino enredado. Hace mucho que partimos de Atolón, ni siquiera sabemos cuánto, ya que nuestros relojes no sirven para calcular el tiempo cuando se viaja a no sabemos cuántas veces la velocidad de la luz. Claro que papá quiere regresar. ¿Sabes por qué? Pues porque se siente inquieto. Puede que cuando regresemos a Atolón haya transcurrido un millón de años... ¡tal vez ni siquiera exista ya el circumplaneta!

—El mundo que encontremos al regresar será tan distinto del que conocimos como si fuera otro planeta habitado por una humanidad desconocida. Seremos tan extraños allí como nosotros somos extraños para los tritones. En realidad nada nos ata a Atolón. No hay ninguna razón para precipitar un regreso que sólo nos proporcionará decepción y dolor. Pero haced lo que queráis. En lo que a mí respecta, voy a continuar lo que emprendí y acompañar a los tritones hasta dejarles en lugar seguro. —El “Bundo” se volvió hacia su madre—. Lo siento por ti, Yawna.

Yawna no habló, pero todo el dolor lacerante de su alma lo sintió el joven Fidel penetrando en su carne como un cuchillo.

CAPÍTULO XII

Antes de salir de su minivao, de Kudos, el saltó desde Agua y era restituido en una “Karendón Mutante” en el interior de un estanque, a bordo del “Isla de Tenerife”, transporte sideral de la Armada valerana.

Al otro lado de una lámina de “diamantina”, el Almirante Aznar y su Estado Mayor esperaban al distinguido visitante. Fidel Aznar hizo de intérprete. El joven Fidel también estuvo presente.

Vio el muchacho un robusto tritón lleno de recelos y de indecisiones, tortuoso y reservón. Vaal fue sorprendido totalmente por la aguda penetración del monje “Bundo”, quien en pocos minutos le demostró que no valían con él evasivas ni subterfugios. El rey Vaal tuvo que admitir que no estaba en situación de imponer ningún tipo de condiciones, simplemente tenía que aceptar o rechazar lo que se le ofrecía.

El rey insistió mucho en conocer todo lo relativo a las “Karendón”.

—Los kedos serían convertidos en una fórmula escrita en código sobre una cinta de oro —dijo en su idioma de murmullos y chasquidos—. ¿Pero, quién garantizaba que estas cintas no serían destruidas, con lo cual morirían todos los kedos, sin posibilidad de recobrar su estado natural?

Fidel Aznar contestó en castellano, aunque dirigiéndose a la mente de Vaal:

—Si los valeranos tuviéramos el propósito de destruir a los kedos, ¿no sería mucho más sencillo para nosotros dejarles morir en su planeta? ¿Para qué habríamos de tomarnos el trabajo de enviar nuestras máquinas, traerles aquí y luego destruir las cintas perforadas?

El rey seguía recelando. Tal vez los valeranos conocían algún

medio de evitar la colisión de las estrellas. El “Bundo” fue más lejos, descubriendo el pensamiento del tritón:

—Piensas que tal vez lo que buscamos es hacernos salir de vuestro planeta para luego ocuparlo nosotros. Pero los valeranos no necesitamos vuestro planeta para sobrevivir. Y si de todos modos quisiéramos apoderarnos de él, disponemos de medios mucho más expeditivos para destruirlos. Vuestro planeta tiene los días contados. Puedes aceptar nuestras condiciones o rechazarlas, a nosotros no nos importa. Sólo podemos salvar treinta millones de tritones, y hay mil millones esperando a que les salvemos. ¿Crees que sentimos algún interés particular por salvar a tu pueblo?

Vaal se retiró a un rincón del estanque para dialogar con sus ministros. Después de una hora todavía no habían llegado a un acuerdo. Pero entonces empezaron a llegar por la “Karendón” los ministros de Gela, el rey de los yubos. Gela llegó en último lugar.

Al contrario que Vaal, el rey de los yubos se mostró más razonable. Escuchó las explicaciones de Fidel Aznar y reflexionó con lógica. Los yubos no tenían ninguna posibilidad de salvarse por sí mismos. Su única salida consistía en confiar en los valeranos, entregarse en sus manos y confiar en la rectitud de sus propósitos. Sencillamente, aceptó.

Los kedos vinieron de su rincón a preguntar en qué términos habían negociado los valeranos con los yubos.

—Gela consiente en que su pueblo sea desmaterializado. Ha comprendido que su situación es desesperada y sólo le queda el camino de confiar en nosotros —dijo Fidel Aznar.

—Tal vez estéis de acuerdo con los yubos para deshacerlos de los kedos —dijo Vaal.

El Almirante Mayor, que había acabado por aceptar una silla, en vista de la lentitud de las negociaciones, preguntó a su nieto qué estaba diciendo Vaal. Fidel le tradujo el pensamiento de Vaal y el “superalmirante” saltó en pie colérico.

—¡Dile a ese estúpido que se acabaron las negociaciones, que se vuelva a su casa, que no nos haga perder más tiempo!

Fidel Aznar habló telepáticamente a Vaal:

—El Gran Almirante se ha enfadado. Dice que podéis regresar a vuestro planeta, en vista de que no hay acuerdo.

—Dadnos más tiempo para pensarlo —dijo Vaal.

Pero Fidel Aznar se mostró firme:

—En este momento hay cincuenta cápsulas portadoras esperando en órbita alrededor de vuestro planeta. Cada minuto que perdemos discutiendo aquí, cincuenta tritones son condenados a morir; los cincuenta hombres que esas máquinas deberían estar transfiriendo a “Valera” cada minuto.

Finalmente el rey Vaal dijo que si les dejaban regresar a su planeta lo meditarían más despacio allá en su reino. Era tan desconfiado que incluso llegó a temer que los valeranos le retuvieran en “Valera” o quisieran asesinarle. Para Fidel Aznar fue sencillo descubrir este oculto pensamiento en la retorcida mente del rey Vaal.

Vaal y su séquito recibieron permiso para volver a la máquina “Karendón”, y seguramente respiraron aliviados cuando, de nuevo en Aqua, comprobaron que estaban vivos.

Mientras tanto, en el “Isla de Tenerife”, el joven y dinámico rey Gela señalaba sobre un mapa los lugares donde estaban las principales ciudades de su reino. Inmediatamente se cursaron órdenes a la Sala de Control del autoplaneta para que se hiciera descender las cápsulas portadoras de las “Karendón” en estos puntos.

Gela llegó todavía más lejos en su generosidad. Señaló también los lugares donde habían otras ciudades que no correspondían a su país, y aceptó servir de emisario para avisar a otros reyes de la inminencia de la llegada de las “Karendón”.

Gela, que había llegado portando su yelmo de agua, fue invitado a salir del estanque para efectuar un rápido recorrido por el “disco volante”. Se convino en que Gela enviaría un grupo de científicos y comandantes de submarino para que fueran adiestrados en el manejo del “disco volante”, y finalmente, después de permanecer diez horas con los valeranos, Gela y su séquito realizaron de nuevo aquel increíble “salto” de veinte millones de kilómetros hasta su planeta.

A su vez, el Almirante Mayor y sus hijos efectuaban un salto más corto entre el “Isla de Tenerife” y la Sala de Control a través de la “Karendón Traslator”.

—Venid todos a comer a casa —dijo el Almirante Mayor.

Durante la comida el anciano Almirante iba a tratar de disuadir

a su hijo Fidel de su descabellada idea de acompañar a los tritones hasta dar con un planeta apto para el desarrollo de la vida de estas extrañas criaturas. Pero el “Bundo” se mostró firme en su propósito.

—Los tritones pueden necesitar de mí —dijo—. El mundo a donde lleguen no será como Aqua. Seguramente contendrá bacterias y otros elementos perniciosos para el organismo de estas pobres gentes. Tengo que ayudarles a conquistar su nueva patria. Eso no quiere decir que no vayamos a vernos más. Dejaré aquí una cinta perforada con la fórmula de mis componentes físicos. Seguramente mi misión habrá terminado mucho antes que “Valera” esté de regreso en Atolón. Cuando haya dejado a los tritones en lugar seguro me desmaterializaré en una “Karendón”. Y cuando “Valera” restituya a su tripulación a la vista de Atolón, Fidel Aznar aparecerá de nuevo y se reunirá con vosotros.

—Excepto que te ocurra algo que te impida volver —dijo el “superalmirante”.

—Todos estaremos en peligro —repuso el “Bundo”—. “Valera” también correrá muchos riesgos antes de llegar a Atolón.

—Por supuesto, yo iré contigo —dijo el joven Fidel.

De nuevo montó en cólera el “superalmirante”. Por el contrario, Yawna aceptó con resignación lo que parecía inevitable.

—Los hijos deben permanecer con sus padres —dijo.

—Entonces, ¿por qué no permanece tu hijo contigo?

—¿Quieres decir que apruebas que nos deje? ¡Perfectamente, es tu hijo después de todo! —barbotó el Almirante. Y como la vez anterior abandonó la mesa y se retiró a su habitación.

Al abandonar el Almirantazgo para dirigirse a su propia casa, el joven Fidel preguntó a su padre si de verdad le permitiría ir con él.

—Sé que lo deseas. Y aunque quizá sea egoísmo por mi parte, también deseo tenerte conmigo. Esta aventura puede prolongarse más de lo esperado, y yo sentirme muy solo en ese largo tiempo.

—A propósito de soledad, ¿por qué no lanzamos una llamada invitando a los valeranos a participar en este viaje?

—¿Crees que existe un solo valerano hoy día que no desee volver a Atolón antes que ninguna otra cosa?

—La gente es muy rara —contestó el muchacho—. Propón la cosa más descabellada, y siempre habrá alguien dispuesto a participar.

—¿Quieres decir que tú y yo somos gente rara, eh? —gruñó el bartpurano. Luego los dos se echaron a reír.

Pasado el acceso de risa el muchacho insinuó:

—Yo al menos sé de alguien que te seguiría al fin del mundo. Me refiero a Nuria Ross. ¿Sabes que está enamorada de ti?

—Lo sé. Y lo siento por ella.

—¿Piensas todavía en mamá?

—No es sólo eso. Un monje “bundo” hace profesión de amor y generosidad para todo el mundo. El amor de las mujeres y los hijos es absorbente. Un “bundo” no puede dedicar toda su vida a una mujer, se debe a la humanidad entera, tiene que repartir generosamente los dones que ha recibido, ayudar al prójimo...

—Ayudar a los tritones... —añadió el joven—. Comprendo lo que quieres decir.

Los Aznar sólo permanecieron en su casa el tiempo indispensable para recoger sus escasos recuerdos y efectos personales. A la mañana siguiente se trasladaron con su equipaje al “Isla de Tenerife”, donde había mucho trabajo que hacer.

Los grandes transportes siderales de la Armada, también llamados por su tamaño “autoplanetas”, estaban siempre listos para zarpar. Pero era necesario hacer algunos arreglos para el tipo de misión que el “Isla de Tenerife” iba a realizar. Hasta última hora no se había pensado en los “discos volantes” como alternativa. Quedaba poco tiempo y bastante tarea por hacer.

No era necesario hacer reformas de tipo técnico. Tampoco habría problema de espacio, ya que los tritones iban a viajar en forma de varios miles de toneladas de rollos de cinta. Pero, cuando los autoplanetas alcanzaran al fin el mundo buscado, deberían ser devueltos a su estado natural. Esto sólo podría hacerse a través de las “Karendón Traslator”, quienes a su vez sólo podrían construirse en las “Mutantes”. Las “Mutantes” estaban actualmente ocupadas integrando cápsulas portadoras de “Karendón Traslator”, que eran inmediatamente enviadas al planeta.

También habían empezado a funcionar las “Traslator” en el reino de los Yubos, pero las máquinas receptoras estaban en el planetillo, amontonando rollos de cinta perforada que tendría que ser llevada a bordo de los “discos volantes”.

Mientras el doctor Fidel Aznar estaba abrumado de problemas,

otros problemas surgieron en el planeta. Los kedos amenazaban con atacar a los yubos y destruir las máquinas de los valeranos (se referían a las “Karendón Traslator”) si no se les daba también a ellos las mismas oportunidades que a sus aborrecidos enemigos.

El tortuoso rey Vaal solicitó una nueva entrevista con el Almirante Mayor y éste, armado de paciencia, escuchó las exigencias del antipático personaje. Vaal imponía como condición la entrega de una “isla volante” para uso exclusivo de los kedos. Los valeranos adiestrarían a los astronautas kedos en el manejo de la nave, y luego permitirían que los kedos partieran para buscar por sí mismos un nuevo mundo.

Vaal ignoraba que sus exigencias eran también el deseo de los valeranos. Para asegurarse de que todo iba a hacerse como era debido, el propio Vaal decidió quedarse en el “Isla de Tenerife”, donde poco después llegaron sus esposas, sus hijos, sus ministros, sus científicos y sus astronautas.

Otros dos transportes gigantes estaban siendo preparados, el “Isla de Java” y el “Isla de Luzón”. Llegaron también los astronautas yubos para ser adiestrados.

El cerebro de los tritones estaba implantado de forma distinta al terrícola y las máquinas “Psi” no podían ser utilizadas en estas criaturas, sin un estudio previo y minucioso de su cerebro y la forma y disposición de sus células cerebrales.

No había tiempo para esto y se adoptó el más expeditivo sistema de adiestrar a los tritones por medios hipnóticos y transmisión del pensamiento. Esto sólo podían hacerlo dos hombres en todo “Valera”, el doctor Fidel Aznar y su hijo.

Después de una semana ya había 500 “Karendón Traslator” en Aqua, la mayoría de ellas repartidas entre las ciudades kedas y yubas. Pero estas costosas máquinas no estaban trabajando a pleno rendimiento. Tanto en el país de Kedos como en Yubos los tritones acogían todavía con recelo aquel extraño proceso de conversión en agujeros taladrados en una cinta, y una promesa de reconversión posterior a su aspecto natural.

A las seis semanas de iniciada la “Operación Éxodo”, la acelerada aproximación de las dos estrellas del sistema solar era tan evidente que podía observarse a simple vista. Los dos soles giraban cada vez más rápido y más cerca uno alrededor de otro. La colisión

era inminente.

De pronto se desató el pánico entre los tritones. Quinientos millones de seres, en yubos y kedos, se apresuraron a correr a las máquinas de los extranjeros. Pero las máquinas no podían desmaterializar a todos. Entonces se produjeron escenas del más escalofriante salvajismo. Como en cualquier otra parte, con distinta gente, los tritones se olvidaron de su condición humana. Ya no eran hombres, sino fieras salvajes luchando por su vida.

Como se había temido, las multitudes empezaron a agitarse al advertir el pequeño caudal de absorción de las “Karendón”. Las ordenadas colas del principio se rompieron, se luchó a brazo partido. Los soldados que debían cuidar el orden se mezclaron con la muchedumbre o se aprovecharon de su condición para introducirse en las máquinas. Aparecieron las armas, estalló la lucha... y ganó la fuerza bruta. Hembras y niños fueron apartados brutalmente o perecieron aplastados en mitad de aquella lucha insensata por alcanzar las “Karendón”, y un gran número de éstas quedaron inservibles.

Todo el horror de un planeta condenado al aniquilamiento podía ser contemplado por los valeranos, a través de sus pantallas de televisión, en sus confortables hogares. Era aterrador pensar que todo aquello estaba sucediendo tan cerca, y al mismo tiempo tan lejos. Pensar que si “Valera” hubiera llegado sólo cinco años antes a este lugar podría haberse salvado a toda aquella humanidad. Pensar que “Valera” tenía dispuesta una flota de cuarenta transportes gigantes que podrían haber acelerado la evacuación, y que éstos no podían ser utilizados...

En las últimas y alucinantes semanas, cuando las muchedumbres enloquecidas se arrojaban sobre las “Karendón”, ante la imposibilidad de restablecer el orden, los técnicos valeranos que manejaban las máquinas por control remoto ya no se preocupaban por si dentro de las “Karendón” había un hombre o cuatro o cinco. Cuando la cámara estaba llena apretaban el botón y la “Karendón” desmaterializaba todo lo que se encontraba dentro. Cinco hombres... más tres cabezas... más diez brazos...

Las partes restantes de los tritones que se quedaron a medias fuera y a medias dentro quedaban separadas... Las “Karendón” eran como guillotinas. Sólo desmaterializaban lo que estaba dentro de la

cámara. Cuando algún día las “Karendón” restituyeran lo que antes habían desmaterializado, aparecerían hombres amontonados, algunos sin una pierna o un brazo, y aparecerían cabezas, piernas y brazos que no se sabía a qué ser pertenecieron.

Hasta el último momento los valeranos estuvieron enviando a Aqua nuevas cápsulas portadoras de máquinas “Traslator”.

Mientras tanto se trabajaba intensamente para poner a punto los transportes. En la parte inferior de éstos se practicaron las aberturas convenientes para montar en ellos las “Mutantes”. Algunas “Traslator” habían sido llevadas a bordo para la recepción directa de los evacuados. Los grandes rollos de cinta perforada eran trasladados desde el interior del planetillo a los “discos volantes”...

El drama de los tritones hería el corazón de los valeranos y muchos jóvenes se ofrecieron voluntarios para ayudar a los que ya estaban trabajando en todo aquel trasiego. Otros acudieron a la llamada del doctor Fidel y se alistaron para tripular los transportes hasta donde fuera menester.

Los cálculos del profesor Valera fueron esta vez más exactos. A las diez semanas de iniciada la “Operación Éxodo” llegó el esperado aviso. La colisión entre Bodna y Ura era ya sólo cuestión de horas. Las oleadas de partículas que se desprenderían de la fusión de las dos estrellas alcanzarían al planetillo si éste no se retiraba a tiempo. Serían partículas anti-materia y, por lo tanto, al alcanzar a “Valera”, bombardearían éste como microscópicos proyectiles. La acción persistente de este bombardeo actuaría como un poderoso ácido corrosivo, destruyendo en pocas horas todo cuanto se encontraba en la superficie del planetillo; observatorios astronómicos, antenas, defensas... y los transportes siderales.

Desde la Sala de Control se hicieron estallar los cazas “Delta” anti-materia que estaban en el aire disparando contra ellos torpedos sin carga. Bastó el choque entre la materia y la anti-materia para aniquilar a los “Delta”. A continuación “Valera” puso en marcha sus poderosos motores. El autoplaneta empezó a moverse... lentamente al principio, acelerando después y aumentando la velocidad. Aqua, el planeta condenado, fue quedando atrás, empequeñeciéndose en la distancia hasta quedar confundido con una estrella más en el alucinante firmamento anti-materia...

Horas después se producía la colisión entre Bodna y Ura.

Desde quince mil millones de kilómetros se vio crecer un gran globo de fuego cuyas llamaradas se proyectaban en todas direcciones. En aquel momento, en Aqua, el agua de sus inmensos océanos empezaba a humear... a hervir... a burbujear. Enormes nubes de vapor se elevaban al cielo y cubrieron en poco tiempo todo el planeta en una atmósfera neblinosa. Pese a esta nube protectora, el calor seguiría haciendo hervir el agua, cocinando vivos a mil millones de tritones que no lograron escapar, hasta evaporar la última gota. En un proceso posterior las rocas serían convertidas en hirviente lava... Era la muerte de un planeta y el nacimiento de un nuevo mundo.

Para los tritones que habían logrado escapar de aquel apocalipsis fue mejor no presenciar el final de su mundo. Los valeranos que lo vieron se sintieron aniquilados por el horror.

Después de la consumación de la catástrofe hubo como un relajamiento, un estado de lasitud, una cierta resignación resumida en un elocuente “consumatum est”.

Se hizo notar un descenso en el ritmo de los trabajos a bordo de los transportes siderales. Se acabaron las prisas. El traslado de los rollos de cinta perforada desde el interior de “Valera” a los “discos volantes” continuó sin apresuramientos. Pero pasados tres o cuatro días los valeranos empezaron a despertar de su letargo. El recuerdo de la catástrofe quedaba rezagado, la televisión nacional proyectaba películas entretenidas. Y se volvía a hablar del regreso a Atolón.

Se aceleró el ritmo en los trabajos sobre los transportes siderales. Los valeranos querían terminar cuanto antes. Se anunció oficialmente el comienzo de la “Operación Emigración”. Los valeranos iban a desmaterializarse de nuevo. Cuando volvieran a la vida deberían encontrarse a la vista del grandioso circumplaneta, en Atolón.

La “Operación Emigración” se inició pocos días antes de que los autoplanetas estuvieran listos para partir. En todo el planetillo volvía a repetirse una escena ya conocida; visitas a los amigos, despedidas, concentración de familias...

Los valeranos cerraban sus casas, se despedían de los vecinos y se dirigían a la Estación de Emigración, cada uno con su bolsa de viaje... sus perros y sus niños con sus jaulas de pájaros, de conejos, de ratones y de toda clase de bichos domésticos. La Estación volvía

a resonar con los pasos de miles de personas, las voces, las llamadas, los adioses, el chasquido de las “Karendón”.

Sin previo aviso Nuria Ross se presentó una tarde en el “Isla de Luzón”. Vestía una falda corta y sus piernas parecían esbeltas y primorosamente torneadas. El joven Fidel la vio envuelta en un aura luminosa, como una angélica aparición. El corazón del muchacho aceleró sus latidos, pero pronto su alegría se tornó en decepción. Nuria venía a despedirse.

—Por un momento pensé que habías decidido unirme a nosotros en este viaje —dijo Fidel.

—¡No, por Dios! No podría; sólo vine a despedirme de tu padre.

—Si él te pidiera que nos acompañaras... ¿vendrías?

—No creas que no lo he pensado. Pero no puedo. “Valera” es mi mundo, aquí están mis amigos, mi madre y todo cuanto amo y me hace feliz. Y después de “Valera” está Atolón. Yo nací en Atolón, ¿lo sabías?

—Papá está en la cámara de derrota —dijo Fidel concisamente.

No volvió a ver a Nuria. La amaba con un amor apasionado, romántico e idealizado, como solía amar un muchacho de dieciocho años a una mujer madura. Éste iba a ser el primer desengaño de su vida...

Una semana más tarde, en plena efervescencia la “Operación Emigración”, Fidel y su padre fueron a despedirse de la familia. Durante la comida se habló de Atolón, de los grandes cambios que allí debían haberse operado mientras los viajeros de “Valera” volaban en el espacio, primero de Atolón a la Tierra, luego de la Tierra a Uhlan, y posteriormente de Uhlan a Aqua. Pero la charla sólo era una cortina de humo tras la cual todos trataban de disimular la tristeza de la separación.

La larga sobremesa languidecía. Los silencios eran cada vez más largos y elocuentes. Fidel Aznar miró al reloj y dijo:

—Bien, creo que ha llegado el momento. Nuestros transportes tienen sus reactores en marcha desde hace una hora, estamos malgastando la energía.

Todos se pusieron en pie. El Almirante Mayor dijo que les acompañaría hasta la “Karendón” de la Sala de Control. Miguel Ángel dijo que les acompañaría también. Solamente Yawna se negó a ir con ellos. ¡Yawna, la dulce y maravillosa abuela! ¡De qué modo

sintió el joven Fidel la intensidad de su tristeza a través de su mente! Pero aunque triste, Yawna no se sentía amargada. Temía y esperaba. Esperaba volver a encontrarse con su hijo y su nieto en Bartpur. Si hubiese tenido un mal presentimiento Fidel lo habría sabido. ¡Era un buen augurio para la aventura que iba a comenzar!

Se despidieron de la abuela y bajaron en el ascensor hasta la Sala de Control.

—Muchachos, espero que nos reunamos en Atolón —dijo el anciano “superalmirante”—. No os arriesguéis más de lo que sea inevitable. Buena suerte... ¡y feliz viaje!

El joven Fidel abrazó a su abuelo, luego a su tío y entró en la “Karendón Traslator”. Un deslumbrador relámpago y ya estaba a bordo del “Isla de Luzón”. Cruzó un corredor y entró en la cámara de derrota del autoplaneta, una copia a escala reducida de la Sala de Control del planetillo “Valera”.

Los controladores ya estaban en sus puestos y por encima del puente de mando brillaban en el planetario las estrellas lejanas y parpadeantes. En las grandes pantallas de televisión pudo ver al “Isla de Tenerife” que empezaba a moverse. Los tritones del rey Vaal iban a emprender por su cuenta la aventura de encontrar un nuevo mundo. Al lado contrario estaba el “Isla de Java”, que sería compañero del “Luzón” en este viaje a lo desconocido...

El doctor Fidel Aznar entró con paso resuelto en la Sala, cruzó por el pasillo y se dirigió al puente de mando...

Minutos después, desde la Sala de Control de “Valera”, el Almirante Mayor y el Almirante Miguel Ángel Aznar veían en las grandes pantallas cómo se alejaban los gigantescos transportes de 12 kilómetros de diámetro. Uno se dirigía a la derecha, y los dos restantes iban por la izquierda. Todos iban en busca de un mundo.

—Espero que todos lo encontremos al final de nuestro viaje —murmuró el Almirante Mayor.

Una lágrima temblaba en las pestañas de don Miguel Ángel Aznar. Levantó la mano, tomó el micrófono que pendía de la “jirafa” y gritó con voz enérgica:

—¡Prepárense para zarpar! ¡Rumbo... Atolón!

A su lado, Miguel Ángel Aznar miraba con añoranza como se alejaban y empequeñecían los “discos volantes”. Entonces pensó que tal vez había renunciado a una maravillosa aventura.

FIN